



UNIVERSIDAD CATÓLICA ANDRÉS BELLO

Facultad de Humanidades y Educación

Escuela de Comunicación Social

Mención Periodismo

Trabajo de Grado

La Dama de las Gerberas: Historias de Ciencia de María Gil de Serpa.

Br. Ariany Lugo Morgado

Tutor: Acianela Montes de Oca

CARACAS - VENEZUELA

2004

A mis padres y a mi hermano.

A mis abuelos: Fernando, Betty y Bibi.

Los recuerdos son un hermoso privilegio que no nos

desampara nunca.

A todos mis compañeros de universidad;

amigos y hermanos presentes en cada recuerdo de

estos cinco maravillosos años.

A la señora María;

fue un verdadero placer conocerla.

Agradecimientos

A mis padres, Ariany y Pablo: por haber esperado pacientemente hasta la impresión de la última página de este manuscrito, por la mejor asesoría metodológica y estilística y también por todos los sacrificios hechos para que, al fin, vean con gusto la culminación de esta etapa de nuestras vidas. Los amo.

A la señora María Gil de Serpa, su esposo y todo su entorno de familiares y amigos que con tanta disposición y entusiasmo asumieron esta tarea junto conmigo. Espero que este esfuerzo conjunto por escucharnos haya valido la pena, señora María.

A Olivia Liendo, gran amiga, editora y aún mejor periodista. Tus recomendaciones, ajustes y atenciones fueron el espaldarazo necesario para avanzar hasta al final. Estaré por siempre agradecida por el valioso tiempo que perdimos quejándonos, compañera.

A Alejandro González, por ayudarme con éstas y tantas otras imágenes que hemos compartido a lo largo de estos cuatro años. Gracias, Piti.

ÍNDICE GENERAL

| | |
|--|--------------------------------------|
| INTRODUCCIÓN..... | 1 |
| MARCO CONCEPTUAL | 4 |
| I. CIENCIA Y SOCIEDAD: UNA VISIÓN PARA LATINOAMÉRICA | 4 |
| La necesidad del Estudio Sociológico | 4 |
| Relaciones entre el Sistema Global y la Ciencia en Latinoamérica | 10 |
| Los precursores del estudio local: la Ciencia Nacional | 12 |
| Nuevas propuestas de estudio: después de la Ciencia Periférica..... | 14 |
| II. CLAVES SOBRE EL SISTEMA CIENTÍFICO LATINOMAERICANO | 16 |
| El investigador y el sistema de reconocimiento | 17 |
| III. DIVULGACIÓN DEL CONOCIMIENTO CIENTÍFICO..... | 19 |
| Factor social de la Ciencia en la Sociedad del Conocimiento | 20 |
| Divulgación del Conocimiento Científico | 22 |
| Problemas en la Divulgación Científica | 24 |
| IV. EL PERIODISMO CIENTÍFICO | 27 |
| La barrera del Lenguaje | 30 |
| El científico como fuente..... | 31 |
| MARCO CONTEXTUAL..... | 34 |
| I. LA CIENCIA EN VENEZUELA (A PARTIR DE 1935) | ¡Error! Marcador no definido. |
| Los primeros años..... | 35 |

| | |
|--|----|
| La Ciencia y las Universidades venezolanas | 37 |
| Los años de la Institucionalización..... | 40 |
| La conformación del Sistema Científico Nacional..... | 42 |
| La Crisis del Sector Ciencia | 46 |
| II. LA AGRONOMÍA EN VENEZUELA | 49 |
| Diferencias claves entre Agricultura y Agronomía | 50 |
| Los inicios de la educación agronómica..... | 52 |
| La Facultad de Ingeniería Agronómica y su evolución a la autonomía | 53 |
| Las costuras del Sistema Agrario Nacional | 55 |
| III. LAS MUJERES EN LA CIENCIA VENEZOLANA..... | 59 |
| La entrada de la mujer a la academia | 60 |
| La mujer en la ciencia..... | 62 |
| MARCO METODOLÓGICO | 65 |
| I. DEFINICIÓN DEL PROYECTO DE INVESTIGACIÓN | 65 |
| Definición del Problema de Investigación..... | 65 |
| Delimitación del Problema de Investigación..... | 66 |
| Objetivo General..... | 67 |
| Objetivos Específicos | 67 |
| II. LA SEMBLANZA COMO MÉTODO DE INVESTIGACIÓN..... | 68 |
| Definición del Tipo de Investigación | 69 |
| Diseño de Investigación..... | 71 |
| III. CONSIDERACIONES SOBRE LA CONSTRUCCIÓN DE LA SEMBLANZA | 80 |

| | |
|---|-----|
| SEMBLANZA <i>La Dama de las Gerberas: La Ciencia según María Gil de Serpa</i> | 82 |
| Capítulo I..... | 83 |
| Capítulo II..... | 93 |
| Capítulo III..... | 102 |
| Capítulo IV..... | 112 |
| Capítulo V..... | 123 |
| CONCLUSIONES..... | 138 |
| REFERENCIAS..... | 141 |
| ANEXOS..... | 154 |

INTRODUCCIÓN

“El pasado es otro país”, decía la periodista mexicana Alma Guillermoprieto en su libro de crónicas latinoamericanas *Al pie del volcán te escribo*; cartas escritas desde El Cuzco, Bogotá o Chiapas que pretendían rescatar el universo particular de cada idiosincrasia regional a la que diariamente está expuesto el lector y extrañamente ya no lo sorprende más.

Precisamente, según los analistas críticos de la historia contemporánea de nuestro país, si hay algún carácter que nos defina como ciudadanos es la reiterada indefensión histórica producto de una desmemoria crónica. Como los volcanes, bulle frente a nuestras narices día tras día una realidad cruda que nos consume y arropa con su nube de olvido, de inmediatez. Al fondo, en el valle, siguen esperando tantas historias latentes del país que fuimos y definitivamente da más señales de futuro que las cenizas del presente.

Sobre la ciencia de nuestro país muy poco sabemos. Ha sido aceptado como un hecho que en Venezuela no se hace ciencia o por lo menos no el tipo de ciencia que salta al titular de una primera página o desdice de su claustro empírico, que pueda salir del laboratorio y hacerse presente entre el común denominador de la sociedad contemporánea.

Pero en el presente intrigan cada vez más los efectos de los alimentos transgénicos, las posibilidades de curación de tantos terribles males endémicos, el funcionamiento que opera el terror en una bomba biológica o los posibles efectos del descubrimiento del mapa genético humano. No en vano el siglo XX fue bautizado como el siglo de la ciencia.

Son preguntas obvias, pues cada uno de nosotros convive a diario con la tecnología y padece también la indefensión del desconocimiento, vecino cercano del olvido crónico. Y es que también en la ciencia, detrás de cada historia de descubrimientos, aciertos o desatinos, existe una historia humana con ansias de ser escuchada; voces que hablan desde un tiempo oculto, un tiempo de hombres y mujeres que el periodismo debe insistir en rescatar.

La necesidad de reconstrucción de una vida surge de un interés personal por la narración de relatos personales, pero sin lugar a dudas también refleja un fenómeno global al rescate de las anécdotas particulares que desarma mejor la cotidianidad fría de la noticia, del titular de primera. En cada caso de vida relacionado con la ciencia, el Periodismo Científico debe partir de una obligación de oficio por representar y dirimir la naturaleza de un sistema y las relaciones que nos conectan con una historia, con un hombre. El uso de la investigación periodística ofrece posibilidades infinitas como instrumento de divulgación científica y la semblanza parece entonces ser el medio más idóneo de aproximación a una vida.

Por ello se plantea, para el siguiente trabajo de investigación, la reconstrucción y reconocimiento –mediante una semblanza periodística– de la vida y obra de la científica venezolana María Gil de Serpa y sus significaciones en el contexto de la historia contemporánea del país y la ciencia venezolana, sin desvincularla de su obra y tiempo vivido.

María Gil de Serpa es una mujer nacida en la Venezuela posgomecista, que logró convertirse en una de las primeras ingenieras agrónomas del país. Trabajó en el campo de la producción vegetal durante su carrera como investigadora, reconocida internacionalmente por sus aportes a la práctica científica y como gestora de proyectos de investigación en el campo

del cultivo *in-vitro*, contribuyendo así además a la construcción de una escuela académica local en este campo de la Ciencia.

Para el abordaje del siguiente trabajo, domina el relato en perspectiva de la ciencia en el país como una actividad característica del siglo veinte venezolano. También se pretende justificar la escogencia del género de la semblanza como método de indagación periodística y forma de representación de la historia científica de nuestro país, a través de la voz y la visión de un testigo protagonista de los eventos narrados.

A partir de una investigación de tipo periodística, se pretende la construcción de un relato sobre una época de acontecimientos, un escenario general de entrevistados y anécdotas, de recolección, análisis y codificación de la información documental y de fuentes vivas. En fin, un rescate de la memoria: “un periodismo de confesiones y aclaraciones históricas, de interpretaciones y valoraciones del pasado, y de lecciones y aprendizajes para el futuro: eso define a esta modalidad de periodismo biográfico.” (González, 2003.a, p. web)

A propósito de los genios de la ciencia, nunca he conocido personalmente a ninguno que se adapte a las descripciones populares... En la oportunidad que tuve de conversar con colegas reconocidamente geniales, me encontré en cambio con personas brillantes, pero que explicaban sus logros con la sencilla candidez con la que hablarían de su tía del campo o de cómo se cocina un pastel. Puede ser entonces que la genialidad sea algo tan especial y grandioso, que haga falta una perspectiva de muchos años para apreciarlo. (Cereijido, 1994, p. 96)

MARCO CONCEPTUAL

I. CIENCIA Y SOCIEDAD: UNA VISIÓN PARA LATINOAMÉRICA

El siglo XX despierta a la luz de la electricidad, movido por las máquinas de vapor y la energía termodinámica. A partir de la revolución industrial, la unión entre teoría y técnica se convierten en la alianza determinante de la historia contemporánea universal.

La ambición de modelar y comprender el mundo demostró los beneficios de la investigación científica. En ella se encontró la herramienta para conocer y dominar, motor fundamental de la transformación social y cultural del hombre moderno. El dominio de la energía atómica, la ciencia médica en desarrollo y expansión, la introducción de aparatos electrodomésticos hasta llegar a la tecnología informática, la conservación y mejoras de producción alimenticia, la genética y la biotecnología; modelos científicos y tecnológicos que dan lugar a una nueva representación del universo humano.

Sin embargo, el fenómeno científico genera en el hombre incertidumbre y se traduce en la búsqueda de campos híbridos de entendimiento, como respuesta a inquietudes filosóficas relativas a los significados de esta particular actividad humana y su rol en la sociedad.

LA NECESIDAD DEL ESTUDIO SOCIOLÓGICO

La ciencia moldeó definitivamente el rumbo del siglo pasado. El estudio de la dinámica interna de los átomos, desarrollado a comienzos del siglo, mostró múltiples posibilidades de generación energética, mientras al mismo tiempo quedaba demostrado su trágico poder

destructor en las experiencias de Hiroshima y Nagasaki. Podría decirse que el hombre de ciencia comenzaba a cuestionar su papel dentro de un mundo tan efervescente: los frutos de su trabajo ¿justifican un acceso privilegiado a la 'realidad' social?

A comienzos del siglo, la ciencia era concebida como la actividad de un reducido grupo humano –“la comunidad científica”– con responsabilidades inherentes a su área de especialización. Según Joseph Ben-David, pionero en estudios de sociología de la ciencia, el científico estaba “tan totalmente aislado del mundo exterior que a efectos prácticos no había por qué tomar en consideración la idiosincrasia de las distintas sociedades en las que viven y trabajan” (Ben-David cit. en Vessuri, 2002 p. 89).

Las dinámicas de la sociedad moderna motivaron un cambio en la actividad científica; en particular, los estudios epistemológicos brindaron al siglo XX la posibilidad de develar los valores intrínsecos detrás de las normativas de la actividad científica, método y fin que debían responder más que nunca a las responsabilidades dentro de la sociedad.

Los inicios del estudio social de la ciencia se remontan a la primera Guerra Mundial, cuando se utilizaron modelos estadísticos para la determinación de las capacidades tecnológicas de las naciones. Durante el primer tercio del siglo XX, se articularon los primeros estudios a partir de los planteamientos sociológicos desarrollados por Marx, Weber y Scheler, referentes a la Sociología del Conocimiento. Pero específicamente, la sociología de la ciencia se conforma como disciplina a partir de los ensayos realizados en los años cuarenta por el sociólogo estadounidense Robert K. Merton, basados en la idea fundamental de la ciencia como una “institución social”, muy acorde con la orientación funcionalista de Max Weber.

La característica fundamental del sistema de instituciones de Merton es la interdependencia de valores, intereses y motivaciones con grados parciales de autonomía. Según la teoría, la institución científica posee una autonomía particular con respecto a otras relaciones en la sociedad; las esferas científicas se rigen por normas y valores particulares, comunes a todos los científicos como un *ethos* de carácter universal, derivado de la práctica profesional: racionalidad, neutralidad emocional, individualismo comunal y desinterés (Merton, 1945).

El enfoque de Merton dominó el campo de los estudios sociológicos conforme a los elementos de análisis clásicos de la llamada ‘escuela americana’: definición de roles, normas, valores, sistemas de remuneración, etc. Sin embargo, progresivamente surgieron otras corrientes alternas al “paradigma Mertoniano en la Sociología de la Ciencia”.

En 1962 el filósofo y físico alemán Thomas Kuhn publica el clásico de la historia del pensamiento contemporáneo, *La Estructura de las Revoluciones Científicas*, donde aborda la concepción “histórica” del desarrollo de la ciencia por medio de “revoluciones” producidas por cambios en el “paradigma” del pensamiento científico, marcando el inicio de la crisis del modelo positivista-funcional de Merton:

Examinada de cerca, tanto históricamente como en el laboratorio contemporáneo, esa empresa parece ser un intento de obligar a la naturaleza a que encaje dentro de los límites preestablecidos y relativamente inflexibles que proporciona el paradigma [...] Las revoluciones científicas se consideran aquí como aquellos episodios de desarrollo no acumulativo en que un antiguo paradigma es reemplazado, completamente o en parte, por otro nuevo e incompatible (Kuhn, 1982, p. 33-34).

A partir de los años sesenta, la Sociología de la Ciencia estuvo determinada por los principios de la filosofía Kuhniana: “Para escándalo de filósofos de la ciencia, se instauraba la explicación causal del origen y el cambio de los hechos y las teorías científicas en base a intereses, fines, factores y negociaciones sociales” (Medina, M; 2000, p. web). De esta concepción –relacionada con los pensamientos de izquierda imperantes durante la Guerra Fría– surgen otras alternativas de estudio, siguiendo el modelo de Escuelas.

La primera de éstas, conocida como el Programa Fuerte, fue conformada por un grupo de investigadores liderados por David Bloor y Barry Barnes, dirigidos hacia la Sociología del Conocimiento. Basados en el carácter “constitutivamente social, convencionalista y relativista del conocimiento científico” (Medina, M; 2000, p. web), se desarrolló una metodología de análisis etnográfico consolidada a finales de los setenta.

A partir de esta concepción constructivista surge una variante adoptada alrededor del Centro de Estudios de la Innovación de París, liderado por Bruno Latour, John Law y Michel Callon. Según explica un texto de Latour titulado *La vida en el laboratorio: la construcción social de los hechos científicos* publicado en 1979, los autores trabajaron durante año y medio en un laboratorio de investigación de alto nivel –el Instituto Salk para Estudios Biológicos, en California– estableciendo relaciones directas con los investigadores mediante herramientas de estudio etnográficas, como la observación y las entrevistas. Del ejercicio surge la definición de investigación científica como una progresión de ideas a lo largo de una “jerarquía del conocimiento”, en la que influyen otros factores como las negociaciones del status, la autoridad y el poder relativo de cada investigador.

En el marco de la postmodernidad, imperaba la tendencia a reconocer el carácter determinante de la ciencia en la construcción de la cultura universal. Superado el dilema del mundo bipolar, se producen hacia la década de los ochenta diversas líneas de estudio en su mayoría tendientes al relativismo de significados en el sistema científico global.

Una de estas teorías fue aportada por el vienés Paul Feyerabend, crítico del racionalismo “metodologismo” imperante y, como lo define Rodríguez (2002), el mejor representante del “anarquismo científico”. Feyerabend plantea el divorcio entre los valores normativos de la ciencia actual “cargada de valorizaciones y mitologías que responden a la razón dominante”, convirtiéndose en uno de los más reconocidos filósofos de finales del siglo pasado. “Mi intención no es sustituir un conjunto de reglas generales por otro conjunto, al contrario, mi intención es convencer al lector de que todas sus metodologías, incluidas las más obvias tienen sus limitaciones.” (Feyerabend, 1997; cit. en Rodríguez, 2002, p.12).

A esta misma necesidad de búsqueda se refiere el epistemólogo venezolano Miguel Martínez Miguélez, autor de *El paradigma emergente: hacia una nueva teoría de la racionalidad científica* donde hurga en la crisis del conocimiento científico y la necesidad de un nuevo enfoque de estudio que defina a la ciencia no de una forma, sino de muchas maneras.

La pregunta ¿qué es la ciencia? no tiene una respuesta científica. Estas ideas matrices conforman una plataforma y una base lógica conceptual para asentar todo proceso racional con pretensión “científica” [...] y postulan un Nuevo Paradigma Epistémico. (Martínez Miguélez, 2004, p. web)

Una “transdisciplinariedad” que según Rodríguez (2002) y Martínez Miguélez (2004) va más allá de la integración entre las ciencias y “se trata más bien de una construcción metacientífica, una nueva meta-epistemológica capaz de crear nuevos paradigmas, nuevas teorías.” (Rodríguez, 2002, p. 16)

La ciencia entendida como otra rama del conocimiento humano –susceptible a la realización de estudios particulares que demuestre sus influencias sociales– desciende de su pedestal ‘supracultural’ para acercarse a diversas áreas de estudios humanísticos: prácticas etnográficas, estudios de casos, análisis del discurso científico, comparaciones cruzadas e investigaciones de las imágenes y representaciones populares de la ciencia (Medina, M; 2000).

A mediados de los años noventa, el área de los estudios sociales de la ciencia y la tecnología está institucionalizada. Una ciencia íntimamente ligada a la estructura económica, política y social de su entorno, que supone el reconocimiento de nuevos elementos de discusión, limitantes y posibilidades del estudio sociológico. Hebe Vessuri –académica e investigadora de reconocida trayectoria mundial en el área de Sociología de la Ciencia y Jefe del Departamento de Estudios de la Ciencia del Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas IVIC– justifica así este actual abordaje sociológico del fenómeno científico:

Como actividad y como producto social, éste ha sido un tema clásico de la sociología, la filosofía y la historia de la ciencia, con mayor ‘visibilidad’ social en la reflexión analítica acerca de la ciencia que otras áreas cruciales más directamente vinculadas con la producción y el control social, tales como los campos aplicados y las tecnologías (Vessuri, 1983, p. 37).

Finalmente, es a través del estudio social que la ciencia y sus funciones adquieren una identidad, en la medida que se contrastan con las realidades particulares de las naciones y contribuyen a ver en perspectiva a la institución científica, sus límites y responsabilidades.

RELACIONES ENTRE EL SISTEMA GLOBAL Y LA CIENCIA EN LATINOAMÉRICA

La influencia de los patrones institucionales es un tema recurrente en el estudio Social de la Ciencia. Autores norteamericanos de la corriente funcionalista, como John Ben-David, se basan en los principios de centralización y descentralización de las estructuras administrativas (Vessuri, 1994). En la actualidad el punto de atención cambió, movilizándose desde las formas estructurales hacia las dimensiones sociales de la administración científica, como la distribución e impacto del poder y la autonomía en un sistema científico.

Visto así, se entiende la influencia del sistema científico occidental en el resto del mundo. Según Vessuri, el esquema institucional de las ‘naciones centrales’ es comúnmente aceptado como ‘indicio de modernidad’, particularmente en los países en desarrollo. El término convencionalmente empleado para este fenómeno es ‘ciencia colonial’, que caracteriza a una ciencia “limitada, derivativa, dependiente y regularmente salvaje, producida al margen de las metrópolis de conocimiento” (Vessuri, 1994, p.174).

La influencia decididamente occidental del sistema científico latinoamericano tuvo su desarrollo desde el siglo XVIII, cuando las ciencias ayudaron a la explotación agrícola y mineral de los recursos de las colonias. Con la expansión industrial, los estudios lograron una progresiva especialización en áreas de supervivencia, clima, transporte y comunicaciones, así

como también se produce la inmigración de científicos europeos a tierras americanas y posteriormente de científicos norteamericanos hacia el sur del continente.

Los tecnócratas latinoamericanos encontraron en el positivismo el instrumento adecuado para cambiar su realidad, estrechando lazos de producción con los inversionistas extranjeros, sobretodo capital norteamericano. La ciencia local quedaba relegada a su mando, afianzándose cada vez más la importación de tecnologías y recursos científicos –siendo éste el problema fundamental planteado en los estudios locales de sociología de la ciencia.

Luego de finalizada la Segunda Guerra Mundial, la captación de cerebros por parte de las naciones centrales significó una promoción indirecta de sus modelos institucionales. La investigación creció en el marco de las industrias transnacionales y no a partir de modelos locales de promoción científica, pues según Vessuri “el apoyo tendió a enfocarse en asistencia tecnológica en vez de ayudar a estos países a incrementar su autosuficiencia” (1994, p. 183).

Los gobiernos requerían capital humano capacitado para emprender una infraestructura tecnológica estatal y promovió, después de la posguerra, la inversión en un sistema moderno de Educación Superior. Las primeras iniciativas de ciencia universitaria fueron avaladas y ejecutadas por agentes foráneos (Yarzabal, 2000). La investigación científica se produce en los laboratorios y aulas universitarias pertenecientes en su mayoría al Estado, liderados por grandes científicos venidos de afuera, por lo que –en opinión de Vessuri– se gestó una investigación sin tradición local, “cuya continuidad y multiplicación peligraban en la inestabilidad política y la falta de demandas sociales, trabajando en entidades aisladas como museos, observatorios o escuelas médicas asociadas a las universidades, o en la docencia dentro de un instituto o departamento” (1994, p. 185).

Más recientemente, el fenómeno global produjo una reacción a la inversa con una sostenida emigración de profesionales hacia los centros científicos del mundo desarrollado, fenómeno conocido como “fuga de cerebros” (Yarzabal, 2000).

La problemática interna de las naciones subdesarrolladas frena también su desarrollo científico y, en consecuencia, los estudios locales se volcaron al estudio de estos temas: reducción del financiamiento gubernamental, escasa absorción de entidades públicas, pérdida de status de los docentes-investigadores, privatización, etc., entre otras causas que determinan el campo de lo que Vessuri denomina la “investigación contractual” (1994).

En síntesis, la institucionalización del sistema científico en Latinoamérica “está caracterizado por la fragilidad, la fragmentación y la incoherencia” (Vessuri, 1994, p. 168). Sobre este aspecto, apunta Vessuri que toda actividad científica debe estar comprometida a largo plazo con las perspectivas de desarrollo nacional. Pero “hay más retórica que acción en los esquemas de cooperación Norte-Sur y pocas recetas eficaces” (Vessuri, 1994, p. 172).

LOS PRECURSORES DEL ESTUDIO LOCAL: LA CIENCIA NACIONAL

En Latinoamérica surge una corriente de pensamiento promotora de la ciencia nacional, independiente y autosuficiente, que tuvo su auge a finales de la década de los sesenta como alternativa a la ciencia internacional, “al ‘cientificismo’ y al ‘colonialismo intelectual’” (Vessuri, 1983, p. 39). Oscar Varsavsky es uno de los teóricos fundamentales de este pensamiento y destaca la idea de la fidelidad ideológica para la consecución de la “autonomía cultural”. Cada tipo de sociedad requiere un estilo propio de ciencia y el problema se presenta

cuando ese marco de referencia está en discusión y, por ende, requiere cambios profundos en su estructura:

La autonomía científica resulta entonces una consecuencia –y un requisito– de proponerse y cumplir un proyecto nacional propio [...] Debemos mantenernos en contacto con la ciencia mundial, pero a través de nuestra percepción crítica y no de un cordón umbilical (Varsavsky, 1972, p.9-10).

Por “estilos científicos”, Varsavsky define las alternativas propias de desarrollo nacional que producen “sociedades cualitativamente distintas”, hacia la consecución de la Gran Política Nacional. En consecuencia, lo “socialmente útil” es determinado por el carácter ideológico de la ciencia; desde una perspectiva socialista de desarrollo, cada nación debe originar en su seno las políticas científicas necesarias para apartarse de la “actualización histórica” de los cuadros científicos globales.

En paralelo, el científico argentino Amílcar Herrera –contemporáneo a Varsavsky– introduce la idea de la ciencia como instrumento de hegemonía, en su texto clásico *Ciencia y Política en América Latina*. Según Herrera, la problemática dependentista está asociada a la concepción de la actividad científica como herramienta económica de producción estatal.

La actividad científica se convierte cada vez más en una parte integrante del quehacer social, hasta que en nuestro tiempo alcanza un grado tal de institucionalización que, por lo menos para los países desarrollados, constituye uno de los más poderosos instrumentos de poder, tanto político como económico (Herrera, 1976, p.15).

De claro enfoque socialista, las derivaciones de estos estudios “han resultado más que nada en trabajos de naturaleza polémica, en los que se presentan argumentos sugerentes que no son elaborados sistemáticamente” (Vessuri, 1983, p. 39).

A partir de las teorías expuestas por Varsavsky y Herrera, un grupo de científicos de diversos países del continente se agruparon en torno a una propuesta política bautizada como la Escuela Latinoamericana de Pensamiento en Ciencia, Tecnología y Desarrollo, cuyo autor fundamental es el científico argentino Jorge A. Sábato. Descrita por uno de sus miembros, Carlos Martínez Vidal, esta corriente de pensamiento aparece entre los años cincuenta y setenta “en torno a la autonomía tecnológica, al desarrollo local y endógeno de la tecnología y a su papel en el proceso de desarrollo integral” (Martínez Vidal, C. & Marí, M., 2002, p. web).

Un pensamiento nacido fundamentalmente como reflexión a partir de una práctica, que aglutinó a tecnólogos y pensadores de muy distinto origen y disciplinas e iba dirigido por un lado a generar soluciones tecnológicas productivas a nivel micro y, por otro, a la inserción de políticas sectoriales y nacionales de desarrollo tecnológico como variable fundamental del desarrollo económico y social integral (Martínez Vidal, C. & Marí, M., 2002, p. web).

NUEVAS PROPUESTAS DE ESTUDIO: DESPUÉS DE LA CIENCIA PERIFÉRICA

Marcelino Cereijido, profesor del Departamento de Fisiología, Biofísica y Neurociencias del Instituto Politécnico Nacional de México, es mejor conocido como crítico sobre temas de desarrollo científico en Latinoamérica. Su esquema de análisis parte de la figura del aparato científico-técnico-productivo moderno –CTP–, modelo económico

integrado que determina el progreso económico de las naciones avanzadas, “el eje a través del cual se mira en el Primer Mundo” (Cereijido, 1996, p. 68).

Define a la ciencia latinoamericana como un sistema complejo que nace dentro de culturas que aún no están preparadas para albergar un aparato CTP moderno y que “exige que la sociedad, de cuya cultura forma parte, abandone su arcaica visión del mundo basada en el Principio de Autoridad.” (Cereijido, 1996, p. 68).

Se da por sentado que el conocimiento es parcelable y, por lo tanto, que es posible tener científicos por un lado, filósofos por otro, docentes por un tercero; que es posible hacer una ciencia aplicada sin desarrollar primero una ciencia que se pueda aplicar (Cereijido, 1994, p. 17).

Se trata de la “ciencia sin seso”, idea que da nombre a uno de sus trabajos más importantes. Según Cereijido, los países latinoamericanos “no sólo carecen de ciencia sino que además ignoran para qué podría servirle” (1996, p. 67). A esto no aduce causas contextuales –como escasez de recursos o fuga de cerebros–, sino a la ineficaz burocracia científica local, caracterizada por la desinversión, escasa motivación, centros de investigación aislados y científicos enfrascados en diatribas globales en vez de ver las necesidades locales.

Al decir ‘ciencia latinoamericana’ no me estoy refiriendo a una supuesta epistemología ni cuerpo de conocimientos de naturaleza distinta de los que posee la ciencia del Primer Mundo, sino a una ciencia manejada por nosotros e integrada a nuestra cultura de una manera autónoma, con base en nuestros valores, necesidades y posibilidades (Cereijido, 1996, p. 64).

Por otro lado, los estudios de los procesos sociales e históricos de la Ciencia y la Tecnología también han sido de vital importancia para el entendimiento de los fenómenos locales. A partir del análisis de casos dentro de un contexto político, económico y social, se toman herramientas de la Historia y la Sociología para el análisis de los sistemas científicos.

La premisa fundamental de estos estudios es la reconstrucción de diversos aspectos derivados de la condición social de la ciencia, a través de “los contextos de enseñanza de la ciencia, el de producción del conocimiento y el de discusión, validación y comunicación del conocimiento científico, del ideario de los cultivadores de la ciencia así como de la divulgación del saber en el país” (Vessuri, 1983, p.40).

Es cierto que esas historias que se cuentan en la historia de la ciencia pueden ser a veces complicadas, exigir también conocimientos especializados, idiomas, pero unos idiomas que siempre serán menos exigentes que los utilizados en la propia ciencia” (Sánchez Ron, 2002, p. web).

II. CLAVES SOBRE EL SISTEMA CIENTÍFICO LATINOAMERICANO

La definición de un sistema científico se hace relativamente fácil al margen de cualquier contexto. Según Mario Bunge, se trata de la estructura organizacional que convoca la actividad científica “cuando la consideramos como un bien en sí mismo, esto es, como un sistema de ideas establecidas provisionalmente (conocimiento científico) y como una actividad productora de nuevas ideas (investigación científica)” (Bunge, 1972, p. 53).

Sin embargo, existen algunas características fundamentales que definen al sistema latinoamericano. Primeramente, sobre el tema de los sistemas de apoyo a la actividad científica, la totalidad de los autores consultados concuerdan en la tesis del Estado protector, siendo una de sus características es la hegemonía universitaria de la investigación.

En Latinoamérica, tienden a manejar las universidades desde instituciones estatales extrauniversitarias, decidiendo simple y llanamente: qué van a investigar y quién habrá de hacerlo [...] qué cosas deben enseñar, en cuánto tiempo desean que se forme un maestro o un doctor, y hasta a qué lugares del exterior y con qué colegas extranjeros se podrán enviar discípulos a perfeccionarse (Cerejido, 1994, p. 122).

Según Jaime Requena, científico venezolano con amplia trayectoria en el área de estudios sociológicos, la construcción de un sistema de ciencia y tecnología depende de la descripción que “gerencialmente se haga de los parámetros administrativos requeridos”, contemplando la figura de la planificación, conducción, financiamiento y evaluación de las prácticas científicas (Requena, 2003).

EL INVESTIGADOR Y EL SISTEMA DE RECONOCIMIENTO

La contraparte del sistema está en la figura del hombre de ciencia, y en particular del investigador –que en el contexto estudiado, es un investigador académico.

Se considera investigador activo a quien, aplicando el método científico, dedique su totalidad o gran parte de su tiempo a indagaciones originales en el laboratorio, en el campo o determinados ámbitos de trabajo, tendientes a crear o aumentar los conocimientos en las ciencias (Roche, 1968, p. 17).

Las relaciones con el entorno siempre han sido penosas para el científico y en particular para el investigador. La sociedad comparte la visión tradicional de la carencia de espacios comunes y por ello el científico se refugia en su laboratorio, formando nexos a partir de la universidad o directamente con el Estado.

Estos vínculos conforman lo que se define como “sistema de reconocimiento”, que conllevaría –en un plano ideal– al desarrollo de una tradición de investigación, con dotación de dinero e independencia laboral. Otra forma común de reconocimiento es el investigador a la cabeza de un instituto o departamento, que siendo correctamente implementado puede ser eficiente, “pero con harta frecuencia también da lugar al nepotismo, a la promoción de queridas y obsecuentes o al favoritismo hacia quienes tienen como único mérito comulgar con la ideología y los puntos de vista del patrón” (Cereijido, 1994, p. 144).

Otro problema es el período de caducidad en las relaciones. Requena lo define como “años de vida de una generación productiva”, vínculos que suelen renovarse cada 20 años y, a su parecer, es perjudicial precisamente en la reiterada inamovilidad de los sectores líderes de ciencia, que anulan la capacidad de regeneración desde las bases. A esta misma clase de problema se refiere Cereijido, pero desde el punto de vista del investigador:

Un investigador fértil y creativo a lo largo de treinta años, de pronto tiene una afección cardíaca, sufre un accidente, una desgracia en su familia o algún trastorno que reduce su eficiencia. Resulta muy cruel rebajarle el sueldo o la compensación salarial que le dan las entidades gubernamentales, o el dinero para que realice sus proyectos, más aún, cuando muchas veces lo que en realidad enferma al investigador es la práctica misma del ‘publica o muere’ (Cereijido, 1994, p. 149).

Autores señalan la poca importancia que han tenido los grandes maestros científicos en nuestro sistema local; personas ligadas a determinada disciplina científica desde los inicios de una institución que son figuras fundamentales en los procesos de institucionalización de la ciencia (Roche, 1968, Requena, 2003, Vessuri, 1992); pero que, según Cereijido, no son suficientemente reconocidos ni respetados en su grupo de pares:

Andan humillados y desconocidos por los rincones de los laboratorios que ellos crearon, sin medios para investigar, sin sueldos para subsistir. No es que no estén acostumbrados a trabar en la adversidad, pues así comenzaron; lo grave es que esta vez su adversidad seamos nosotros, sus discípulos (Cereijido, 1994, p. 156).

Cabe resaltar finalmente, como apuntan los autores citados, que no todos los profesores universitarios son investigadores ni todas las actividades docentes tienen un componente de investigación. Los centros de investigación universitarios “tienen poca injerencia en la docencia de pregrado” que corresponde por ley a los departamentos y cátedras autónomas, “aumentando así la distancia que media entre el docente y la investigación.” (1992, p. 24).

III. DIVULGACIÓN DEL CONOCIMIENTO CIENTÍFICO

En todo caso, es innegable que uno de los mayores retos para la cultura del siglo XXI está en comprender y valorar la proliferación de las innovaciones científicas y tecnológicas. La ciencia, al igual que el lenguaje, se produce como fruto de un proceso colectivo, y a partir de esta concepción del conocimiento como un valor socialmente vinculante, la actividad científica es también un bien de carácter público.

FACTOR SOCIAL DE LA CIENCIA EN LA SOCIEDAD DEL CONOCIMIENTO

En otros tiempos, esta discusión quedaba reservada exclusivamente al ámbito estricto de la comunidad científica. En la actualidad, las crecientes incertidumbres y preocupaciones por los usos y avances de la ciencia y la técnica –y sus posibles repercusiones– demuestran la trascendencia del fenómeno científico en la vida social de un colectivo humano.

Es cada vez más común enfrentarse como público con temas modelados por procesos científicos o técnicos y su comprensión plantea problemas como confianza y apreciación general de la práctica científica. La llamada teoría de la Sociedad del Conocimiento abre el debate sobre las necesidades de la sociedad global en cuanto a la generación de nuevos conocimientos y su aprehensión social, consecuencia del impacto científico que caracterizó al siglo XX. En el mundo globalizado, las tecnologías de información y comunicación transforman los mercados de producción e intervienen en la reformulación institucional de las sociedades modernas.

En un texto sobre la importancia de la apropiación social del conocimiento como dinamizador del desarrollo, el Secretario Ejecutivo del Foro Global de Investigación Agropecuaria de la FAO, Fernando Chaparro, reconoce el papel central que adquiere el conocimiento dentro la sociedad del siglo XXI:

La sociedad del mañana se vislumbra como una sociedad en la cual cada individuo y cada organización construirá su propia capacidad de acción [...] a través de un proceso de adquisición y desarrollo de conocimiento y de la consolidación de su capacidad para generar nuevo conocimiento (Chaparro, 2001).

La generación y uso del conocimiento de forma tal que contribuya a su aprehensión social, es el rasgo central de las Sociedades del Conocimiento. Michael Gibbons, pensador norteamericano de la ‘nueva corriente del conocimiento científico’, reseñó en su libro *La Nueva producción del Conocimiento* una teoría bautizada como el “modo 2” de producción, que introduce un nuevo criterio de calidad informativa: la relevancia social de la ciencia.

Esta nueva forma de entendimiento de la práctica científica sustituye las concepciones tradicionales de institución, disciplinas, prácticas y políticas establecidas, acercándolas al común social como “otra forma más de producción de conocimiento humano [...] que en definitiva determina y examina las relaciones entre la producción científica y su diseminación a través de la educación científica” (Gibbons, 1997, p. 34).

Lo expuesto anteriormente se asocia a otro concepto recientemente ideado: la Alfabetización Científica. Desde la perspectiva de la práctica democrática de información, la noción de alfabetismo científico no comienza con la ciencia misma sino a partir de la interacción entre ciencia y sociedad. Se define como la capacidad de uso del conocimiento científico; es decir, la habilidad de identificar preguntas y evidencias basadas en conclusiones obtenidas contextualmente, entendimiento que otorga la capacidad de decidir sobre los contenidos. “El alfabetismo científico constituye el conocimiento que necesitamos para comprender temas públicos y es una mezcla de hechos, vocabulario, conceptos, historia y filosofía.” (Calvo Hernando, 2002, p.60).

El periodista norteamericano Bruce Lewenstein (2003) expresaba, como parte de una conferencia internacional sobre las necesidades informativas del Tercer Mundo, que la alfabetización científica –en inglés *Scientific Literacy*– tiene un carácter imperativo en la

formación de reconocimiento del entorno social: “el entendimiento público sobre las investigaciones se refiere más bien a aspectos básicos: provisión de agua potable, aprender el vínculo esencial entre el sexo sin protección y la infección de VIH, y mucho más.” (Lewenstein, 2003, p. web).

DIVULGACIÓN DEL CONOCIMIENTO CIENTÍFICO

Una vez, tratando de explicar a una persona la teoría de la relatividad, el escritor argentino Ernesto Sábato logró simplificar a tal extremo el enunciado esencial que, cuando su interlocutor finalmente captó la idea, terminó por concluir desolado que esa ya no era más la teoría de la relatividad, no era ciencia. En una estricta apreciación ya no se habla en términos científicos, aunque queda claramente ilustrado que –a pesar de parecer una contradicción– alguien logró entender de una manera sencilla la esencia de la conocida teoría de Einstein.

La divulgación científica es, en efecto, una especie de introducción para comprender a un nivel elemental las hazañas intelectuales del hombre de nuestros tiempos (...) Al poner de relieve el encanto intelectual implicado en la investigación científica, se lleva al hombre la visión de las grandes potencialidades contenidas en el progreso de la ciencia (De Venanzi, 1963, p.11-13).

Para Manuel Calvo Hernando, periodista científico y fehaciente promotor de la divulgación científica, “la idea básica es llevar la ciencia al público en general, para atender al requerimiento de información científica y para ayudar al hombre común a superar sus temores en relación a la ciencia.” (1992, p.25).

Se puede entender como una necesidad compartida, tanto para la promoción del sector científico como para la sociedad, traducida en la capacidad de tomar decisiones sobre la actualidad circundante: el uso racional de los recursos naturales, el deterioro de la capa de ozono, los problemas éticos y jurídicos alrededor de la reconstrucción del genoma humano, el origen y futuro del Internet, la tecnología de última generación y los descubrimientos médicos que ayudan a superar terribles males en nuestro tiempo.

La literatura ha tenido una participación esencial en la divulgación científica. Durante la segunda mitad del siglo XX destaca un nombre fundamental en el trabajo de divulgación científica: Isaac Asimos, quizá el más famoso de los escritores de ciencia ficción de la contemporaneidad. Sin embargo, no es tan frecuentemente relacionado con su trabajo como divulgador científico, destacando entre otros su texto *Introducción a la Ciencia*.

Destacan también otros dos escritores por su labor en el campo de la “alfabetización científica”: Carl Sagan era profesor de Física en la Universidad de Cornell y se dedicó a la escritura de ensayos de análisis sobre la percepción popular de las ciencias –*popular science*–. Por ejemplo, en *El mundo y sus demonios* –publicado en 1996, poco antes de su muerte– hablaba sobre la necesidad de poseer conocimientos científicos mínimos para combatir los demonios que acechan desde muchos frentes –uno de ellos, el de las pseudociencias (Rozembaum Rajs, 2001).

El historiador y físico norteamericano Stephen Jay Gould es recordado principalmente por usar revistas para el gran público –como *Nature* y *Natural History*– como medios de divulgación masiva para sus muchas teorías, compiladas en centenares de artículos publicados desde 1977.

Tras la muerte reciente de estos escritores, estudiosos de la historia de la divulgación científica opinan que –en su momento– estos hombres de ciencia arriesgaron mucho al traspasar los límites de las formas regulares de publicación; por entonces, la divulgación no estaba bien vista en la comunidad científica al considerarse una ‘frivolización de la ciencia’. “No se les perdona que hayan abandonado los caminos de la ciencia por la deformación que, a ojos de algunos intransigentes fundamentalistas, pueda representar la divulgación científica.” (Barceló, 1998, p.web). Carl Sagan, en concreto, no fue aceptado nunca como miembro de la Academia Nacional de Ciencias, a pesar de tener méritos científicos suficientes para ingresar.

En la actualidad, sin embargo, se hace un mayor reconocimiento generalizado al trabajo de divulgación científica. El Premio Kalinga para la popularización de la Ciencia ha sido otorgado por la UNESCO desde 1952 a todos aquellos hombres de ciencia, científicos o no, que han dedicado su vida a la labor de la divulgación. Coincidentalmente, muchos de los galardonados han sido personas entrenadas en el periodismo, escritores o educadores del área científica. En Venezuela, dos científicos –Augusto Pi Suñer y Marcel Roche– y dos periodistas –Aristides Bastidas y Marisela Salvatierra– han recibido este galardón.

PROBLEMAS EN LA DIVULGACIÓN CIENTÍFICA

En general, sólo las grandes investigaciones llegan a las grandes masas. Los investigadores tienen dificultades en adaptarse al receptor de los conocimientos y la sociedad difícilmente tenga la capacidad de interpretar aquellos hallazgos que se le estén comunicando.

Una comunicación fructífera entre ciencia y sociedad parte de reconocer algunos problemas que dificultan los caminos de la divulgación científica. Vessuri (2002) inicia su

ensayo crítico sobre las posibilidades de apropiación social del conocimiento científico haciendo una pregunta: “¿Por qué a pesar del peso de la ciencia y la tecnología en el mundo contemporáneo, se ha avanzado relativamente tan poco en su apropiación social por los países en desarrollo que son quienes probablemente más tendrían que ganar de ellas?” (p. 88).

Este tema ha sido reiteradamente discutido tanto por estudiosos del tema –del primer y tercer mundo– como instituciones mundiales de apoyo a la divulgación científica. Una observación común es que la respuesta debe ser hallada mediante el acuerdo negociado entre los tres actores involucrados en el proceso de comunicación social: la comunidad científica, los medios de comunicación y la sociedad.

El modo de comunicación regular de la actividad científica sigue siendo el sistema de publicaciones arbitradas especializadas. En la actualidad, el conocido “Science Index” –una red mundial de data científica– es el gran archivador contentivo de las investigaciones desarrolladas en todas las disciplinas de la comunidad mundial. La comunicación informática ha tenido enormes repercusiones en la comunicación científica.

Pero una vez fuera del entorno científico, el flujo de información sale al público mundial para convertirse en un producto de otro orden: información inmediata y comentada.

Se trata pues de un hecho indiscutible; debido a la convivencia obligada y a menudo inadecuada entre el científico y las masas, el compromiso de pares debería extenderse hacia la población en busca de la consolidación de una conciencia pública acerca del valor de la ciencia en la actualidad (Calvo Hernando, 2002, p. 57).

Los medios de acceso al mundo –y por ende también los medios que tiene el mundo tiene para acceder a los científicos– se han diversificado y ofrece un amplio espectro de posibilidades. La sociedad contemporánea está saturada de información, pero también ávida de respuestas sobre el mundo que lo rodea; he aquí la importancia de la divulgación científica.

En última instancia, lo que se busca es salvar la brecha que separa al ciudadano común de la ciencia, dándole así los medios para que se forme una opinión sobre las prácticas y las políticas que afectan su vida cotidiana y pueda participar con más conocimiento y responsabilidad (Vessuri, 2002, p. 89).

Las críticas al sistema de divulgación científica en los países menos desarrollados giran en torno a los problemas de mitificación de la práctica científica. Según Vessuri, la dificultad se presenta en el predominio de un sistema de creencias más bien “esotérico” acerca de las funciones y medios de la ciencia. Sobre este punto, el periodista Sami Rozembaum Rajs (2001) hace un análisis sobre el papel de los medios en la promoción de una concepción errada de la información científica. Mediante un análisis de agenda temática en los principales medios impresos venezolanos, comprobó que las informaciones presentadas como científicas respondían realmente a representaciones “seudocientíficas o anticientíficas”:

La ciencia es a menudo presentada como una actividad situada fuera y por encima de la esfera de la comprensión normal y en consecuencia como incontrolable. Adicionalmente, cuando el conocimiento científico se convierte en tema de los medios de comunicación suele personificársele, con lo cual los científicos conocidos se vuelven estrellas mediáticas, desnaturalizando la verdadera estructura de la investigación (Rozembaum Rajs, 2001, p. 38).

Según un grupo de catedráticos de la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona, la tarea de la divulgación consiste más bien en la ‘recontextualización’ del hecho científico. Partiendo del conocimiento especializado se debe procurar una situación comunicativa común, pues la divulgación “no sólo exige la elaboración de una forma discursiva acorde con las nuevas circunstancias (conocimientos previos del destinatario, intereses, canal comunicativo, etc.), sino la reconstrucción y recreación del mismo conocimiento para una audiencia diferente” (Calsamiglia; et al., 1998, p. web).

IV. EL PERIODISMO CIENTÍFICO

El objetivo principal de la divulgación científica es la disposición de los conocimientos básicos relacionados con la ciencia y de la tecnología. Para este propósito, es imprescindible conseguir claridad en el lenguaje y utilizar términos y expresiones comprensibles por el público general. Esta intención ha devenido en un fenómeno llamado “periodismo de especialización”, que según la periodista española Monserrat Quesada surge del creciente interés de las audiencias por temas que hablen de una cotidianidad inmediata.

“Como un claro retorno social hacia el individualismo, en el que los antiguos integrantes de las audiencias de masa se muestran ahora más propensos a percibirse así mismos como integrantes de grupos sociales delimitados” (Quesada, 1995, p. 46), este paradigma de la postmodernidad movilizó los intereses temáticos del periodismo desde los contenidos generales hacia las informaciones especializadas. Coincidentalmente, Quesada señala el final de la década de los sesenta como el surgimiento de la especialización periodística, cuando los temas científicos comenzaron a preocupar a la población mundial.

El Periodismo Científico, como una especialización temática de la práctica periodística contemporánea, “consiste en informar sobre la actualidad científica y tecnológica utilizando los medios informativos de comunicación de masas” (Calvo Hernando, 1992, p. 10).

Aunque tanto divulgadores como periodistas pretenden que el común de la gente conozca y comprenda el alcance de la actividad científica y tecnológica, hay claras diferencias en las definiciones de ambos oficios. La divulgación científica, según Calvo Hernando “comprende todo tipo de actividades de ampliación y actualización del conocimiento con una sola condición: que sean tareas extra escolares, que se encuentren fuera de la enseñanza académica [...] y que estén dedicadas al público no especialista” (1992, p. 14).

En tanto, el periodismo científico se define como la comunicación pública de acontecimientos científicos-tecnológicos a través de los medios de comunicación de masas, sobre la base del “triple objetivo” enunciado por Calvo Hernando (1992): informar al público de los avances científicos y tecnológicos; proporcionar el contexto político, social y cultural de esos nuevos conocimientos y sus posibles repercusiones; y contribuir a la creación de un pensamiento científico crítico.

Como parte del periodismo, se trata de una especialidad informativa de nuestro tiempo, cargada de futuro. Como parte de la ciencia, es algo inherente a la propia función del conocimiento, que es una actividad social y que parece requerir no sólo la participación de la comunidad científica, sino de toda la sociedad, a través de los únicos instrumentos de que dispone para el conocimiento público, es decir, los medios informativos de masas y las acciones e instituciones de comunicación científica pública (Calvo Hernando, 1992, p. 13).

Periodistas especializados en esta fuente profesan una particular fascinación por la ciencia como área del saber y actividad social. Por ello, se hace hincapié en la responsabilidad del periodista para la promoción de la actualidad y el saber científico, por considerarse al periodismo científico como el mejor puente entre la ciencia y la sociedad. Sin embargo, la importancia de esta labor periodística no reside exclusivamente en la función divulgativa, sino también en el discernimiento y entendimiento del sistema científico que lo rodea.

El periodista, por todos es bien sabido, actúa como el intermediario de la noticia: en el caso del periodismo científico, su labor consiste por un lado, en saber extraer de su fuente aquello que interese a la sociedad en general, y por otro en satisfacer con altura esa necesidad que tiene la ciudadanía de estar enterada de los avances científicos y los desarrollos tecnológicos, así como de los procesos, los debates, la evolución de la política científica nacional, regional y mundial (Fog, 2002, p. 84).

Sin embargo, autores de otras latitudes difieren de esta concepción de “responsabilidad social”. Mathias Khoring –profesor de la Escuela de Ciencias Mediáticas en la Universidad de Jena, Alemania– cree que en la mayoría de las ocasiones el periodista actúa más como un agente científico que como un periodista crítico, “ignorando sistemáticamente la autónoma racionalidad del periodista científico... actuando como comunicadores *de* y no comunicadores *sobre* ciencia” (Khoring, 1998, p. 6).

Así como todo periodista debe informar sobre las relaciones entre fenómenos de relevancia –positiva o negativa–, también el periodista científico debe observar el sistema científico como fuente, para clarificar al resto de la sociedad el funcionamiento y desarrollo de los eventos dentro de él: “un nuevo medicamento, nuevas tecnologías, nuevas teorías sobre el

cambio climático; y también sobre las situaciones financieras de las universidades en crisis que hacen peligrar el futuro de la investigación académica en el país.” (Khoring, 1998, p. 10).

Proporcionar el contexto político, social y cultural de las innovaciones científicas y sus posibles repercusiones, constituye la verdadera función social del periodismo científico. El periodista científico debe ponderar todas las aportaciones de la ciencia y la tecnología y no sólo sentirse satisfecho con informar sobre las novedades del ahora.

LA BARRERA DEL LENGUAJE

El problema del lenguaje no es exclusivo del periodismo científico. En general, la comprensión de cualquier producto científico –llámese teoría, descubrimiento, publicación, práctica científica– estará determinada por el conocimiento y dominio del sistema simbólico, necesaria para la aprehensión de la información.

A medida que se especializa, el científico adquiere un metalenguaje que asume como cotidiano. Lisbeth Fog, periodista colombiana especializada en la fuente científica, señala como principal problema de la práctica del periodismo científico la dificultad en el entendimiento de las expresiones, conceptos y vocablos científicos: “La jerga científica sólo la entienden sus colegas; y si el periodista no la entiende, menos la van a hacer los potenciales receptores de la información” (Fog, 2002, p. 85).

El lenguaje científico es visto como una barrera en la relación entre el periodista y la fuente científica. Partiendo de la conceptualización del problema hasta la práctica científica-tecnológica, el trabajo del periodista depende necesariamente –como en cualquier otra especialidad periodística– del conocimiento que se tenga sobre el sistema.

El perfil del periodista científico requiere de la capacidad de traslación del lenguaje particular a un lenguaje comprensible, el periodístico. La idea más empleada es la de ‘traducción’ del lenguaje; no solamente un término o una definición, sino decodificación de los elementos esenciales para una mejor comprensión de los contenidos (Calvo Hernando, 2002; Fog, 2002).

Las audiencias del científico y el periodista son absolutamente diferentes: si el científico tiene como objetivo escribir para sus colegas en revistas científicas especializadas, el público del periodista es su lector. “Una de las primeras tareas del periodista será, entonces, definir y conocer a su audiencia, identificar el lenguaje más apropiado y llegar de manera efectiva con su mensaje.” (Fog, 2002, p. 85).

Se trata de divulgar el conocimiento científico sin falsearlo, pero evidentemente tampoco se trata de una traslación del lenguaje científico a los espacios mediáticos. El periodista tiene la obligación de escribir en un lenguaje comprensible a todos los públicos. Por ello, el conocimiento de la fuente y más aún de la especialidad periodística es imprescindible – como en cualquier otro caso– para el abordaje del tema.

EL CIENTÍFICO COMO FUENTE

La ciencia sigue siendo una de mis mayores alegrías. La popularización de la ciencia que Isaac Asimov hizo tan bien –la comunicación de de los descubrimientos y de los métodos de la ciencia– se siente en mí tan natural como el respirar. Después de todo, cuando uno se enamora quiere decírselo al mundo. La idea de que un científico no hable sobre su ciencia al público me parece, cuando menos, extraña (Sagan, 1994).

En el ejemplo del grupo de investigación del Salk Institute que Latour analizó para la realización de su libro, trabajó como un antropólogo que estudia a una subcultura aislada pero decididamente partícipe de la conformación de la sociedad contemporánea. “No estuvo observando cobayos, sino que estuvo observando a los que observaban cobayos: a los que hacían ciencia, a los científicos.” (Mendoza, 2001, p. web).

La descripción de “tribus científica” aportada por el periodista y sociólogo chileno Marcelo Mendoza, ilustra muy bien los márgenes que separan a la comunidad científica del resto de la sociedad.

La relación entre periodistas y científicos difícilmente pueda evitarse. Aunque previamente se discutió la dificultad que representa la traducción del lenguaje especializado, Fog señala como un problema particular al abordaje de un hombre de ciencia como fuente de investigación periodística: “los científicos sienten que son representados en los medios de comunicación de una manera injusta y descontextualizada. Los periodistas por su parte sentimos que, en líneas generales, los científicos no saben comunicar” (Fog, 2002, p. 86).

Otra diferenciación importante es la concepción del tiempo. Los resultados de las investigaciones científicas tardan años en producirse y tantos más en hacerse públicos, por lo cual es poco probable que logren comprender la importancia de la información concisa e inmediata. El periodista, que trabaja bajo presión, debe procurar comprender la dimensión real del trabajo científico, pues fundamentalmente necesita obtener la información de su fuente.

Aunque diferentes en la concepción del objeto de estudio, estructuración mental y argumental, incluso en el uso de vocabularios disímiles puede ser superado en la búsqueda de

un “objeto común” entre entrevistado y entrevistador. Esa actitud profesional puede resultar una enriquecedora transacción en el desarrollo de una historia: en el oficio del periodista es imposible conocerlo todo, pero si se puede obtener de otros la información específica que se necesita.

Periodistas y científicos también comparten muchas características que los asemejan, pero una fundamental es la necesidad común de ‘encontrar respuestas’: uno y otro viven y sobreviven haciendo preguntas y ello se convierte en el principal aliado de la comunicación entre científicos y periodistas. Si para ambos están claro los objetivos en la búsqueda del otro, el intercambio de conocimientos justifica la colaboración. Para ambos actores resulta obvio que sin preguntas, no hay curiosidad, como tampoco de seguro surgirán respuestas.

En la labor del Periodismo Científico, las ‘verdades’ científicas no son absolutas ni definitivas, pero debe abordarse por igual tanto el científico como el periodista, a través de distintos métodos de decantación:

Cumplimos una función social y nos debemos al público que recibe los mensajes –en el primer caso– como a aquel que aplica ese conocimiento –en el segundo. Una información adecuada y pertinente a una sociedad que la necesita puede ayudarle a mejorar su calidad de vida” (Fog, 2002, p. 86).

La ciencia, queda claro, no pierde dignidad ni credibilidad cuando se despoja de su solemnidad de torre de marfil. Grandes historias de la ciencia y los científicos pueden ser narradas con palabras e historias sencillas, que ejemplifiquen sin rodeos la importancia de una más rica apreciación de la realidad que nos circunda.

MARCO CONTEXTUAL

I. LA CIENCIA EN VENEZUELA (A PARTIR DE 1935)

La producción del conocimiento científico en Venezuela pasa por diversos momentos que van desde los investigadores solitarios de finales del siglo XIX y los estudios del territorio nacional, hasta la conformación de las instituciones científicas a partir de la apropiación del saber científico por parte de una comunidad de nacionales.

Según Vessuri, la estructuración del sistema científico en Venezuela se produce en la relación de dos sistemas interconectados, el científico internacional y aquellos directamente pertenecientes al ámbito nacional: el desarrollo del sistema político estatal, la educación superior y el sistema socioeconómico.

Los autores consultados analizan la evolución del sistema científico venezolano a partir de los años de gestación y posterior desarrollo del Estado democrático; cuando la ciencia es apreciada como una actividad grupal y de interés social, en Venezuela se habla de un proceso de institucionalización científica (Requena, 2003).

Para ello, se señalan varios acontecimientos que preceden la estructuración definitiva del modelo local, a partir del análisis de tres figuras claves: El Estado, las universidades y el investigador.

LOS PRIMEROS AÑOS

A comienzos del siglo XX, Venezuela estaba aún bajo la dictadura del General Juan Vicente Gómez. Para entonces, la vida social del país se transformaba drásticamente y se pasa de una economía feudal, sustentada en el intercambio agrícola y en el caudillismo, a una nación “moderna” gobernada por un esquema político liberal y subordinada al sistema capitalista mundial.

Era el nuevo Estado venezolano de cambios y mejoras: apertura de caminos, concesiones ferroviarias, construcción de infraestructura, etc., con el propósito explícito de procurar la producción mínima necesaria para ingresar al sistema económico mundial. Ésta era la esencia del Proyecto Liberal, como lo explica el historiador y reconocido catedrático venezolano Germán Carrera Damas: “Es ni más ni menos que la apertura forzada de las puertas de Venezuela al imperialismo en expansión desde finales del siglo XIX” (Carrera Damas, 1991, p. 113).

Luego de la muerte de Gómez, se inicia un período de transformaciones paulatinas en el sistema político venezolano, dando los primeros pasos hacia la construcción de una nación moderna, donde “se combinan el viejo y poderoso resto de la ideología liberal [...] con algunos atisbos de las nuevas inquietudes en el terreno social” (Caballero, 1999, p. 62). Carrera Damas lo define también como el modelo de ‘concentración nacional del poder’, mediante el cual el Proyecto Nacional se torna viable en términos inclusivo “hasta conformar un foco de decisión que [...] genera estructuras nacionales de todo orden, llegando a ejercer un control eficaz sobre la sociedad.” (Carrera Damas, 1991, p. 121).

Es un criterio comúnmente aceptado que el proceso de modernización de la sociedad venezolana que conocemos hoy se configuró a partir de la muerte de Gómez. Los sucesivos regímenes políticos orientaron sus acciones hacia la construcción de un país moderno, aglutinando en torno al poder económico del Estado las aspiraciones políticas y sociales (Texera & Freites, 1992, p. 15).

A partir del gobierno de transición del General Eleazar López Contreras, el Estado asume la tarea de dirigir y transformar el medio natural y humano de la nación. ‘Población y camino’ son los ejes del famoso Programa de Febrero de 1936, dando prioridad al alcance de un sistema nacional de higiene pública y asistencia social y a la construcción de vías y medios de comunicación para el reconocimiento del territorio (Caballero, 1999).

Otra de las acciones fue la creación del Instituto Técnico de Inmigración y Colonización que desde su fundación en 1938 atendió y reubicó a inmigrantes agrícolas en 15 nuevas colonias agrícolas (ITIC, 1942). Según el Informe de Exposición Agropecuaria de 1942, había un proyecto consciente de captación ante las previsivas migraciones posguerra “con el fin de realizar una obra de colonización verdaderamente racional” (ITIC, 1942, p. 8).

Todas estas condiciones mínimas permitieron la circulación de bienes y personas en el país. Los primeros años de ciencia en Venezuela se caracterizaron por la presencia de inmigrantes –llegados luego de la Segunda Guerra Mundial– o venezolanos formados en el extranjero, quienes iniciaron corrientes de investigación, docencia y técnica: Augusto Pi Suñer, fisiólogo catalán fundador del Instituto de Medicina Experimental; Martin Meyer, alemán especializado en medicina tropical y el patólogo alemán Rudolph Jaffé, entre otros (Roche, 1996).

Se inicia un proceso de promoción de aplicaciones tecnológicas mediante el otorgamiento estatal de espacios, recursos económicos y profesionales con la ayuda de académicos extranjeros. “Era la ciencia y la técnica puesta al servicio de la reforma social y del bienestar del nuevo hombre venezolano” (Texera & Freites, 1992, p. 28).

Como explica Humberto Ruiz Calderón –profesor de la ULA especializado en el área de planificación y desarrollo del sector CyT– buscando resolver problemas de tipo económico, las iniciativas del Estado “se movieron desde una perspectiva de acción técnica hacia otra de tipo científica [...] Todo ello se cumplió por un esfuerzo consciente de la dirigencia política y social, por las posibilidades que ofreció la realidad internacional y la preparación sistemática de recursos técnicos y profesionales.” (Ruiz Calderón, 1992, p. 162).

LA CIENCIA Y LAS UNIVERSIDADES VENEZOLANAS

Estudiosos del desarrollo del sistema científico del país sostienen que el componente primario –sino único– en la investigación científica local se produce en el sector académico venezolano. La percepción general que se tiene sobre la ciencia en Venezuela está ligada, precisamente, a la investigación y la docencia dentro de las universidades.

Las primeras universidades nacionales, tanto la Universidad Central de Venezuela –fundada en 1784 como la Real Pontificia Universidad Santiago de León de Caracas y luego renombrada UCV en 1826– como la Universidad de Los Andes –decretada Real Universidad de San Buenaventura de Mérida en 1810–, sobrevivían como casas de estudios librescos con un número aproximado de mil estudiantes y cien profesores, luego de la muerte de Gómez (Leal, 1981; Texera, 1992).

Uno de los primeros ministros de Educación de la época, el médico Enrique Tejera, expresó en su mensaje oficial ante el Congreso de la República en 1939 su opinión sobre la situación de la enseñanza académica del país:

Nuestra histórica Universidad de Caracas, secular y respetable por sus años, se ha guardado fiel, desgraciadamente, a su condición de cosa vieja [...] Señores, por si acaso no os lo han dicho, nuestra Universidad no anda bien. Las reformas que ella requiere, si se intentan, herirían muchos intereses ya creados y que se pretenden intocables (Memoria y Cuenta del Ministerio de Educación Nacional, 1938; cit. en Texera, 1992).

Sin embargo, en el Prospecto Universitario de la UCV del año 1947 se hace mención a las primeras manifestaciones de estudios de las ciencias experimentales dentro de la academia desde finales del siglo XX:

Desde la cátedra se deja oír la voz de Ernst [Adolfo (1832-1899)] y Villavicencio [Rafael (1837-1920)] que pregonan las excelencias en los métodos positivistas [...] Las ciencias exactas reciben una nueva organización en 1895 al crearse con carácter autónomo la Escuela de Ingeniería, con las ramas de Ingeniería Civil, Ingeniería Militar, Ingeniería Agronómica y Arquitectura. Las ciencias médicas adquieren nueva orientación con el establecimiento de las cátedras de Bacteriología, Parasitología e Histología Normal y con la Fundación del Instituto Pasteur en 1897 (Prospecto Universitario, 1947).

Idelfonso Leal rescata la importancia de la inserción del pensamiento positivista a inicios del siglo XX venezolano y sus efectos en la Universidad. Cabe reconocer la importancia que tuvo el positivismo entre los organizadores de la República moderna – Zumeta, Arcaya, Vallenilla Lanz, Gil Fortuol (Carrera Damas, 1991; Leal, 1981).

El establecimiento de las ciencias básicas dentro de las universidades venezolanas es un fenómeno reciente. Hasta mediados del siglo XX, las disciplinas científicas se enseñaban en diferentes facultades profesionales, como complemento del entrenamiento de los futuros profesionales –en su mayoría médicos e ingenieros (Vessuri, 1984).

No había un mercado local para el conocimiento que los científicos físico-naturales pudieran producir, ni un incentivo material para brindarles apoyo económico. Las universidades no tenían facultades de ciencias; los principales grupos de investigación estaban en los campos de la medicina y la agronomía. Los únicos programas de postgrado en el país pertenecían al campo médico (Vessuri, 1984. p. 12).

En 1946 el Consejo Superior de la UCV creó una Escuela de Ciencias y la adscribió a la entonces llamada Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas. La propuesta de creación de la Escuela fue hecha por el biólogo Tobías Lasser, funcionario del Servicio Botánico del Ministerio de Agricultura y Cría ante la Junta Revolucionaria de Gobierno. La nueva Escuela de Ciencias Básicas estaría compuesta por los departamentos de Biología, Matemáticas, Física y Química (Texera, 1992). El paso de Escuela a Facultad duró casi una década, sobreviviendo en condiciones de trabajo e investigación menguadas durante los años de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez.

LOS AÑOS DE LA INSTITUCIONALIZACIÓN

Durante los años de la dictadura militar iniciada en noviembre de 1948, se consolidó el proyecto de modernización del Estado Nacional, representado en el desarrollo de infraestructura, crecimiento y diversificación de las actividades económicas y mejoras sustanciales en la calidad de vida del venezolano. Según Carrera Damas, se trata de la “primera toma de conciencia informada y sistemática” sobre las necesidades tecnológicas de la nación: “Venezuela sale de la Segunda Guerra Mundial con escasez de todo y abundancia de dinero [...] Y lo que es más importante, disponibilidad de nueva tecnología en momento cuando se cuenta con dinero para adquirirla.” (1991, p. 161).

Sin embargo, se necesitaba de un contingente profesional capacitado para dicha labor. En el seno de la comunidad científica local, un grupo de investigadores académicos –en su mayoría salidos de la Fundación Luis Roche– elaboraron una bitácora de acciones para la instauración de una profesionalización de las ciencias, proyecto que se conoce como el “Programa Ideológico de la Ciencia Nacional”. Con el apoyo del Estado, el propósito del Programa era crear las condiciones formales para el desarrollo científico-tecnológico del país, mediante la formalización de la investigación experimental y el entrenamiento docente.

Esta visión “utilitaria” de la ciencia caracteriza, según Vessuri, el sistema de significados que posee la actividad científica en los contextos ‘periféricos’: “Se defendía cálidamente una utilidad social, nacional, de la actividad científica, ligada a su significación para el bienestar colectivo económico y social.” (1984, p. 19).

A pesar de esto, la represión militar limitó profundamente el ejercicio autónomo de las nacientes instituciones de investigación y fomento científico. Durante esta década, instituciones de apoyo a la investigación científica permitieron la continuidad de la actividad y el fortalecimiento de las relaciones con el sector privado: tal es el caso de la Fundación Phelps, en 1949; la Fundación Mendoza, en 1951; la Fundación Luis Roche y el Servicio Shell para el Agricultor, en 1952, entre otros (Roche, 1996).

En 1951 son intervenidas la Universidad Central de Venezuela y la Universidad de Los Andes; por más de un año, las actividades académicas estuvieron suspendidas. Sin embargo, con el auspicio del régimen militar surge en 1954 el Instituto Venezolano de Neurología e Investigaciones Cerebrales IVNIC, que posteriormente se convertiría en el Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas IVIC en 1959. Encargado de estudios avanzados en Biología, Medicina, Química, Física, Matemáticas y Antropología, el IVIC se convirtió en el principal centro de investigación científica del país y de las más importantes en Latinoamérica.

Uno de los acontecimientos más significativos fue la fundación, en 1950, de la Asociación Venezolana para el Avance de la Ciencia ASOVAC, proyecto encabezado por el médico y científico Francisco De Venanzi. Ese mismo año se edita la publicación arbitrada más importante y de mayor trayectoria en la comunidad científica nacional: Acta Científica Venezolana (Roche, 1992).

La década de los cincuenta fue, sin embargo, decisiva en el proceso de institucionalización de la actividad científica en el país. Durante esta década, Venezuela contaba con 6.901 estudiantes matriculados en todo el país con casi mil docentes a disposición completa de las universidades del país. La UCV contaba con 4.757 estudiantes y 667 docentes,

entre las Facultades de Medicina, Derecho, Ingeniería –Matemáticas y Física–, Odontología, Farmacia, Química, Economía, Veterinaria y Agronomía. Sin embargo sus programas “estuvieron sujetos a las contingencias propias de la vida en dictadura, las cuales inexorablemente recurren a la intervención cuando las instituciones resultan ser poco sumisas” (Requena, 2004, p. 83).

LA CONFORMACIÓN DEL SISTEMA CIENTÍFICO NACIONAL

Luego de la caída del régimen de Marcos Pérez Jiménez, en Venezuela se sentía “un optimismo irrestricto en el imaginario colectivo” (Caballero, 1999, p. 73) que brindaba la legitimidad política y autonomía administrativa necesaria para la conformación de las estructuras científicas planificadas con anterioridad. Si durante los años cincuenta se gestionó la institucionalización de la ciencia local, la década de los sesenta puede denominarse como la de la operalización del sistema científico nacional (Vessuri, 1984; Requena, 2003).

“La forma obvia de armonizar estas realidades, la del Estado benefactor, la del Estado filantrópico, fue la primera ensayada”, aduce Carrera Damas (1991, p.179) como respuesta del Estado liberal-democrático a las necesidades del conglomerado nacional en asuntos tan urgentes como el desempleo y el atraso educativo. Como fruto del Pacto de Unidad Nacional, el nuevo modelo político propone la redistribución de las rentas petroleras, la consecución de un mejor nivel de vida y la ampliación del sector medio de la sociedad productiva.

En cuanto a la programación y financiamiento de la ciencia, el Estado siguió jugando un papel fundamental durante la era democrática. Por decreto presidencial, es fundado el 13 de julio de 1967 el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas CONICIT,

creado con el fin de “administrar, coordinar y apoyar la labor científica en Venezuela” (Ley de Creación del CONICIT, cit. en Roche, 1992, p.82).

Con la misión de elaborar las políticas públicas en materia de investigación científica y tecnológica, el CONICIT se convierte en órgano de promoción del investigador nacional. Según Marcel Roche –eminente científico venezolano y primer presidente del CONICIT– el instituto pretendía la coordinación y apoyo de las comunidades científicas nacionales; en fin, de hacer “política para la ciencia y no política por la ciencia” (Roche, 1992, p.81). Sin embargo, Vessuri opina que la debilidad administrativa del CONICIT estuvo precisamente en la imposibilidad de “implementar un punto de vista del Estado”:

La mayor parte de las actividades científicas en el país escapan completamente del control del CONICIT: ni el INTEVEP, ni las universidades, ni el IVIC dependen del CONICIT. Este desenvuelve una actividad de fomento sin poder, como 'caja chica' de los científicos y no como organismo del Estado en negociación con los científicos.” (Vessuri, 1996, p. 261).

El desarrollo del sistema educativo venezolano ha sido uno de los mayores logros de la democracia, que sirvió como dinamizador social y motor económico para los planes de industrialización del Estado. La escolarización obligatoria logro reducir los índices de analfabetismo de un 48, 8% en 1950 a un 34, 8% en el año 1961, a un 22% hasta el año 1971 y sucesivamente hasta establecerse un 8,9% a finales del siglo pasado (Requena, 2004).

En el campo científico, los esfuerzos académicos se volcaron en lograr reorientar el interés de los jóvenes con vocaciones no descubiertas hacia la investigación científica, hasta

entonces dirigidos hacia la medicina y otras ciencias aplicadas. Por eso los esfuerzos se volcaron hacia la formación del cuerpo científico local, pues se consideraba que Venezuela “no carecía de recursos económicos para emprender una acción nacional de promoción de la actividad científica, sino que su debilidad estaba en la falta de generaciones de relevo.” (Vessuri, 1984, p. 37).

Al menos en lo que respecta a la coordinación de la investigación científica, se establece el concepto de autonomía universitaria en la administración estatal, creándose los primeros institutos de fomento para la investigación, conocidos como Centros de Desarrollo Científico y Humanístico, según el Estatuto de Universidades Nacionales vigente desde 1946 (Texera y Freites, 1992).

El CDCHT de la UCV se crea en el año de 1958, instancia central de coordinación, fomento y promoción de la investigación local. Entre sus principales funciones figuraban el otorgamiento de becas y recursos para proyectos, la organización de eventos universitarios nacionales e internacionales, el financiamiento de viajes de estudios de especialización docente y contratación de profesores visitantes, entre otros. Para la realización de las actividades de investigación, las universidades aportan parte de su presupuesto regular y se otorga en concurso a docentes, graduados y laboratorios.

Sin embargo, para Vessuri “El CDCH no ha logrado actuar como un centro de decisión, con definición de objetivos precisos, que distribuya tareas y recursos, evalúe y controle su ejecución [y] ha carecido en general de una estructura administrativa relacionada con la investigación” (Vessuri, 1996, p. 265).

Las universidades invirtieron también en el mejoramiento de su planta docente, enviando a los profesores más jóvenes y prometedores a prestigiosas universidades extranjeras para cursar estudios de maestrías y doctorados. Señala Requena (2004) que desde 1958, 818 profesionales de la ciencia obtuvieron el máximo grado académico en el extranjero, generalmente financiados por los CDCHT o por fondos del CONICIT o la Fundación Gran Mariscal de Ayacucho –desde su creación en 1970.

La actividad universitaria se caldea en la década de los sesenta, con protestas políticas que movilizaban a jóvenes alrededor del mundo y por distintas causas. Los años de la lucha armada en Venezuela también afectaron a los principales centros de investigación científica: la mayoría de los estudiantes del movimiento Renovación Universitaria hacían vida en la Facultad de Ciencias de la UCV. (Caballero, 1999). También como reacción en cadena, el Estado protege a los científicos en institutos subsidiados, especie de ‘invernaderos’ donde se resguardaron y eventualmente se aislaron de la dinámica universitaria (Urbina, 1992).

Durante esta década surgen los primeros postgrados en Ciencias del país. Con el retorno de los primeros becados, se crean estudios locales de especialización en las áreas que se habían explorado en el extranjero; institutos como el IVIC y universidades como la UCV y la ULA fueron las primeras en ofrecer cursos de tercer y cuarto nivel, a partir de 1960. Para 1997, Venezuela cotaba con 194 opciones de postgrado en distintas áreas académicas (Requena, 2004).

Con la ‘pacificación’ democrática, se produce también una expansión masiva de la educación en el país, y particularmente en los estudios superiores. Este fenómeno es, en opinión de varios autores (Cereijido, 1994; Requena, 2003; Urbina, 1992; Vessuri, 1996) el

germen que dificultó la consolidación de una tradición científica en la academia: su compleja estructura burocrática, la privatización desmesurada del sistema educativo, la formación masiva de profesionales sin tradición de investigación son síntomas del estancamiento de la investigación científica universitaria, más preocupada por el cumplimiento de su función como “proveedor de profesionistas” (Cereijido, 1994).

LA CRISIS DEL SECTOR CIENCIA

A finales de la década de los setenta e inicios de los ochenta, el sector científico nacional estaba en su mayor nivel productivo. A partir de 1974 hubo un aumento violento en el otorgamiento de Presupuesto Nacional para el sector ciencia, que por primera vez rebasa el 0,5% de PIB que sugiere la UNESCO. “Aunque si bien había mucho más ingreso, el dinero que llegaba al CONICIT no se traducía en mejoras en el sistema de asignaciones a los científicos” (Requena, Conversación personal, julio 14 de 2004).

Surgieron otros contextos extra académicos donde la investigación se orientaba más hacia el desarrollo de las capacidades tecnológicas. Estas instituciones, avaladas por el Estado, tenían facilidades presupuestarias y mayor capacidad de captación de recursos humanos. Centros como el Instituto Internacional de Estudios Avanzados IDEA y el Centro de Investigación del Estado para la Experimentación Agroindustrial Ciepe, entre otros, estaban bajo administración directa de dependencias ministeriales. El caso del Instituto Venezolano de Tecnología del Petróleo INTEVEP surge precisamente de la importancia estratégica en el desarrollo de tecnología nacional para la mayor competitividad de la industria de hidrocarburos (Requena, 2003; Vessuri, 1996).

El tópico del financiamiento de la investigación es de suma importancia, pues responde a las características burocráticas del Estado. En época de ‘vacas flacas’, por tratarse de fondos del erario público, “el tema tenía que envolver conceptos de pertinencia y calidad, atributos que sólo los podía certificar un organismo de rango superior y experto, desde el punto de vista técnico” (Requena, 2003, s/p.)

En el año 1976 se desarrolla el Primer Plan Nacional de Ciencia y Tecnología, “que abría espacios para el debate político a los investigadores líderes del país con acceso al mercado internacional de investigación” (Roche, 1992, p. 87). Esta dinámica se puso en práctica durante los gobierno siguientes, pero a pesar de dejar en manos de científicos la agenda administrativa, para Vessuri los resultados obtenidos fueron ‘ambiguos’ puesto que “ni el Estado estaba interesado en el tipo de ciencia que ofrecía la pequeña comunidad científica nacional, ni ésta, como colectivo, tenía rasgos políticos, técnicos y actitudinales capaces de ofrecer soluciones a fines del Estado.” (2000, p.93)

“Recibo un país hipotecado” fue la frase estigma del gobierno de Luis Herrera Campins. Su proyecto económico, al menos en apariencia, apuntaba hacia la recuperación y saneamiento de la administración pública, la supresión de controles y subsidios; en general, hacia un Estado austero. Pero la guerra entre Irak e Irán en 1978 desbarató las esperanzas de ahorro y le siguió a una entrada abrumadora de ‘petrodólares’ “y era muy difícil decirle a los venezolanos que se apretaran los cinturones” (Caballero, 1999, p. 127).

Venezuela gozaba de enormes ingresos que permitieron –frente a la ausencia de programas de extensión científica– establecer programas de apoyo financiero como el Galileo o con la Fundación Gran Mariscal de Ayacucho; respuestas que, sin embargo, respondían a

necesidades coyunturales “pues al regreso los científicos venezolanos se encontraban con escasas localidades de empleo e investigación” (Requena, Conversación personal, Junio 14 de 2004).

La crisis del sector inicia en la década de los ochenta, especialmente a partir de 1983, cuando a la par del Viernes Negro la inversión en el sector científico experimentó un acentuado retroceso. El año 1988 también se conoce como el de la crisis del sector científico nacional. Con la reducción de compra de divisas, los institutos de investigación científica sufrían por falta de recursos para actualización. “La ciencia en Venezuela se paga en dólares, por ello se canceló la compra de revistas, equipos, reactivos y demás implementos necesarios para el día a día de la investigación” (Requena, Conversación personal, Junio 14 de 2004).

En el seno del CONICIT se tomaron medidas de incentivo a los investigadores locales –quizá a raíz de la fuga de cerebros– y en 1989 se logra un consenso acerca de lo que hoy se conoce como Programa de Promoción al Investigador PPI, proyecto que terminó cristalizándose en 1990 con la designación de la primera cohorte, con más de 740 investigadores en todo el país (Requena, 2004).

Según Julio Urbina, profesor e investigador del IVIC, “el desarrollo del modelo económico imperante en Venezuela no demanda ni ha demandado nunca actividad científico-tecnológica nacional” (1992, p.119). Esta condición de desinversión ha relegado a la investigación académica –y por ende a la investigación científica nacional– a un estado de abandono. El envejecimiento de la planta docente, el desinterés del mercado de inversión nacional y finalmente la falta de recursos materiales y humanos, han menguado la capacidad de continuidad en las líneas de investigación universitaria.

La actividad científica venezolana se retrasó. La crisis se atribuye a inconsistencias en la definición de prioridades en el sector académico e institucional. “Como una colcha de retazos de huecos grandes y pequeños; así funciona la investigación científica de estos últimos años” (Vessuri, 2000, p. 94). Finalmente, Vessuri apunta que el problema en el mantenimiento de las relaciones entre el mundo académico y la investigación científica puede entenderse como un difícil reto a largo plazo, “en condiciones de deterioro de la calidad académica en el marco de una educación superior masiva, en ausencia del contrapeso de una tradición intelectual significativa y de una demanda social manifiesta” (Vessuri, 1996, p.272).

II. LA AGRONOMÍA EN VENEZUELA

La actividad agrícola ha sido tradicionalmente uno de los sectores de mayor inversión estatal y sin embargo manejado por los intereses particulares de los proyectos políticos de turno. Cabe preguntarse ¿cuál podría ser el incentivo de inversión en un país eminentemente petrolero y en un sector económicamente mermado, con un escaso mercado interno y exportador de algunos productos de carácter secundario? A comienzos del siglo XX, ésta era la situación general del país.

Venezuela era aún un pequeño país atrasado, tenía cinco millones de habitantes y el analfabetismo alcanzaba el cincuenta y uno por ciento. En lo referente a la ciencia, era pobre en todos los campos. Esto se debía en parte al hecho de que Venezuela vivía principalmente de sus exportaciones petroleras, de la misma forma que en una etapa anterior había vivido de los beneficios de sus exportaciones agrícolas (café y cacao), e importaba la mayoría de sus productos manufacturados (Vessuri, 1984, p. 13).

El petróleo se convierte entonces en un factor dinámico cuyo efecto concentrador – apenas visibles hasta comienzo de la década de los treinta– resulta en la superación total del modelo económico agrícola. En 1920, el 28% del valor de las exportaciones del país lo constituían productos distintos al petróleo que 1935 constituía el 91% de las exportaciones totales (Universidad Central de Venezuela, 1975, p. 45).

DIFERENCIAS CLAVES ENTRE AGRICULTURA Y AGRONOMÍA

La agronomía es una rama de la doctrina económica que surge a partir de la división de las riquezas establecida por Adam Smith a finales del siglo XIX. A diferencia de la agricultura, la agronomía se refiere a la racionalización de la producción, al estudio de la dinámica económica producida por la actividad agrícola. La visión utilitarista del uso de los recursos parte de un principio fundamental: la posesión deja de ser importante, de forma que se compartan no las tierras sino sus frutos.

Sin embargo, en la Venezuela de principios del siglo XX la relación era a la inversa, lo que Arvantis y Bardini definen como la ‘doble estructura de la tenencia de tierra’: un escaso grupo de terratenientes acaparando miles de hectáreas de territorio, mientras que el mayor porcentaje de la población productora –los agricultores– cultivaban en pequeñas estaciones que en la mayoría de los casos ni siquiera les pertenecía (Arvantis & Bardini, 1992).

La alta concentración de tierra fue una constante desde la época colonial. A comienzos del siglo XX, la tenencia seguía estando limitada a pocas personas con poder político y económico suficiente, dueños de grandes extensiones territoriales en todo el país. “Por otro

lado han predominado siempre las situaciones de tenencia de hecho, lo que originó la precariedad de las tierras.” (Delahaye, 2003, p.41).

Con la llegada de los andinos al poder desde 1895, la agricultura venezolana –precaria en técnica y producción– ya había tenido que enfrentarse al bloqueo económico de algunas potencias europeas y la caída regional de los precios del café, principal producto de exportación nacional (Caballero; 1999; Pacheco Troconis, 2003). Precisamente, bajo el mandato de Juan Vicente Gómez se dan los primeros pasos hacia el desarrollo de las ciencias agronómicas en el país.

En 1909 fue adelantada una reforma dentro del Ministerio de Fomento, estructurándose sobre la base de cuatro nuevas direcciones administrativas: de Industria y Comercio; de Correos y Telégrafos; de Estadística y de Agricultura, Cría y Colonización. (Pacheco Troconis, 2003). El Estado dirige los primeros esfuerzos gubernamentales para la ‘tecnocratización’ agrícola, parte del plan de reconocimiento de las riquezas del país.

La entrada de científicos extranjeros fue uno de los principales elementos dinamizadores en la enseñanza de las ciencias agronómicas en el país. El proceso de implantación agrícola se había trasladado desde Estados Unidos y Canadá hacia Latinoamérica con las primeras concesiones transnacionales, como apoyo logístico y tecnológico en el área de la investigación industrial. Cabe resaltar la participación del biólogo alemán Henry Pittier – que llega por segunda vez al país desde el Departamento de Agricultura norteamericano, en 1912– y el profesor belga y experto en tecnología agrícola, Fernand Miesse (Arvantis & Bardini, 1992, Pacheco Troconis, 2003).

LOS INICIOS DE LA EDUCACIÓN AGRONÓMICA

En agosto de 1917 se le encarga a Miesse del diseño pedagógico y divulgativo de la primera Estación Central de Semillas y Plantas del país, asentada en Cotiza, Caracas. Según Arvatis y Bardini (1992), la creación de las primeras escuelas técnicas –proyecto del ministro de Instrucción Pública José Gil Fortoul–, demuestra el carácter fundamental que tenía el desarrollo agrícola en el proyecto gomecista y los demás devotos de la corriente positivista: Vallenilla, Zumeta, Arcaya, etc. (Caballero, 1999). El 19 de julio de 1920, el personal del campo experimental de Cotiza es trasladado a Maracay, donde posteriormente se establece la primera Escuela Práctica de Agricultura. A estas estaciones siguieron otras más, ubicadas en los distintos centros agrícolas del país, coincidentalmente las zonas de preferencia de Gómez: Maracay, Mérida, San Cristóbal, etc.

Durante el gobierno de Eleazar López Contreras es creado, por disposición presidencial, el Ministerio de Agricultura y Cría MAC en el año 1936. Para demostrar su empeño por la modernización, el gobierno promulgó la Ley de Tierras Baldías y Ejidos de 1936 determinó la implementación del catastro rural, forma de medición esencial para el funcionamiento del mercado de tierras.

También en 1937 se crea la Estación Experimental de Agricultura y Zootecnia, en El Valle, y para el año 1938 se fundan las primeras Escuelas Superiores de Agronomía y Veterinaria. La prioridad de fortalecer el nivel técnico abrió paso paulatinamente a la investigación de nivel académico, adquiriendo rango universitario en el año 1939 –aunque seguían dependiendo directamente del MAC (Ministerio de Agricultura y Cría, 1968).

La especialización agronómica ocurre finalmente en 1945, cuando se establece el primer instituto de formación académica superior: el Centro de Investigaciones Agronómicas de Maracay, ubicado en las haciendas El Limón y la Trinidad, enormes caseríos agrícolas de la región donde se establecen distintos laboratorios de investigación en Fitopatología, Entomología y Zoología, de estudios de Suelos, entre otros (MAC, 1968).

En 1946, la Escuela de Agronomía adquiere finalmente el nombre de Facultad, adquiriendo la autonomía académica que para el año 1948 sería ratificada al instaurarse la Facultad de Ingeniería Agronómica, adscrita a la Universidad Central de Venezuela mediante la promulgación del Estatuto Orgánico de Universidades Nacionales. Dos años más tarde, la nueva Facultad es trasladada a la Hacienda El Limón de Maracay, que sigue funcionando como sede en la actualidad (Leal, 1981; Pacheco Troconis, 1999).

LA FACULTAD DE INGENIERÍA AGRONÓMICA Y SU EVOLUCIÓN A LA AUTONOMÍA

En su proyecto inicial, la Facultad de Ingeniería Agronómica fue concebida como una Escuela de carácter práctico, con el propósito de suplir las necesidades técnicas del Estado en el área agrícola. Sin embargo, en la práctica estuvieron más bien orientados hacia los estudios teóricos o “librescos”, distanciados de las realidades productivas de la nación (Arvantis & Bardini, 1992).

Así lo expresaba Luis José Medina, ingeniero agrónomo de la Facultad de Agronomía de la UCV, en sus reflexiones sobre el ejercicio de la ciencia agronómica en el país y el desempeño de la Facultad:

El grave error en la enseñanza superior de los estudios agronómicos en Venezuela es la exagerada proporción que ocupan las ciencias básicas preparatorias en el plan de estudios: Química, Botánica, Zoología, Ecología (...) pues la doctrina de la Agronomía descansa sobre la experiencia empírica, o sea sobre la experimentación en el campo (Medina, 1959, p. 10).

Rafael Balderrama, catedrático de la UCV especializado en estudios del Desarrollo, critica la resistencia a la investigación científica en el desarrollo del perfil del agrónomo nacional, al no haber definido la demarcación “científica” del sistema de estudios establecido:

La carencia de definiciones sobre el ‘agrónomo necesario’ [...] condujo a que la Escuela de Agricultura fuese asimilada al sistema de educación superior en calidad de Facultad, es decir como un agregado más a la universidad autónoma tradicional [...] ‘facultades enciclopédicas’ en campos limitados del saber. (Balderrama, cit. en: Arvantis & Bardini, 1992, p. 162)

El Limón es intervenido en 1951, pasa a llamarse Facultad de Ingeniería Agronómica y la investigación permanece parcialmente habilitada. El Proyecto Nacional, estandarte del ideal nacional perezjimenista, dejaba de lado al campo por la construcción de autopistas, ciudades e industrias. La vida del campo se trasladó a la ciudad y por ende la producción en la investigación agrícola fue relegada a causa del apogeo petrolero y las represiones del régimen contra la vida universitaria (Caballero, 1999).

Medina (1959) hace un análisis comparativo por períodos en la historia de la Facultad de Agronomía: una primera etapa –entre 1937 y 1948– de iniciación, determinada por una

enorme estabilidad en la coordinación de estudios, el énfasis en la enseñanza de las ciencias naturales y el escaso reconocimiento de las condiciones naturales del país; y una segunda etapa –de 1949 a 1958– de establecimiento académico, que a pesar de la autonomía lograda generó un mayor desorden en la elaboración de planes de estudio. En su opinión, las causas de esta situación son la falta de estudios integrados y una endémica desorientación vocacional:

Por ser una Facultad reciente, no existe una tradición de estudios y la capacidad de investigación está en estado embrionario. La falta de profesores especializados, pues casi todos son prestados de otras áreas de la ciencia, acentúa la problemática de la coordinación y promoción académica (Medina, 1959, p.47).

Durante los años de la dictadura, sin embargo, es publicada la revista *Agronomía Tropical*, revista editada por investigadores de la Facultad de Maracay, con interrupciones eventuales pero que perduró desde 1951 hasta 1984 (Ruiz Calderón, 1992).

LAS COSTURAS DEL SISTEMA AGRARIO NACIONAL

Arvantis y Bardini (1992) señalan que, desde 1936 hasta 1958, el surgimiento institucional de la agronomía crece en total subversión con el sistema, en desarrollo durante la mutación del sistema político nacional y la definitiva despedida de los gobiernos totalitarios; “incluir en la modernidad los campos atrasados de una sociedad que ya anticipaba su futura prosperidad mineral” (Arvantis & Bardini, 1992, p. 154).

Según un estudio comparativo realizado por el MAC entre las principales naciones agrícolas de Suramérica, para el año 1961 Venezuela se encontraba muy retrasada en la producción y estructuración de roles en la actividad agrícola, incluso con respecto a vecinos

más cercanos y menos competitivos. De los países de la región andina, sólo Colombia poseía un organismo central no dependiente del Estado –el Instituto Colombiano Agropecuario– encargado no sólo del fomento y promoción, sino también de la investigación, adiestramiento y educación en las regiones agrícolas (MAC, 1968).

En el estudio, Colombia y Argentina destacaban como los únicos países capaces de mantener e incrementar su producción con sistemas científicos y tecnológicos locales. En Venezuela –al igual que Perú y Ecuador– se detectaban líneas de investigación sin mucha eficacia, entre otras razones debido a que “la investigación agropecuaria en Venezuela es realizada principalmente por el Ministerio de Agricultura y Cría.” (MAC, 1968, p. 215).

A esto se suma el problema de la “difícil definición del trópico”. Arvantis y Bandini mencionan que la enseñanza de los ingenieros agrónomos venezolanos formados en el extranjero “era discutible” y, según críticos de la época, estuvo ligada a la formación masiva de profesionales de alto nivel, “cuando lo que hacía falta eran agricultores y técnicos de lo que hoy llamaríamos ‘mediano’ nivel.” (1992, p. 165). A esto se refiere Pacheco Troconis (1999) cuando habla sobre la “necesidad de una auténtica agrotecnia venezolana”, que no fue permitida en medio de la bonanza petrolera.

Como señalan los entendidos en el área, la debilidad fundamental de la agronomía venezolana sea “la concepción según la cual la agricultura se fortalece principalmente con su tecnificación y la generación de conocimiento precede –en vez de acompañar– a dicha tecnificación.” (Arvantis & Bardini, 1992, p. 168).

En septiembre de 1958, a la salida del régimen militar, se creó la Comisión de Reforma Agraria que posteriormente elaboró el Proyecto de Ley promulgado en marzo de 1960. “Sin resolverse el problema de una vasta porción del país económicamente marginal y una minoría en disfrute y posesión de la tierra, advino la era del petróleo”, declamaba Rómulo Betancourt como instalando la “siembra del petróleo” que había puesto en boga Arturo Usler Pietri.

La consecución del proyecto de Reforma Agraria es fundamental, sobre todo desde un punto de vista político, aunque respondía a la lógica de la dinámica estatista. El plan comprendía la dotación de tierras al campesinado, escuelas de sanidad rural, colonias agrícolas, cooperativas, construcción de caminos vecinales y electrificación de campos; y aunque logró disminuir la concentración de tierras, no así la precariedad. Sin embargo, el proyecto impulsó la incorporación de los agrónomos al aparato estatal, mediante la formación de un cada vez mayor número de peritos –técnicos– agropecuarios e ingenieros agrónomos.

En 1959 inicia sus actividades la Facultad de Agronomía de la Universidad del Zulia LUZ, en tiempos cuando la única escuela que formaba agrónomos era la UCV. Hasta entonces, el país contaba con 302 ingenieros agrónomos graduados en esa facultad y 632 peritos agropecuarios de la Escuela Práctica de Agricultura (Medina, 1959). Posteriormente, entre 1960 y 1977, se crean la Facultad de Agronomía de la Universidad de Oriente UDO-Maturín en 1962 y la Facultad de Ingeniería Agronómica de la Universidad Centroccidental Lisandro Alvarado UCLA en 1964, en la ciudad de Barquisimeto. Por otro lado, la mayoría de los Institutos Universitarios de Tecnología y Colegios Universitarios, organismos de formación de técnicos superiores carreras intermedias, se crearon en la década de los setenta (OPSU, 1995).

Según Pacheco Troconis, entre las carreras relacionadas con la Agronomía, la prioridad la sigue teniendo la Ingeniería Agronómica, que ha sido tradicionalmente la más requerida por los estudiantes y, en consecuencia, la carrera con más egresados. “No obstante, sus números han disminuido en el tiempo. Las preferencias han variado hacia otras especializaciones como la Ingeniería de Producción Vegetal o Animal e incluso la Ingeniería Agroindustrial”. (Conversación personal, 20 de junio de 2004) Pacheco Troconis aporta su propia hipótesis: los estudiantes se muestran más atraídos por las actividades de producción y sus preferencias no están dirigidas a la investigación científica. Las universidades que aún conservan el título de Ingeniero Agrónomo son la UCV, LUZ, UCLA (OPSU, 1995).

En cuanto al aspecto ideológico, Pacheco Troconis, arguye la indefensión del sistema agrícola frente al paradigma establecido de la hegemonía “mineral e industrial” del país.

No existe texto “sereno” sobre la agricultura de Venezuela [...], el tono triunfalista o, por el contrario, de un pesimismo extremo señalan claramente que el espacio que debía ocupar la agricultura es central. Los agrónomos tendrán que defender la legitimidad no solamente de su propio papel, sino también de la actividad en un país minero (Arvantis & Bardini, 1992, p. 170).

En cierta forma, la investigación agronómica ha sido un caso exitoso de aplicación científica, llevado desde el laboratorio hasta el campo. Cabe destacar, por ejemplo, el trabajo en plantas oleaginosas, por medio del cual nuevas y más productivas variedades del ajonjolí se han introducido en el país. Sin embargo, la crisis de investigación no se debe únicamente a razones académicas, pues el sector agrícola ha sido históricamente marginado de las prioridades del Estado.

Finalmente, la ciencia aplicada no se realiza únicamente en los centros de estudios académicos, sino también en organismos alternos como el Centro de Investigaciones Agronómicas CIA, hoy llamado Instituto Nacional de Investigaciones Agropecuarias INIA y el Fondo Nacional para la Investigación Agropecuaria, FONAIAP.

LAS MUJERES EN LA CIENCIA VENEZOLANA

Al hablar de sectores desasistidos, un problema recurrente en el abordaje de los estudios sociológicos en América Latina es la falta de datos estadísticos respecto a grupos sub-representados. “Si bien puede argumentarse que los datos cuantitativos son insuficientes para hombres tanto como para mujeres, el tema de las mujeres en la ciencia es particularmente opaco.” (Vessuri & Canino, 2001, p. 272). La perspectiva del género, usado como un principio de organización social, fue descuidada en el estudio de las ciencias sociales hasta los años sesenta o inclusive más tarde.

“La ciencia ha sido una práctica masculina” es el primer supuesto de la tesis planteada por la científica y socióloga Waleska Lemoine (1985). En su trabajo de grado para la opción de Doctorado en Ciencias Sociales, Lemoine expuso –a partir de encuestas abiertas realizadas a 473 investigadoras del Área Metropolitana de Caracas– la preponderancia del hombre en el campo científico como consecuencia de un menor reconocimiento y remuneración para la mujer científica, quienes no reciben un trato igualitario en posiciones académicas, administrativas y profesionales.

Según Lemoine, tradicionalmente se arguye la condición ‘racional’ del conocimiento científico como primer impedimento en el ejercicio de la profesión, como concepto de una

“noción de mujer opuesta a la práctica científica [...] Mientras [la mujer] es caracterizada como un ser suave, delicado, emocional y poco competitivo, la ciencia es definida como una empresa racional, altamente competitiva en la que está ausente la emoción.” (Lemoine, 1985, p. XVI).

LA ENTRADA DE LA MUJER A LA ACADEMIA

Desde finales del siglo XIX, los estudios primarios –gratuitos y obligatorios en el país desde 1870, durante el gobierno de Guzmán Blanco– eran cumplidos mayoritariamente por jóvenes varones de clase pudientes:

Según la costumbre social de la época, los niños entraban a los colegios nacionales donde cursaban clases mayores y obtenían el título de bachiller. Por contraste, las mujeres entraban en Colegios Nacionales de niñas y de estos centros egresaban sin ningún título pero ‘instruidas en las letras, fortificadas en la mora y enriquecidas con útiles e indispensables conocimientos para lo doméstico (Villegas, 1895, *Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes* del Consejo Municipal de Caracas, cit. en Lemoine, 1985, p. 31).

Apunta Lemoine (1985) que algunas mujeres lograban graduarse como bachilleres en las áreas de Ciencias Médicas o Filosofía. Sin embargo, las opciones regulares para las mujeres, hasta comienzos del siglo XX, eran egresar como Maestras de las Escuelas Normales o de las Academias de Bellas Artes como especialistas en Dibujo, Pintura o Apreciación Artística.

El ensayista y crítico caraqueño Juan Liscano, especializado en los estudios culturales de la historia contemporánea venezolana, señalaba que la sumisa participación de la mujer

venezolana en los campos académicos se debía a múltiples razones culturales: Venezuela era un país rural y analfabeta, con escasa vías de comunicación y también escasas posibilidades de costear los estudios en la capital. Sin embargo, la mujer se vio particularmente perjudicada por los valores predominantes en la época: “la mujer, por ser garante de la especie humana, era preparada para el matrimonio, para la crianza de los hijos” (Liscano, 1962, p. 512).

Lemoine recalca que el espacio científico no se negaba a las mujeres; al menos en algunos casos particulares, la mujer logró incursionar en el mundo la ciencia local a finales del siglo XIX: Gerónima Blanco fue miembro residente de la Sociedad de Ciencias Físicas y naturales de Caracas, creada en el año de 1867 y Julia Monsanto, esposa de uno de los integrantes de la institución, llegó a enviar “una cajita con varias especies de coleópteros”. (1985, p. 36) Sin embargo, apunta que no dejaron de ser acciones aisladas que no parecieron tener continuidad alguna durante aquellos años.

A comienzos del siglo XX se duplica el número de mujeres en la educación primaria y secundaria, como parte del proyecto de modernización iniciado bajo el gobierno de los andinos: los porcentajes de representación variaron de 27% en el año 1875 al 44% para 1911 (Lemoine, 1985).

Para Idelfonso Leal, el ingreso formal de las mujeres a la educación superior fue a partir del año 1940, cuando ingresó un contingente significativo de jóvenes egresadas de los colegios de Señoritas hacia carreras como Medicina, Derecho y Biología. Sin embargo, la ciencia tendría que esperar más de una década para el ingreso formal de las mujeres a sus filas.

LA MUJER EN LA CIENCIA

La evolución de los egresados universitarios en la segunda mitad del siglo XX revela un patrón dominante de población femenina. En dicho lapso, el 66% de los egresados han sido mujeres (Vessuri & Canino, 2001). En consecuencia, aumentó el número de mujeres estudiantes, docentes e investigadoras, a partir de procesos de cambios en la vida social, respecto a los roles que debía jugar la mujer en la sociedad.

La estructura de la familia venezolana experimentó cambios importantes en los últimos cincuenta años, especialmente la de clase media, dentro del proceso general de urbanización, secularización y modernización (Caballero, 1999). En los textos consultados, se supone un modelo de ‘éxito masculino’ que las mujeres adoptan para equipararse a la labor de los pares; comportamiento que implica un compromiso a tiempo completo con el trabajo científico y relaciones competitivas (Vessuri & Canino, 2001).

El número de mujeres que accedió a los estudios superiores en Venezuela creció sustancialmente a partir de la última mitad del siglo XX. Para 1958, el país contaba con 38 mujeres científicas, graduadas en universidades nacionales en las áreas de Medicina, Química, Farmacia, Botánica, Geología, Sociología, Agronomía y Veterinaria, quienes participaban activamente en reuniones y congresos y publicaban regularmente en revistas arbitradas nacionales e internacionales.

Los patrones de comportamiento seguidos se presentan constantes en las investigaciones desarrolladas por Lemoine (1985) y también por Vessuri y Canino (2001). Entre las investigadoras maduras –con más de veinte años de actividad académica– se observa

que la familia no necesariamente dificultó su carrera, especialmente cuando el estatus socioeconómico que disfrutaban en otra época les permitía contar con apoyo doméstico. Sin embargo, aceptan haberse visto afectadas por el *ethos* de la actividad científica cuando comenzaban su carrera, relacionado con el supuesto de la compatibilidad de la condición femenina con los intereses científicos.

No obstante, se convirtió en una práctica común la presencia de mujeres en el campo científico, sobre todo en la investigación académica: “Un estilo de vida que reconocía la necesidad de interacción entre las dimensiones doméstica y científica de forma conjunta por los miembros de la pareja, especialmente entre científicos (Vessuri & Canino, 2001, p. 279).

Cada vez más, las mujeres tenían la posibilidad y capacidad de convertir su potencial científico en puestos profesionales remunerados en la universidad e institutos de investigación, en altas posiciones del escalafón académico y con responsabilidades administrativas, “aunque más difícilmente en las de autoridad” (Vessuri & Canino, 2001, p.279).

Según el censo hecho por el CONICIT (1992), en el año 1983 las mujeres investigadoras representaban el 27,4% de la fuerza de trabajo nacional. Dieciséis años después, el 40,2% de la cohorte del PPI está compuesto por mujeres. En 1999 había 1695 investigadores acreditados en el Programa, de los cuales 59% eran hombres y 40% mujeres, con 1% de casos en los cuales no fue posible identificar el sexo por la forma como estaba disponible la información (CONICIT, 1998).

La presencia femenina en la unidad de científicos del PPI es prácticamente igual a la masculina, al menos en el nivel de Candidato, pero a medida que se eleva la categoría en la

carrera, la proporción femenina disminuye –sólo hay un 22% de mujeres en el estudios de tercer grado. Según Vessuri y Canino, esto puede interpretarse de dos formas: se trata de un patrón de comportamiento de una científica que inicia la carrera pero luego la abandona o de escasa actividad investigativa; o bien se trata de “impulso reciente de mayor participación femenina” (Vessuri & Canino, 2001, p.277)

Sin embargo, puede apreciarse que los estudios de caso desafían el supuesto de que los practicantes de la investigación, hombres tanto como mujeres, tengan una condición determinante por la naturaleza de su trabajo, desafiando la visión de una comunidad científica masculina en Venezuela. Aún así, a pesar de un aparente equilibrio en el número de actores y los roles desempeñados, persisten desigualdades entre hombres y mujeres en el campo científico que quizá se expliquen por condiciones del contexto: mujeres y hombres tratan de destacar en el difícil campo de la ciencia nacional.

MARCO METODOLÓGICO

I. DEFINICIÓN DEL PROYECTO DE INVESTIGACIÓN

DEFINICIÓN DEL PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN

El reportaje, considerado el género por excelencia de la práctica periodística, es quizá también el de más difícil definición. A éste se le han ido sumando funciones ideadas por el periodismo contemporáneo en cada una de sus continuas readecuaciones:

Aparece entonces como un género de géneros, en que se integran los hallazgos expresivos y técnicas de escritura acumuladas a lo largo de la historia del periodismo moderno, las formas y recursos narrativos que provienen del cine y el mundo audiovisual, los modos de seducir e impactar mediante recursos aprendidos de las artes gráficas y la publicidad. Integra análisis e interpretación macizas y está orientado a satisfacer demandas crecientes de entretenimiento (González, 2003.b, p. web)

Al hablar sobre el reportaje, José Luis Benavides y Carlos Quintero (1997) destacan el atractivo de los recursos narrativos desarrollados en las aproximaciones biográficas del reportaje cuando se abordan las vidas, escenarios, situaciones y anécdotas que trascienden a la noticia. La *Semblanza* –o *profile* norteamericano– se define como un retrato de personalidad, “un reportaje acerca de una persona real con un tema de interés humano [bien sea] como una interpretación profunda o aguda del personaje o una interpretación de valor simbólico-social” (Benavides & Quintero, 1997, p. 165)

La necesidad de reconstrucción y divulgación de los logros de una vida surge de un interés narrativo muy propio del periodismo contemporáneo, relatos de personajes que en la semblanza periodística hablan sobre los pormenores anecdóticos de un tiempo específico, pasado, a través de un cúmulo de voces entrelazadas; un coro que reconstruye una vida.

En el caso del presente trabajo de investigación, se plantea como problema la necesidad de reconstrucción y reconocimiento –mediante una semblanza periodística– de la vida y obra de la científica venezolana María Gil de Serpa y su significación en el contexto de la historia contemporánea del país y la ciencia venezolana.

DELIMITACIÓN DEL PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN

Las delimitaciones del proyecto de investigación que se presenta corresponde a las características propias de la modalidad de Trabajo escogida: “Periodismo de Investigación”, en la submodalidad de Semblanza. Por tanto, las fronteras del problema estarán determinadas por las características propias de la indagación periodística.

La investigación limita espacial y temporalmente al desarrollo histórico de acontecimientos, lugares y personajes claves en la vida de María Gil de Serpa: desde su nacimiento en 1934 hasta la actualidad –determinada por la finalización de la investigación y redacción final de la semblanza– y a sus vivencias y desarrollo profesional en Venezuela y espacios claves de su desarrollo profesional en el exterior.

Debido al prolongado lapso que se abarca, se presentaron algunas dificultades para contactar a algunos personajes referenciales: bien sea por causa de muerte, estado de salud precario o por la imposibilidad de determinar su paradero actual. Sin embargo, para la

localización de fuentes alternativas fue fundamental la ayuda brindada por cada uno de los entrevistados, que sirvieron de puente hacia otros personajes referenciales o como resonantes de historias comentadas.

La limitación espacial tan sólo fue un impedimento al momento de consultar a fuentes del extranjero. Por ejemplo, en la Universidad de California-Riverside –donde María Gil de Serpa realizó sus estudios de postgrado–, los colegas contemporáneos al personaje se encuentran actualmente retirados de las actividades académicas y resultó imposible localizar su actual residencia.

OBJETIVO GENERAL

Reconstruir y dar a conocer la vida y obra de la científica venezolana María Gil de Serpa y su significación dentro del sistema científico venezolano, a través de una semblanza periodística.

OBJETIVOS ESPECÍFICOS

1. Justificar el uso de la semblanza periodística como recurso de divulgación científica.
2. Realizar una investigación en profundidad acerca de la vida y obra de María Gil de Serpa, a través de investigación documental y entrevistas con el personaje, familiares, amigos, colegas, críticos y expertos.
3. Transformar las complejidades de la información científica en un texto de fácil comprensión para todo tipo de audiencia, con claridad y simplicidad de lenguaje.

II. LA SEMBLANZA COMO MÉTODO DE INVESTIGACIÓN

Tomás Eloy Martínez, reconocido escritor y periodista argentino, expresa así la importancia de los relatos personales en la construcción de una historia periodística:

Cuando leemos que hubo cien mil víctimas en un maremoto de Bangladesh, el dato nos asombra pero no nos conmueve. Si leyéramos, en cambio, la tragedia de una mujer que ha quedado sola en el mundo después del maremoto y siguiéramos paso a paso la historia de sus pérdidas, sabríamos todo lo que hay que saber sobre ese maremoto y todo lo que hay que saber sobre el azar y sobre las desgracias involuntarias y repentinas. Hegel primero, y después Borges, escribieron que la suerte de un hombre resume, en ciertos momentos esenciales, la suerte de todos los hombres. (Martínez, 1997, p. web)

Para el periodista español Manuel Calvo Hernando (1992), la semblanza juega un papel fundamental en la divulgación de la ciencia contemporánea y argumenta que su uso en la difusión del conocimiento es una práctica común, pero no tan frecuente.

Sin embargo, un reciente trabajo periodístico sobre la vida del matemático norteamericano John Nash –esquizofrénico y ganador del Premio Nóbel de Economía por la reconocida ‘teoría de los juegos’ de negociación– convirtió a la periodista Sylvia Nasar en Best-seller de las librerías mundiales con la semblanza titulada *A Beautiful Mind*. También la periodista mexicana Elena Poniatowska realizó, en 1999, una pequeña semblanza biográfica luego del fallecimiento de la astrónoma Paris Pishmish, promotora de la enseñanza de la Astronomía en México y eminente mujer de ciencia.

Para la formulación del problema de investigación, se parte de una premisa fundamental: entre las posibilidades que ofrece la investigación periodística como un instrumento de divulgación científica, las narraciones biográficas y en particular el género de la semblanza se convierte en una indiscutible forma de aproximación a las historias de la ciencia nacional. A partir de la reconstrucción de una vida –representativa de un sector y momento específico en la historia de nuestro país– la semblanza parece ser el medio más idóneo de aproximación a María Gil de Serpa, sin desvincularla de su obra y su tiempo vivido.

Al referirse anteriormente a las posibilidades informativas del lector del nuevo siglo, la reconstrucción de esta historia no sólo responde al ejercicio de una función divulgativa por parte del periodismo, sino también a la desmitificación de los temas difíciles de abordar, de las historias difíciles de publicar; pues se parte de la firme convicción de que cada relato lleva implícito un nuevo y refrescante sentido de historia.

DEFINICIÓN DEL TIPO DE INVESTIGACIÓN

“El periodismo es investigativo por definición” decía Gabriel García Márquez en su ya famosa frase. Pero en el caso del Periodismo de Investigación, se trata de una convicción sistemática de acopio, comparación y análisis. Eduardo Ulibarri, periodista y catedrático costarricense, señala –en referencia al reportaje– la disposición de ‘decir y mostrar’ para describir los puntos de análisis del texto, “conciliando realidad y creatividad, el apego a los hechos con la capacidad de imaginación, lo utilitario con lo estético” (Ulibarri, 1999, p. 10).

A partir de una investigación de la Universidad de Cali, dirigida por el periodista colombiano Julián González, se distinguen los géneros del periodismo biográfico de las

biografías en general; historias que –en el periodismo– recrean vidas pasadas o presentes “ateniéndose a las regulaciones del discurso periodístico, en tanto ‘discurso’ informativo sobre la actualidad” (González, 2003.a, p. web).

Consecuentemente, González (2003.a) define a los géneros del periodismo biográfico alrededor de lo que Benavides y Quintero (1997) denominan el ‘propósito’ o tema guía de la semblanza. A partir de la clasificación sugerida, González esboza las características del abordaje ‘nostálgico del pasado’, en la submodalidad de “conversaciones, apuntes y comentarios de la memoria”, caracterizada por dos rasgos:

En primer lugar, domina el relato la perspectiva y visión de los testigos, protagonistas o directos implicados en los eventos narrados y, en segundo lugar, se trata de la puesta en público de un tipo de discurso y saber –muchas veces controversial– que se ofrece como modo de comprender el presente o entender algunas claves del pasado reciente (González, 2003.a, p. web).

En este relato, predomina la voz del personaje como representación del pasado que puede ayudarnos a comprender la actualidad:

Estamos ante una auténtica rendición de cuentas, auténticas batallas simbólicas y discursivas destinadas a fijar el sentido y valor de estos eventos y coyunturas en la historia reciente del país; y ante esfuerzos por extraer lecciones para el futuro. Un periodismo de confesiones y aclaraciones históricas, de interpretaciones y valoraciones del pasado, y de lecciones y aprendizajes para el futuro: eso define a esta modalidad de periodismo biográfico (González, 2003.a, p. web).

DISEÑO DE INVESTIGACIÓN

La semblanza se realizó a partir de una investigación de tipo periodística. Sobre la base de la recolección, análisis y codificación de la información documental y de fuentes vivas, se reconstruyó un escenario general de entrevistados y anécdotas para así poder condensar una época de acontecimientos a través de la vida del personaje.

La filósofa y lingüista cubana María Zambrano elaboró un tratado sobre la Confesión como género literario: un relato, una expresión de seres individualizados a quienes se les concede un espacio para contar la historia. “Lo importante en la confesión no es que seamos vistos sino que nos ofrecemos a la vista, que nos sentimos mirados, recogidos por esta mirada, unificados por ella” (Zambrano, 1995, p. 46).

La semblanza como género periodístico pretende también la comprensión y discernimiento de un personaje en la historia. Por ello, la investigación periodística esta encaminada hacia la representación más fidedigna posible del personaje. Para ello, se aplicaron los siguientes métodos de recolección de información:

1. *Entrevistas al personaje*: una característica definitoria de la semblanza es la presencia del personaje central de la investigación; es decir, el acceso a éste como fuente de información, que en el caso de otras obras de carácter biográfico no siempre es necesario. “Y esto es la confesión: palabra a viva voz. Toda confesión es hablada, es una larga conversación y desplaza el mismo tiempo” (Zambrano, 1995, p. 26).

Valles hace alusión a la confesión como elemento recurrente en las entrevistas cualitativas, “presente en los encuentros cara a cara (con el otro o con uno mismo), de los que

todos tenemos experiencia en la vida diaria”. La confesión se contempla, en los estudios cualitativos, como “‘confesiones cotidianas menores’, desritualizadas, casuales, informales (...) La confesión se transforma en técnica de investigación sociales forma de ‘entrevista en profundidad’” (Valles, 1997, p. 183).

La entrevista es el método por excelencia de indagación periodística. Dentro de los géneros investigativos, la llamada ‘entrevista en profundidad’ se distingue de otras formas de recolección de datos –como la conversación ordinaria o a la entrevista-cuestionario– “en tanto proceso de comunicación interpersonal, inscrito en un contexto social y cultural más amplio” (Valles, 1997, p. 190).

En ella, el flujo de información se centra en un tema previamente demarcado a través de *entrevistas abiertas o no estandarizadas*, “en el que ni tan si quiera hay un listado de preguntas a utilizar” (Valles, 1997, p. 187). Este método se subdivide en dos etapas: una entrevista preparatoria –que parte de la estandarizada, donde se determinan puntos de focalización temática– y la independiente –no estandarizada pero que cumple con una función determinada de investigación. “La entrevista larga requiere preparación y estructura especiales, incluyendo el uso de un cuestionario abierto, de manera que el investigador puede rentabilizar el tiempo empleado con el entrevistado y eventualmente poner los pies sobre la tierra.” (McCraken, cit. en Valles, 1997, p. 190).

En la semblanza, los esfuerzos están dirigidos a la construcción de un retrato complejo del entrevistado “más aún, un ‘autorretrato’ provocado por el entrevistador, que debe determinar los rasgos reveladores, tanto los que se manifiestan como los que se ocultan” (Cantavella, 1996, p. 53) y para esto no se debe escatimar en tiempo.

María Gil de Serpa fue entrevistada en su casa en el pueblo de Chirgua, estado Carabobo, con el fin de conocer los espacios y relaciones cotidianas con su entorno inmediato: comunidad, vecinos y familiares. Se realizaron cuatro sesiones de dos días a lo largo de la investigación; en la primera sesión, la conversación fluyó abiertamente, sin guión estructurado, para la construcción del hilo cronológico que guiaría los puntos a abordar en las subsiguientes sesiones.

2. *Levantamiento del hilo cronológico*: Según el periodista colombiano Gerardo Reyes (1996), la elaboración de una cronología de hechos es el método que más credibilidad otorga a un trabajo de investigación periodística, para tener una visión integral del problema y abordar sistemáticamente cada etapa de la indagación hasta obtener conclusiones parciales.

Gabriel Bauducco –periodista argentino especializado en el género de la entrevista de personalidad– señala que el éxito de una semblanza está precisamente en la determinación exitosa de los momentos fundamentales en la vida del entrevistado: “hechos que hablen del pasado o del presente de un modo muy contundente y significativo. Algo que, en pocas palabras, pueda resumir estados de ánimo, hacer vibrar al lector con el mismo espíritu de la plática” (Bauducco, 2001, p. 17).

El levantamiento de una cronología no sólo sirvió para la delimitación temporal del problema, sino que además permitió cotejar hechos particulares en la vida del personaje con momentos del contexto histórico –que sirvió como hilo conductor para la redacción final de la semblanza. A continuación, se presenta un esbozo mínimo de los hitos cronológicos que guiaron la investigación:

- María Gil de Serpa nace en 1934 y desarrolló la totalidad de su carrera científica como investigadora en el área de los Cultivos In Vitro en distintas universidades de Venezuela y el mundo; practicante de la rigurosidad de método y fervorosa creyente de la investigación con aplicación social.
- Egresada como Ingeniera Agrónoma de la UCV de Maracay en el año 1958. Se casa ese mismo año con el también agrónomo y profesor Diego Serpa.
- Realizó estudios de postgrado en la Universidad de California en Riverside y logró, para el año 1970, su más reconocido trabajo científico: la multiplicación por cultivo *in vitro* –clonación– de la Gerbera, una flor de gran demanda en el mercado mundial de ornamentales.
- Regresa a Venezuela en el año 1973, desempeñándose como Profesora del Departamento de Cultivos de la Facultad de Agronomía-UCV. Posteriormente se muda a Barquisimeto para trabajar en la Universidad Centroccidental Lisandro Alvarado –UCLA– como profesora titular y encargada del Laboratorio de Cultivos In Vitro. En el ínterin, publicó varios trabajos de reconocimiento internacional y fue investigadora invitada a distintos congresos en Gran Bretaña, España, Brasil, Perú y Estados Unidos.
- Sale jubilada en el año 1986 y desde entonces se retira a su casa de la infancia en Chirgua para trabajar en solitario en sus investigaciones. En el año 1999, es escogida por la *American Society of Biography* como figura científica para la edición de ese año, pero el proyecto no se pudo concretar. El 03 de febrero de 2004 es condecorada con la Orden Sol de Carabobo en Primer Grado, junto con su esposo.

3. *Entrevistas de fuentes relacionadas con el personaje central:* Para Benavides y Quintero, la entrevista a otras fuentes funciona como balance informativo “de modo que la semblanza no resulte una gacetilla gratuita o un escrito difamatorio” (1997, p.180)

Calvo Hernando advierte tener cuidado con las afirmaciones hechas por el científico sobre sí mismo, “ya que son muchos y muy diferentes los objetivos de un investigador, sobre todo de quienes han alcanzado personalidad pública, al publicar memorias autobiográficas”; propósitos que puede jugar como autodefensa, reparación de ofensas o daños, necesidad de aclarar sus propias ideas o actuaciones criticadas, “sin excluir, por supuesto, el deseo de restablecer una verdad o una actitud para la historia.” (Calvo Hernando, 1992, p. 61)

Por ello, se recurrió a un mapa diverso de personajes relacionados con María Gil de Serpa: familiares, amigos, vecinos de su comunidad, ex-alumnos y colegas de oficio, así como también aquellos detractores o personajes que generaron los conflictos fundamentales en la historia que se narra. La selección de los entrevistados se apoyo en la clasificación de ‘tipos generales’ (Valles, 1997) especificados de la siguiente manera:

- Claves: aquellos ‘informantes’ directamente ligados al entorno inmediato del personaje; es decir, familiares y amigos cercanos: su esposo Diego Serpa Arcas; su hijo José Alberto Serpa Gil; su hermana Ana Gil de Quintero; su sobrino Wilmer Gil; su sobrina Miriam Gil de González.

- Especiales: personajes que aportan una visión particular de un hecho de especial interés en el estudio; en este caso, fue de particular interés conseguir a los colegas –amigos y detractores– que contribuyan a una construcción más rica y diversa de los momentos

esenciales del relato: Gladys de Ollarves, Saulo Olavarrieta, Humberto Reyes –todos compañeros de Facultad y colegas docentes–; Norca Mogollón, ex alumna con la que surgieron conflictos.

- Representativos: cualquier personaje que pueda hablar como ‘representante’ de un conjunto de importancia para la valoración contextual del personaje; otros científicos, alumnos, vecinos, trabajadores de la universidad, etc: José Luis Bereciartu, Augusto Gallardo, Alberto Villafanie – colegas en la UCLA–; Doris Briceño, Juan Carlos Vázquez, Carmen Luisa Pérez –vecinos de Chirgua–; José Gregorio Díaz, Rosario Pérez –trabajadores de la UCLA; Oswaldo Feo Caballero, Scott Hyndman, Germán Pacheco Troconis, Jaime Requena, Leopoldo Villegas –expertos consultados para referencias y apreciación de la obra del personaje central.

4. *Elaboración del cuestionario*: Según el texto clásico de metodología de los investigadores norteamericanos S. Taylor y r. Bogdan, el rol del investigador –en este caso, del entrevistador– “implica no sólo obtener respuestas, sino también aprender qué preguntas hacer y cómo hacerlas” (1996, p. 101)

En referencia a las entrevistas en profundidad realizadas para el desarrollo de las historias de vida, Taylor y Bogdan (1996) sugieren un ritmo lento de avance para el establecimiento del *rapport* o confianza con el entrevistado. Las primeras preguntas no pueden ser directivas para así descubrir los ejes temáticos fundamentales para ejecutar posteriormente en la investigación.

En el proceso de preparación de la entrevista en profundidad es necesaria la estructuración de un guión de preguntas bases. Como sugiere Valles (1997), debe contener los temas y subtemas escogidos para cumplir con los objetivos de la investigación pero sin proporcionar formulas textuales de respuestas.

Se trata de que durante la entrevista la persona entrevistada produzca información sobre todos los temas en un orden prefijado. El objetivo es crear una relación dinámica en que, por su propia lógica comunicativa, se vayan generando los temas de acuerdo al tipo de sujeto que entrevistamos. (Valles, 1997, p. 204)

Para cada entrevistado, se preparó un guión temático con anterioridad a la entrevista. En el caso del personaje central, postemas derivaron de la delimitación cronológica de épocas en su vida y la estructuración temática fue mínima y más bien abierta, práctica similar a la realizada con los familiares del entrevistado.

En cuanto a los amigos, colegas, vecinos y críticos del personaje de la semblanza, se pidió primeramente que describieran su relación con María Gil de Serpa, pregunta que llevaba eventualmente al momento y circunstancia en que se conocieron y se relacionaron.

5. *Indagación de material documental*: el tratamiento en profundidad del periodismo especializado requiere de una “interpretación autorizada” de los temas de investigación y obliga al periodista a ejecutar permanentes procesos de documentación sobre el ámbito en el que trabaja. (Quesada, 1995)

Al principio de la investigación, se realizó una documentación referencial acerca del desarrollo histórico del sistema científico venezolano y específicamente de la actividad agronómica, así como también ensayos sobre los temas claves de la investigación.

En lo relativo al personaje, se hizo una recopilación de documentos ‘oficiales’ representativos para distintos momentos de la investigación: publicaciones de trabajos en revistas arbitradas, documentos administrativos en las universidades, revisiones hemerográficas, certificados y programas de congresos, etc.

Para la reconstrucción de la vida y obra de un científico “como en el caso de un hombre cualquiera” (Calvo Hernando, 1992) es fundamental el uso de todos los documentos personales a los que se pueda tener acceso. Para esta investigación, la fuente principal proporción, con disponibilidad y amabilidad, de una importante base fotografías, cartas personales y académicas, memorias de congresos, trabajos publicados, etc.

6. *Contraste de versiones*: Según Reyes (1996), el periodista investigador hace las veces de armador de un complejo rompecabezas, cuyas piezas se encuentran dispersas o incluso permanecen escondidas. “Su misión es poner las cosas juntas con el fin de mostrar cómo funcionan y cómo se comportan las personas dentro de una sociedad en crisis” (Reyes, 1996, p. 45) Para ello, denota el valor de la evidencia como forma de desarrollar los nudos de conflicto en el texto.

Para Zambrano, la evidencia surge como un pretexto para la confesión, como una revelación mítica e la verdad histórica:

En el comienzo de toda época, en la salida de toda crisis, aparece una evidencia y sólo por ella se sale [...] Si la Confesión la produce, habrá adquirido el carácter de Método [...] porque esta evidencia es el punto en que la verdad de la mente y de la vida se tocan. (Zambrano, 1995, p. 67)

Las evidencias de la investigación surgen a partir de los nudos temáticos de la investigación. Para la constatación de la información ofrecida por el personaje central, se hizo una pesquisa de documentos oficiales y extraoficiales relacionados con las claves temáticas del texto: reconocimientos de las universidades involucradas en el trabajo de investigación de María Gil de Serpa, cartas de agradecimiento de colegas y estudiantes, cronogramas de congresos y seminarios, documentos administrativos en las universidades, registro de membresía en comunidades de investigación internacional, etc.

Bauducco señala la obligación del entrevistador de narrar la historia del personaje como un relato global de la vida, teniendo la libertad de narrar hechos que no hayan sido abordados por el personaje o que pretendan ser ocultados; “vencer la máscara” del entrevistado. (Bauducco, 2001, p. 17)

7. *Entrevistas con expertos*: Los grupos de información especializados ofrecen una visión general del contexto que enmarca una situación o fenómeno específico.

El nuevo sistema de vertebración de la información se apoya en el experto que trabaja en un área concreta y determinada (el científico o su invento) dentro de un medio también concreto y determinado (la especialidad científica), que requiere

características de profundización y fiabilidad en los mensajes que se transmiten (Fernández del Moral, 1983, p. 13)

Para la elaboración de un marco referencial, se consultó a expertos en el análisis del sistema científico venezolano: investigadores sociales o científicos volcados a la crítica histórica y el ensayo sociológico. Además, se requirió la consulta pertinente del grupo de pares no relacionados directamente con la entrevistada, quienes evaluaron la trascendencia de su producción y aporte científico.

El guión de la entrevista fue planificado y estructurado con particularidad para cada experto entrevistado, dependiendo del campo de conocimiento y de la pertinencia de las respuestas que pudieran aportar. Para todos los casos, las preguntas fueron dirigidas a obtener información sobre las observaciones generales sobre el ámbito de interés científico y la opinión que merecía el personaje de la semblanza en determinado contexto.

III. CONSIDERACIONES SOBRE LA CONSTRUCCIÓN DE LA SEMBLANZA

En el género de la semblanza es fundamental el uso de los recursos descriptivos, no sólo para la captación y narración de la apariencia física y psicológica del entrevistado, sino también para describir su entorno físico y emocional. “Por regla general, las descripciones suelen ser muy minuciosas, cuidadosamente elaboradas con breves pinceladas coloristas..., el lenguaje sencillo, abundante en expresiones coloquiales, homogéneo, provisto además de un tono narrativo” (Quesada. cit. en López Hidalgo, 1997, p. 100)

Como uno de los objetivos fundamentales de esta investigación, se pretendió la utilización de un lenguaje claro y preciso, para así construir un texto de universal aproximación al tema de la ciencia y pueda ser comprendido por todas las distintas audiencias que se aproximen a su lectura.

Para efectos de redacción de la semblanza, se ha estructurado en una consecución de capítulos temáticos referentes a distintos nudos narrativos de su vida, cronológicamente consecutivos en algunos casos pero fundamentalmente conectados mediante transiciones concluyentes sobre aspectos fundamentales del personaje que se quisieron resaltar.

Los capítulos del trabajo se intercalaron entre relatos para la reconstrucción de hechos particulares –a partir del contraste de fuentes y versiones– con fragmentos conversaciones con el personaje central, contados a través de la voz del personaje: exposición de motivos, frustraciones, temores, anécdotas; en fin, ‘confesiones’ que sirven de transición entre los nudos cronológicos de la semblanza. La disposición se realizó de la siguiente manera: capítulos introductorios (I y II); capítulos de desarrollo (III y IV) y finalmente el capítulo de cierre (V), cada uno de estos con su título descriptivo y al cierre con una nota referida a los temas tratados en los capítulos pero abordados desde la actualidad del personaje, textos que se distinguen visualmente por los asteriscos que le anteceden y cierran.

Finalmente, se hizo uso de recursos gráficos para la diferenciación de tiempos y ritmos en la lectura de la semblanza: letras capitales que sugieren divisiones temáticas en cada uno de los capítulos y marcan el inicio de una anécdota particular; asteriscos que cerraban cada capítulo y en trío cerraban el final del reportaje; guiones de diálogo para marcar las narraciones de voces importantes o el intercambio entre dos personajes en contraposición, etc.

LA DAMA DE LAS GERBERAS

Historias de Ciencia de María Gil de Serpa

La inquieta *Misses Serpa*

I.

Las horas pasan adormiladas en el jardín de la señora María. Allí descansa junto al señor Diego, tratando de burlar el calor de la tarde; ella en un banquito de su casa y él desde su silla de ruedas. Se sientan a hablar del tiempo pasado mientras se arreglan con la cuenta de luz, los abogados que no terminan de desalojar a los invasores de la casa de Maracay y los hijos que desde hace tiempo no llaman.

La señora María habla sin parar, frenéticamente. Abanica a su esposo con una mano y con la otra peina su pollina ceniza hasta anclarla en su oreja derecha. Se acomoda las gafas chuecas mientras dirige su mirada azul al pequeño cuarto fantasma en el centro del jardín. Cuenta que desde hace algún tiempo no entra a su laboratorio; alguien más entra a limpiar una vez al mes los instrumentos, balanzas y relojes que aguardan dentro, esperando vengan a rescatarlos de tanto error y polvo acumulado. Son hoy un recuerdo inerte de tantas historias de ciencia en la vida de la señora María; historias que también anhelan ser contadas.

Esa tarde se repartía con su esposo la paternidad de las plantas de su jardín. Las de él son de Carabobo, del Oriente del país, de Estados Unidos, Brasil, La India; las que hicieron entre los dos fueron injertadas con árboles de aquí y de allá. Son ingenieros agrónomos y conforman un matrimonio de científicos reconocidos en los estudios botánicos del país: él es especialista frutícola de especies tropicales y ella pionera en el campo de la propagación in Vitro. Desde

hace cuarenta y dos años son esposos y padres de dos hijos varones, pero sobre todo viven como dos colegas entrañables movidos por una misma pasión: ver crecer verde a su alrededor.

Pero las plantas que pertenecen a ella nacieron entre sus manos, bajo su inquisitiva mirada en el fondo de una pipeta, mediante un método que lleva escrito su nombre. María Gil de Serpa dedicó toda su vida al estudio de la propagación clonal de especies vegetales; no sólo en su país sino también en algunos de los centros científicos más importantes del mundo.

Hace más de diez años se retiró de la academia para refugiarse en el pueblo de Chirgua, estado Carabobo. A finales de 1998, la salud de Diego comenzó a decaer, producto de los años y varios infartos cerebro-vasculares. Sin embargo, detrás de los ojos nublados parece más lúcido que nunca –al menos en cuestiones del oficio– y desde su silla de ruedas ríe con mucho esfuerzo: “María es muy buena con las plantas, casi tan buena como su profesor Serpa”. La señora María responde con un golpecito alegórico: “¡Sí... Y uno jura que no entiendes nada!”.

De pronto revienta milagrosamente la brisa de la tarde y la señora María se levanta de golpe, invitando a toda marcha a dar un paseo por su selva-jardín.

–Las plantas de esta casa tienen su historia. Ésta enorme de acá es pomagas, ‘pomalaca’ le dicen en Oriente. Vino con la casa... Ésta es otra fruta riquísima, parecida a la guayaba pero no te confundas; es Cas. Más tarde te hago un jugo para que lo pruebes. Ah... y aquí está la de aguacate.

De aquel árbol gigantesco bajó una calabaza azul que era del mismo tamaño de su cabeza “¡y es de los chiquitos!”, sonrío orgullosa la señora María, con las manos llenas de pegoste verde.

Antes de entrar a la casa, la señora María se detiene frente a un árbol rechoncho y oscuro, cargado de cientos de bombas violetas. Con cuidado alcanza una esfera que en detalle tiene la forma de un pequeño corazón rodeado de agujas púrpuras y termina quebrándose por el peso de una mirada atónita.

–El onoto es un fruto mágico y tiene tantos usos. Fíjate... si coloco las mitades en la puerta de entrada evito que los bachacos se metan a la casa. El tecito de onoto es una maravilla para revitalizar a las plantas moribundas y, según los cuentos de la gente, también para buscar herederos. –Sorpresivamente, en el recibo de la casa no se apareció ningún bachaco.

La señora María se coloca de nuevo los lentes chuecos sobre el rostro rosado de sol y temperatura, se sienta e invita a una “pequeña clase magistral”, mientras traza en el aire la silueta de una flor imaginaria.

–Te voy a explicar algo muy sencillo. Las plantas se reproducen de dos formas: la fertilización sexual es la ‘natural’, suficientemente conocida y que sucede cuando los componentes masculinos y femeninos en las flores de las plantas se liberan y sintetizan sus contenidos celulares en una semilla que, al caer, formará otra planta en el sustrato.

Retira el dedo índice del pizarrón imaginario y baja la mirada para comprobar que se esté entendiendo la lección. Espera la afirmación del público y también la de su esposo. Luego continúa:

–Todas las otras formas de reproducción son asexuales. Un ejemplo son los injertos que se obtienen a partir del cruce de dos especies de una misma familia, por medio de la fertilización inducida o por estacas, que son los procedimientos más conocidos. Probando y probando, se han logrado obtener mejoras importantes en la producción de cultivos vegetales mediante mecanismos humanos. Éste es, más o menos, el principio básico de la biotecnología.

En el verano de 1968, María Gil de Serpa sale de su país rumbo a Estados Unidos, convencida por su marido de hacer una Maestría en el Departamento de Ciencias Botánicas de la prestigiosa Universidad de California. Se instalaron en el poblado agrícola de Riverside, con tres maletas en una mano y dos hijos varones en la otra; se encontraban en el centro mundial de la biotecnología sin comprender aún el peso de responsabilidades que se veían llegar:

–Fue una gran prueba. Éramos un matrimonio de científicos venezolanos, ingenieros agrónomos de la Central, con hijos... Nos recibieron por la puerta grande y no podíamos defraudar a nadie.

Como tutor, le fue asignada al biólogo americano Toshio Murashige –originario de Hawai y uno de los principales coordinadores de investigación en la Facultad– quien había trabajado en los años cincuenta como asistente de investigación del reconocido botánico norteamericano Folke Skoog, famoso por descubrir una clase específica de hormonas de multiplicación vegetal llamadas citocininas. Embarcados en un proyecto para determinar los efectos de un extracto específico en la producción del tabaco, descubrieron casi por accidente una fórmula artificial de sustrato para la multiplicación masiva de cualquier especie vegetal.

El medio salino Murashige-Skoog se patentó en 1962 y hoy persiste como uno de los grandes hitos de las ciencias biotecnológicas, como lo expresa el número de ese año del prestigioso Anuario de Historia de la Agronomía que edita la Sociedad Americana de Horticultura. Según Scott Hyndman –director del Hyndman Plant Lab de Florida y ex alumno de Murashige–, “la revolución de aquellos buenos viejos abrió los espacios a la investigación de cultivos de tejido en las ciencias vegetales, descubrimiento que con el tiempo les dio su lugar en la historia”.

Mientras tanto, en el mundo crecía la demanda por el novedoso método de la reproducción In Vitro; un procedimiento sin precedentes que lograba producir nuevos organismos vivos a partir del aislamiento de una célula en un medio de desarrollo artificial. Los resultados eran visualmente demoledores: largas filas de retoños verdes en igualdad de condiciones genéticas al contenido de origen, tal como en las peores pesadillas de Huxley.

Europa y América competían, hacía finales de la década de los sesenta, por la aplicación comercial del método. Pero para Estados Unidos no se trataba sólo de exportar naranjas. En el juego de la biotecnología mundial, California y también Florida destacaron como estados pioneros en la producción comercial de especies In Vitro, pero a pesar de la exitosa proeza que significaba ser “el primero”, según Hyndman “aún era prematuro anticipar la llegada de los ‘fenómenos genéticos’ a los mercados globales”. A mediados del siglo, estallaba dentro y fuera de la universidad una revolución tecnológica que años más tarde convertiría a la costa Este en uno de los mayores centros agrícolas del mundo entero.

La gerbera crecía en estado salvaje hasta ser descubierta en África por unos colonizadores ingleses del siglo XVII. De seguro los atrajo la modesta belleza de esta flor de múltiples colores y variedades, de pétalos internos y externos en disposición circular y consecutiva alrededor de un ojo central, que nace del suelo como un largo y fino tallo.

Precisamente por crecer del suelo, la flor sufría de una particular indefensión a las bacterias y hongos y su producción comercial era muy lenta e irregular para ser viable. La demanda mundial por la gerbera –producto de muy particular belleza silvestre– embarcó a los mayores viveristas del planeta en la búsqueda de una solución rentable.

No habían terminado de desempacar cuando María fue incorporada a la investigación sobre gerberas que conducía el profesor Murashige. Tendría que brindar soluciones rápidas y provechosas para un gran vivero de San José de California; a partir de aquel caluroso verano de 1968 trabajó ininterrumpidamente durante casi tres años de su vida, encerrada en un enorme laboratorio blanco, higienizado y lleno de extranjeros a su cargo.

–Cuando llegué a Riverside, no hablaba nada de inglés. Aunque me defendía escribiendo, tenía una pronunciación terrible y lo poco que hablo lo aprendí como un lorito, repitiendo.

A las dos semanas de haber ingresado, presentó un examen para la materia Química Botánica. Al finalizar el tiempo, el profesor de la cátedra la consiguió llorando en el pupitre, sin haber podido leer la primera pregunta. “Diego los convenció para que me dejaran presentar de forma oral una semana después y se fajó a enseñarme frases en contexto. Yo quería huir pero Diego me decía ‘no puedes rendirte sin intentarlo, no podemos regresar sin terminar’”.

Le tomó un año entero producir el número previsto de brotes para iniciar la multiplicación, tan sólo un 20% de éstos resultaron libres de enfermedades y aptos para la propagación. Apenas entonces comenzaba su camino por la empinada senda de investigación del proyecto, pues aún necesitaba formular los dos medios de reproducción: uno de multiplicación y otro estimulante del enraizamiento. “Trabajaba dieciocho horas diarias, todos los días de la semana”, cuenta María.

También su hijo José evoca los duros años: “Creo que mamá comenzó a encanecer estando en Riverside y estaba delgada y cansada. Apenas salía de la universidad se iba corriendo a visitarnos, chequeaba que estuviésemos comidos y completos, nos daba un beso, la bendición y regresaba de nuevo al laboratorio.”

Se tardó al menos seis meses más en conseguir las fórmulas definitivas. Después de varios meses de experimentar con distintas cantidades de reactivos, catalizadores y luz buscando la multiplicación máxima, María reparó en que al invertir los valores predeterminados de auxina y citocinina –los dos reactivos fundamentales– se producía un mayor número de brotes sin riesgos de atrofia. En la nueva receta que patentó, disminuyó al mínimo requerido los valores de auxina e incrementó al doble los niveles de citocinina, de 10 a 20 miligramos de concentración por litro; una fórmula sorpresa para el equipo del proyecto.

En mayo de 1971 –dos años y siete meses después–, la profesora Serpa presentó como resultado final de su proyecto de investigación 1 millón de nuevos brotes de gerberas, producto de un exitoso proceso de multiplicación y enraizamiento, en exposición ascendente de los niveles de citocinina e intensidad de luz en cinco fases de cuatro semanas, a lo largo de su último año en Riverside.

Apenas culminaron las formalidades del grado, María regresó a Venezuela. Desde California, Murashige le escribió para comunicarle los maravillosos resultados obtenidos por los clientes en la aplicación del método: multiplicaciones clonales exitosas en 25 especies, sin ninguna observación de modificación en color, morfología o contenido genético de las plantas.

Tres años después, el trabajo de María Gil de Serpa fue publicado por una de las publicaciones arbitradas más importantes del sector agronómico mundial. La revista americana *HortScience* destacaba en su portada del número de Junio de 1974 los logros contundentes de su investigación, al comparar visualmente la apariencia irregular de las plantas obtenidas por métodos de propagación regular a las hermosas gerberas producidas en los laboratorios de Riverside.

En la presentación del trabajo hecha por Toshio Murashige, la gerbera ocupaba para ese año la posición n°1 en exportaciones de ornamentales en California, al haberse producido 18 millones de vitroplantas en los dos años posteriores a la implementación del método; los resultados fueron comentados por los editores de la revista en sus dos números siguientes y también consiguieron figurar en los anales de la biotecnología mundial.

El medio patentado por María Gil de Serpa ha resultado ser el de mayor rendimiento comprobado para la multiplicación estándar de gerberas por procedimiento In Vitro. Hoy en día es utilizado por investigadores de todo el planeta, lo mismo en Argentina, Polonia o Tel Aviv, y es conocido desde entonces como el medio de cultivo Murashige-Serpa.

–Aunque en realidad debió llamarse Serpa-Murashige, ¡pero es que ese Toshio era una vaina!...

En el año 1983 los esposos Serpa asistían como invitados a un Congreso Internacional de Raíces y Tubérculos en Lima, cuando recibieron una llamada de urgencia desde Caracas:

–Imagínate cuál no sería mi sorpresa al alcanzar el teléfono y escuchar del otro lado “*Maria, Maria, where are you! I’m in Venezuela waiting for you, so you better hurry!*”

Resulta que el hombre se había venido para un Congreso Internacional sobre aplicaciones de Cultivos de Tejidos en el IDEA y de verdad me había estado esperando.

De visita por el Cuzco y Machu Pichu los agarró el Viernes Negro, en plena crisis crediticia y de desprestigio internacional. “Cuando fuimos a comprar los boletos de regreso, nos cortaron las tarjetas en la cara”. La Venezuela del “tá’ barato” los dejaba varados en el aeropuerto y sólo después de muchos trámites y lloriqueo pudieron montarse en un avión de vuelta a Caracas.

Al llegar a Sartenejas la recibió un hombre gordo, grande y de escaso cabello, que disfrazaba sus rasgos del pacífico detrás de su guayabera. Murashige venía cargando con más ejemplares de la revista del ’74 y Diego le entregó a cambio una botella de Ron Aniversario. “¡Cómo le gustaba echarse palos a Murashige! Le encantaba el ron, la parranda y había aprendido a tocar cuatro con Diego en Riverside.”

–Murashige era candela, todo el mundo le tenía miedo en la Universidad. Conmigo fue muy parco y distante desde el comienzo, pero fue él quien me bautizó como ‘Misses Serpa’; una mala manía que tienen los gringos para identificar a las mujeres casadas ‘para ubicarlas rápido en caso de que llegaran a perderse’, como me dijo una vez riéndose ¡el muy cínico!

En el Congreso estaban también los esposos Lilian Capriles y Humberto Reyes, amigos de María desde su época universitaria. Reencontrarse con los suyos sigue siendo uno de sus mejores caprichos, confiesa hoy la señora María recordando las palabras de Lilian después de abrazarse por un largo rato: “Me dijo ‘Amiga, ¡cómo la quiere este Murashige!’”

Cuenta Humberto Reyes haberse topado con Murashige hace algún tiempo, en un Congreso de Genética en Nueva York “y ese hombre se explayó en flores para María. Nos dijo que sabía lo mucho que la había fregado, pero agradecía haberla conocido”. Esa tarde en el IDEA, Murashige se presentaba como director del Departamento de Genética Botánica de la Universidad de Riverside y viajaba para exponer los logros que su universidad había obtenido en gerberas y otras plantas de uso ornamental. Pero antes de iniciar su presentación, agradeció públicamente a la Profesora María Gil de Serpa por el enorme avance inicial conseguido en su investigación. Acto seguido dedicó su exposición “a su querida amiga, María”.

Hoy la señora María sostiene en su mano un ramillete de gerberas que instantes atrás adornaban el centro de mesa de su salón comedor y entre todas escoge una pequeña florecita de un rojo intenso y un gran ojo oscuro. Recuerda con una enorme sonrisa de orgullo como, tiempo antes de marcharse de Riverside, en el verano de 1971, Murashige la invitó al invernadero donde aguardaban las futuras gerberas de su cosecha.

–‘¿Cuál es la flor que más te gusta, María?’ me preguntó y yo escogí de entre el montón esta flor roja y con el centro negro, mis dos colores favoritos. ‘*Well, congratulations!*’, me dijo. ‘Ahora tienes una flor que lleva tu nombre, *Misses Serpa*’”.

II.

María de Lourdes Gil Rodríguez nació en el poblado rural de Humocaro Alto, estado Lara, el 26 de septiembre de 1934, en el seno de una familia de agricultores fue cultivando hijos por el occidente del país.

Fue la última de diez hijos que su padre, José de la Luz Gil, estuvo bautizando de caserío en caserío mientras prestaba servicios de peón. “Papa Luz tenía una mano divina, una habilidad nata como agricultor; todo lo que tocaba crecía, se ponía verdecito.” Su madre, Ana Teresa Rodríguez, se quedaba cuidando de los hijos en una casa que no les pertenecía mientras su marido sembraba en tierras que no eran suyas.

Recuerda la señora María que un buen día su madre sacó de una maleta que hacía las veces de armario su título de maestra alfabetizadora, n° 1183 de la República, otorgado por el mismísimo General López Contreras. Al tiempo se mudaron al poblado agrícola de Chirgua, donde la señora de Gil ejercería como interina de la Escuela Federal Rural Paramaconi. Oswaldo Feo Caballero –historiador de la región agrícola de Bejuma– recuerda en el prólogo de sus notas históricas de la Parroquia de Chirgua que aquella notificación fueron las primeras 31 palabras del sistema telegráfico del pueblo, fechado el 27 de mayo de 1939.

Chirgua es un pequeño poblado agrícola en el valle central del estado Carabobo. En el primer censo de Bejuma en el año 1745, el pueblo figuraba como una hacienda propiedad de Doña Isabel Clara de Herrera, abuela de Bolívar. Sus ascendientes poseían además un caserío en Cariaprima, a las afueras del pueblo, llamado Monte Sacro. En

tiempos más recientes, la hacienda fue adquirida por el magnate estadounidense Nelson Rockefeller, quien en una entrevista al diario caraqueño *El Universal* el 2 de enero de 1951 dijo “No cambio mi hacienda en Chirgua por ninguna otra tierra de este mundo”.

El Instituto Técnico de Inmigración y Colonización funda en 1938 la Colonia Bolívar de Chirgua, donde se repartieron –por decreto presidencial– casas y tierras a casi cien familias extranjeras y del interior del país, con parcelas de cultivo de 15 a 20 hectáreas, “dependencias sanitarias”, agua para el riego, vacas, cochinos, gallinas y una yunta de bueyes como implemento de tracción animal.

Ese mismo año, el ITIC censó a un total de 350 personas entre colonos venezolanos, españoles, portugueses, cubanos y daneses. El pueblo contaba con 2 colegios –uno de niñas y otro de varones– una plaza y una capilla. Diez años después, cuando pasó a ser manejado por el Instituto Agrario Nacional, la población de Chirgua era de 750 habitantes según el censo de 1950.

Desde entonces, la vida del pueblo ha girado en torno al cultivo de la papa. Doris Briceño, profesora de la Escuela Paramaconi y vecina del pueblo, dice que es popular el cuento de un sacerdote que un día dijera, de paso por la Parroquia de la Milagrosa: “Chirgua es un pueblo de corazón duro y su Dios es una papa”.

En la actualidad, la parroquia Simón Bolívar es conocida como La Colonia y tiene tan sólo una panadería, varias bodegas y un automercado. Las casas de López Contreras aún siguen en pie con una que otra modificación y la avenida principal del pueblo, la calle Dinamarca, alberga aún a muchas familias que se instalaron y multiplicaron en las tierras más altas y frías del valle carabobeño.

Cuando la familia Gil Rodríguez se mudó a la casa número 22 de la calle Dinamarca de la Colonia, la tierra distaba de ser una bendición divina. La estructura en cuestión “era un gigantesco cuarto cuadrado y ya” según recuerda Ana Gil de Quintero, hermana de la señora María.

–La casa era de palma y bahareque ¡aunque en aquellos años ya se tenía conciencia del mal de Chagas! Los baños eran pequeños pozos sépticos en el patio y desde el comienzo construimos unos cuartitos para los animales. –Eventualmente fue creciendo y se fueron incorporando bloques, cuartos y plantas a medida que los hijos se casaban e iban abandonando la casa.

Su papá comenzó a sembrar apenas llegaron y por eso “aunque hubo tiempos difíciles, nunca pasamos hambre”. Cerca de la casa, como en el resto del pueblo, todos se conocían e intercambiaban sabiduría sobre la tierra o el tiempo que pintaba por los vientos que soplaban. En su casa se hicieron muy amigos de los señores Pino, una familia de isleños que vivían a pocas cuadras y eran muy cercanos a su casa.

–En realidad, se apellidaban Lorenzo, pero debido a su gran altura la gente del pueblo los llamaban ‘Los Pino’ y así quedaron bautizados: José Pino, fulanito Pino y la Señora Pino, quien era muy amiga de mi familia y, por cierto, fue la que me abrió los huequitos de las orejas y por eso tengo uno más arriba que el otro. La verdad es que ya estaba viejita. En fin, a los de ahora los llaman Lorenzo porque son una generación de chiquiticos.

Juan Carlos Vázquez es más bien de estatura media y forma parte de la cuarta generación de los Lorenzo que llegaron de las Canarias durante la repartición de tierras en Chirgua. Recuerda haber conocido a la señora María una tarde en el colegio, quizá hace más de diez años:

–La directora la invitó a dar una charla en la Semana de la Conservación, porque según era una científica muy importante de una universidad en no sé donde. Hablaba bonito, con mucha energía, pero al rato se fue poniendo como brava hablando de la contaminación y el maltrato al río y de lo bruta que era la gente del pueblo que sólo cultivaba papa. Aquí en el pueblo todo el mundo la conoce, aunque sea de vista.

La directora de la Unidad Educativa Paramaconi, Carmen Luisa Pérez, también recuerda ese día, pues la invitó a conversar con los niños de su escuela, entre otras cosas, “porque quería que vieran en ella una posibilidad de superación, de buen ejemplo”:

–Desde que tengo memoria, los niños del pueblo pierden el año escolar porque en marzo abandonan las clases para dedicarse a la recolección de papa, y luego no regresan. Ese día, la profesora les habló a todos, a los de kinder y a los de sexto grado, sobre la importancia de diversificar los cultivos, de cuidar los ríos, de no dañar a la tierra.

–Me preparé mucho para dar esa charla –recuerda la señora María–. Había que hablar muy gráficamente, para que los chiquitos entendieran y los viejos de atrás no se fastidiaran. Así que aproveché para decirles todos los daños que sus padres hacían irresponsablemente al medio ambiente, a ver si al menos uno llegaba a casa con el cuento y por fin se hacía algo en el pueblo para cambiar esta situación.

La señora María estudió la primaria en la Escuela Rural de Niñas 1783, que al poco tiempo pasó a llamarse Escuela Rural Paramaconi cuando la transformaron en mixto por falta de techo para los varones del pueblo. “Pero en el colegio yo era muy tranquila, era una niña muy normal”

–María era, más bien, una niña inquieta. Preguntaba por todo, se metía en todo. Le encantaba acompañar a mi papá a todas partes y después se ponía a jugar con quien fuera, niñas o varones. –Ana mira hacia atrás a ver si su hermana la escucha. Se asegura de que no sea así y prosigue–. Cuando andaba llena de tierra, no le gustaba bañarse ni tampoco que la mandaran. Siempre fue tremenda, brava desde chiquita.

De sus días de colegio lleva registro oficial de cada vez que leyó en actos del pueblo, actuó en obras de teatro o ayudó a organizar excursiones a las cuevas de Chirgua. Su profesor de entonces, el bachiller Antonio Gómez Villanueva, explotó su potencial “¡de todas las formas de pudo, mijita!” y se convirtió en su gran mentor de aquellos años.

–Yo lo quería mucho y él también a mí. Recuerdo que para la celebración de un aniversario del pueblo, me disfrazaron de Venezuela para recitar una poesía que había preparado el profesor –cierra los ojos y en su memoria se viste nuevamente de bandera–
*“Gloria a Chirgua y sus montes tan bellos/
que la tierra de paz y de amor/
donde brillan con raros destellos/
las estrellas y es más lindo el sol”*... Es el coro del Himno a Chirgua, que también lo escribió el bachiller Villanueva ¡Ay, cómo quería al profesor!

En el año 1947 pasó a la secundaria y se mudó a la casa de su hermana Isabel Gil de Molina en Maracay y comenzó a estudiar el bachillerato en el Liceo Agustín Codazzi –

primer mixto de Maracay y uno de los primeros del país—. Desde entonces, María estuvo a cargo de su hermana mayor, quien actuó como su representante legal hasta finalizar sus estudios de bachillerato. “Isabel era una mujer bellísima pero delicadísima, sífrina y con un carácter terrible, por eso en la familia le decíamos ‘la muñequita’”.

—Recuerdo que me encantaba jugar voleibol, incluso desde que vivía en Chirgua. Un día le mandaron a mi hermana una carta para formar parte del equipo del colegio, pero ella no quería. Yo me había pasado un buen tiempo rogándole para que me dejara, pero nada. Ana tampoco le decía nada ¡porque le tenía más miedo! Su esposo, Luis Molina, era el único que le hallaba el lado bajito y siempre tenía que intervenir por mí.

Según su hermana Ana, también fue muy popular de adolescente. “Era espigada e hiperactiva, muy buenamoza. Usaba crinejas largas, zapatos de goma y pantalones cada vez que se lo permitían. En Chirgua, se la pasaba montada en una pequeña motoneta.”

En el 4º año del bachillerato la escogieron Reina del Liceo Agustín Codazzi y un año después, en 1951, fue elegida Reina de la papa en Chirgua. De ambas coronas conserva recuerdos y fotografías. “Cuando me eligieron Reina el Liceo, me llevaron a dar un discurso de aceptación en Radio Maracay, pero fue algo más bien informal. En cambio en Chirgua hubo acto de coronación y todo”.

“¡También decían que tenía madera para ser actriz!” En una carta fechada el 18 de noviembre de 1953, el presbítero de la Colonia de Chirgua anunciaba el comienzo de la construcción de la casa parroquial con los ahorros del pueblo que sumaban 10.229 bolívares. En la carta se detalla el aporte dado por la señorita Bachiller María de Lourdes Gil Rodríguez, “quien organizó una velada de teatro en compañía de un grupo de jóvenes de esta localidad con la cual se obtuvo la cantidad de Bs. 317”.

–Yo era muy payasa, así que organicé una velada teatral en el Cine Mario, el único del pueblo, que tenía como veinte sillitas en el patio de una casa vieja de la colonia. Monté una obra con cuatro amigas y los personajes eran una viejita, una sirvienta, una muchachita y no me acuerdo qué más. Pero nadie quería hacer de sirvienta y tampoco de viejita, así que finalmente me aprendí las dos líneas ¡mientras alguna de las otras mojígatas se decidía! El día de la presentación hice de viejita, con mi pelo blanco lleno de talco y unos lentes enormes que le quitamos a la señora Pino. Fue todo un éxito y la gente se moría de la risa”.

Apenas recibió su título de Bachiller en Ciencias Básicas en el año 1951, se fue a Chirgua para entregárselo a sus padres. En el viaje, como todos los que hacían en esa época, tardaban casi medio día para trasladarse desde Maracay a través de una terrible carretera de tierra –distancia que en la actualidad puede recorrerse en una hora y media.

–¡Es que en vez de tierra, las carreteras eran de lodo! –y al recordar, la señora Ana se asusta un poco–. La verdad es que yo siempre he sido muy mala para los viajes y para eso sí era valiente María. No le importaba pasar por esos terrores con tal de llegar a casa.

Para celebrar su llegada, los padres de María decidieron montarla nuevamente en el carro y llevarla de vacaciones a Caracas a pasar una temporada en casa de su hermana Carmen.

–¡Yo estaba feliz viviendo en Los Chorros! Es que Caracas era una ciudad hermosa, moderna, llena de plazas, paseos y grandes edificios. En ese viaje conocí el Parque del

Este con mi hermano Antonio y salí de compras a Sabana Grande con Carmen. Pero un día empecé a sentirme enferma y mi mamá regresó muy pronto de Chirgua, me dije “¡ay, algo está pasando!”

Ese día fueron al médico y a la semana le diagnosticaron tuberculosis. Durante tres meses estuvo encerrada en su cuarto “teniendo que escupir hasta el alma en un envase con formol, completamente aislada de mi familia.”

En Caracas, fue atendida por médicos especialistas del Ministerio de Sanidad y a partir de entonces entró en franca mejoría. Le aplicaron un tratamiento experimental que separaba las membranas pleurales del pulmón para retirar la infección. Luego de tres meses de tratamiento, la recuperación había sido completa y de la experiencia le quedó un gustito por la medicina, por lo que tomó la decisión de mudarse a Caracas para estudiar en la Universidad Central de Venezuela.

Pero las puertas de la universidad permanecían cerradas desde la intervención militar de 1951. Aunque la capital del país resplandecía como nunca, crecía bajo la sombra de represión que desde hacía dos años mantenía a los militares en el poder.

Mientras esperaba por el reinicio de clases, le ofrecieron un puesto como Secretaria en la extensión del Instituto Agrario Nacional de Chirgua, donde estuvo trabajando durante seis meses y comenzó a percibir una beca mensual de 300 bolívares, según la señora María “un realero para aquel entonces.”

–Así que cuando tuve que irme a la Universidad, la vida como que ya había decidido por mí.

*

Hace cinco años llegó a su casa un paquete de Estados Unidos, con un rimbombante encabezado en letras platinadas y el boletín informativo en papel de seda amarillo.

–“El prestigioso Instituto Biográfico Americano le informa que Usted ha sido nominada por la Mesa Directiva de Redactores para su inclusión biográfica en la Novena Edición del Directorio Internacional de Premios por un Reconocido Liderazgo, en la categoría de Personalidades Científicas del Milenio.” Es que cuando yo leí esto ¡casi me desmayo de la emoción! “Ha sido escogida por su excepcional servicio, ejemplo y excelencia a nivel mundial. Le felicitamos por sus muchos logros.”

Sin embargo, aunque la inclusión en el “distinguido” Directorio Internacional no revestía obligación alguna –de hecho, ni siquiera estaba personalizada– sí requería de una módica suma de dinero a cancelar “*disponibles en precios de descuento*”:

–Cuando llegué a esta parte si estuve a puntito de desmayo: “Opción especial: depósito 150,00 dólares para el Directorio de lujo y 95,00 dólares para Certificado, pagos antes de la publicación”. Obviamente yo no tenía todo ese realero ¡pero es que hasta el envío de la forma tenía que pagarlo yo!

De ellos no ha tenido más noticias, ni ellos tampoco de ella. “¿¡Qué es eso de tener que pagar por un poco de reconocimiento?! ¡Al carajo con los gringos!”

*

La ciencia como credo

III.

“**E**l día que María se fue a la Universidad, Papá Luz no cabía en sí de la emoción. Tener a un ingeniero agrónomo en la familia era para él como un sueño hecho realidad”.

Ana mira con atención el retrato de su padre, entre un rosario de rostros en lo alto de la casa de Chirgua. Sonríe y baja su mirada húmeda hacia una hermosa fotografía familiar que acaricia con emoción. En el centro aparecen su padre, su madre y sus hermanos junto a María el día en que recibió su Título de Ingeniera Agrónoma de la República, fechada al reverso “22 de agosto de 1958. Aula Magna de la UCV. Caracas”

En esa misma fotografía, aparece una joven que aún hoy conserva la mirada de su padre, Antonio, y su abuelo Luz. Mirian Gil de González recuerda también aquel momento como uno muy especial en la familia. “Ese día Papá nos vistió muy elegantemente para acompañarlo a la graduación de su hermana María, la primera que en la casa de los abuelos se graduaba en una universidad.”

–Ese día fue muy especial para mí. Mis padres estaban felices y yo me pasé el acto volteando hacia atrás, para que me vieran viéndolos. Aquella tarde en la Central estaba reunida gente muy importante. Mi título lo recibí de manos del Presidente Larrazabal y en el acto estuvieron Francisco de Venanzi, Rafael Pizani, Ernesto Mayz Vallenilla, el Doctor Salcedo Bastardo... era una celebración enorme, por la democracia y por un nuevo país. Fue un hermoso acto de graduación.

Aún conserva celosamente un boletín especial que editó la Universidad Central de Venezuela en 1958, con los Discursos de Orden y nombres de los graduandos de la bautizada Promoción de la Libertad. “No se supone que me tocara un ejemplar, pero lo tomé prestado de uno de los muchos que había en la Biblioteca de mi universidad, ¡sólo que aún no lo he devuelto! Ay, fíjate lo que dice aquí...”

“**P**romoción de la Libertad bien puede llamarse a ésta que hoy graduamos; promoción de la democracia recobrada; promoción de la lucha recia y de la responsabilidad beligerante y atrevida. Promoción de la dignidad victoriosa, a ella le cabe la felicidad que no se dio a quienes en años tenebrosos debieron llegar aquí en un ritual sin alma, a recoger sus credenciales entristecidas por la pena de Venezuela.”

El régimen militar que gobernó desde 1948 se instauró silenciosamente en Venezuela, luego del golpe que depuso al presidente electo Rómulo Gallegos y a cinco años de excesos partidistas de Acción Democrática. Por diez años, dentro de las universidades se gestó también una lucha silenciosa contra Marcos Pérez Jiménez y su maquinaria de concreto y terror.

A pesar de que la Facultad de Agronomía de Maracay estaba adscrita a la Universidad Central de Venezuela y gozaba de autonomía universitaria –según el Estatuto Orgánico de Universidades de 1946– la dirección administrativa y académica de todas las universidades del país fue encargada a un Consejo de Reforma instaurado por la Junta Militar de Gobierno, a raíz de una huelga estudiantil en el año 1951.

“Los problemas del país son problemas de Ingeniería”, decía Laureano Vallenilla Lanz. Quizá por esta creencia la Facultad pasó a llamarse de Ingeniería Agronómica y todas las actividades académicas y de estudio comenzaron a ser supervisadas y controladas por el Instituto Agrario Nacional, organismo heredado del quinquenio adeco que seguía moviendo los hilos del Estado en asuntos del campo; como una peculiar dictadura dentro de la dictadura, ataba de manos a la autonomía universitaria y terminó convirtiéndose en subversiva por antonomasia.

Según Humberto Reyes, gran amigo de María durante los años de la Facultad, la Universidad se había convertido en un lugar hostil para los estudiantes y ya no tan sólo a nivel político. En el Prospecto Universitario de 1950, la carrera de Ingeniería Agronómica constaba de un ciclo básico de dos años de estudios generales sobre las estructuras del conocimiento científico en Química, Física, Biología, Matemáticas, Zoología y Ecología; y la mención de tres años en las especialidades de Suelos, Zootecnia, Fitotecnia, Fitopatología, Entomología, Edafología y Propagación Vegetal.

–La carrera era muy demandante. Cursábamos un básico con materias de difícil aplicación y a medida que íbamos avanzando, los exámenes seccionales se convirtieron en una pesadilla de tres entregas: una prueba oral, una escrita y una práctica de campo. Si se raspaba uno, se perdía la materia y en aquella época no existía reparación.

La Universidad, que hasta su cierre se había mantenido fiel a su condición pública y gratuita, había comenzado a ser paga justo el año en que María ingresó a la Facultad, en 1953. Con el dinero de la beca del IAN había podido costear las mensualidades “que eran de 100 bolívares al comienzo y casi 200 al final.” Pero luego de un año llegó a casa de sus padres una notificación de cese de envío, alegando recorte presupuestario.

–En la Universidad había mucho dinero, pero cada estudiante tenía que acarrear con los costos de libros para las clases y de materiales e instrumentos para las prácticas. Una vez se robaron todos los químicos del laboratorio y entre todos tuvimos que pagar un dineral para reponer los reactivos y aparatos que se habían llevado.

“Las cosas en la casa estaban difíciles pero mis papás lograron comprar un terreno en Maracay, donde construimos una casita en la que comenzó a vivir mi hermana Blanca.” Ana Gil recuerda como la casa –que hoy se encuentra invadida– fue una bendición durante los difíciles años en que sus padres sufrían para costear los estudios de María.

–En el pueblo, los agricultores hacían dinero si tenían suerte. Mi papá nunca tuvo suerte, creo que por ser muy bueno y desprendido con sus cosechas. El dinero de la venta de papas por aquel entonces no generaba muchos ingresos, créeme.

Humberto Reyes recuerda que la carrera era particularmente difícil para las mujeres. “En la Facultad, sólo había dormitorios para hombres y tanto mi esposa Lilian, que en aquel entonces era sólo mi novia, como María tuvieron que vivir en casa de familiares. Fíjate si era difícil, pues cuando entramos a estudiar éramos casi cuarenta estudiantes de los cuales ocho eran mujeres y terminaron graduándose sólo dos.”

Según cifras del agrónomo e investigador de la historia de la Facultad de Agronomía, Germán Pacheco Troconis, para el año 1958 había en el país cerca de 200 ingenieros agrónomos, de los cuales sólo se tiene memoria oficial de 12 mujeres egresadas de la Universidad Central de Venezuela. Sin embargo, nunca antes las mujeres venezolanas habían tenido tanta libertad de acción: usaban pantalones y salían de casa de sus padres para estudiar en la universidad, opinaban, trabajaban, enseñaban; una revolución también silenciosa pero mucho más profunda.

–No sé por qué terminamos la carrera tan pocas, porque aunque debo reconocer que unas eran más flojas que otras, en general la universidad estaba abierta a cualquier tipo de estudiantes, hombres o mujeres. Yo participaba en todas las actividades, prácticas y seminarios que brindaba la universidad y nunca me sentí discriminada por ser mujer.

También el IAN estuvo a cargo del Centro de Investigaciones Agronómicas de Maracay adscrito a la Universidad, donde María tuvo sus primeros acercamientos a las prácticas de investigación, entre otras razones por la necesidad de trabajo. “Patria y Federación”, se despedía la carta que desde el Ministerio de Agricultura y Cría le comunicaba haber resultado ganadora del concurso para el cargo de ayudante en el Departamento de Plagas y Enfermedades del Instituto de Investigación Animal, donde ingresó a solicitud de Manuel Benezra –profesor que tiempo después se convertiría en Decano de la Facultad.

–Comencé a trabajar en una investigación muy interesante sobre los gusanos del maíz que, al ser inducidos con electricidad, cambiaban su comportamiento y eran usados para combatir la proliferación de plagas en los cultivos. Era como jugar a las peleas entre gusanos buenos y malos.

De ahí, pasó al Departamento de Edafología realizando análisis físicos de suelos y disposición de cultivos, y luego hizo varios cursos en el Departamento de Genética Vegetal a cargo del reconocido genetista argentino Salomón Horovitz, quien llegó a Venezuela contratado por el Ministro de Agricultura y antiguo estudiante, Eduardo Mendoza, para asesorar al gobierno en temas de producción vegetal, pero que finalmente se decidió por la enseñanza universitaria; una decisión que incluso generaría

controversias con su antecesor en el área, el norteamericano Derald G. Langham –quien trabajaba para la Fundación Rockefeller y nombrado por el MAC.

El sentimiento de descontento contra el régimen se hacían cada más tangible. Incluso la joven María, tan prudencialmente alejada de todo el conflicto que veía a su alrededor, comenzó a verse afectada por los requerimientos económicos de la carrera. Un profesor que la tenía en muy buena estima, la puso en contacto con un amigo personal que acostumbraba ayudar a estudiantes con dificultades económicas.

–Mi benefactor resultó ser un empresario caraqueño de mucho dinero y buena reputación, el señor Eduardo Ibarra Ruiz, quién tiempo después se convirtió en gran amigo de la familia. Al caer la dictadura fue nombrado presidente de la Corporación Venezolana de Fomento y un día se apareció por Chirgua con un camión de plantas eléctricas para instalarlas en el pueblo.

Ana sonrío recordando como la electricidad fue una verdadera revolución de modernidad. “Aquello fue todo un acontecimiento en Chirgua. Un vecino llegó un día a decirle a mi papá ‘metimos la pata, Luz ¡tan buenas que eran las neveras de kerosene!’”

–**T**odo el mundo sabía lo qué iba a pasar el 23 de enero antes de que sucediera. Aunque estábamos en vacaciones de diciembre, nos quedamos en Maracay y amanecimos en la calle, tocando campanas y trompetas, esperando noticias de Caracas. Aquel día fue puro júbilo porque después de tanta lucha y llanto, pasaba lo que tanto habíamos esperado.

Así recuerda Humberto Reyes aquel año 1958. Por entonces, era apodado El Mono y junto con otros compañeros de El Limón luchaba por la resistencia dentro de la universidad. “Desde muchachito fui parte de la dirigencia estudiantil, porque había egresado del Liceo Fermín Toro en Caracas. Pero en tiempos de dictadura, todo era Política en la universidad”. En su lucha, permaneció “escondido donde se podía”:

–Estando en El Limón, tuve que tirarme a la clandestinidad muchas veces. Vivíamos ‘enconchaos’ dentro de la residencia o en la casa de algunos profesores que se unieron a nosotros. Ellos nos prestaban los estenciles de la Facultad para preparar panfletos y nosotros nos robábamos los reactivos de los laboratorios para preparar bombas. De alguna manera o de otra, todos estuvimos metidos en la resistencia.

–Yo nunca estuve metida en eso. Las muchachas estábamos dedicadas tan sólo a estudiar y a pasar las materias. Lilian me contó que una vez se las vio chiquitas cuando uno de los muchachos habló, el Gordo Gómez Mejía. Lo interrogaron para ubicar al Mono Reyes y dijo a la Seguridad que ella era su novia. Esa noche la gente de Pérez Jiménez fue a buscarla en su casa, con la suerte de que su hermano se la había llevado temprano para su casa de Puerto Cabello.

Sin embargo, aproximándose la salida del régimen, la represión era ya muy obvia y muchos amigos de la facultad habían comenzado a desaparecer, como recuerda María:

–Dentro de la universidad, teníamos un amigo muy simpático que queríamos mucho, el Señor Matute; tenía un carro convertible rojo y nos invitaba todos los fines de semana a comer arepas de chicharrón en el Parque Henry Pittier. Lilian y yo siempre andábamos con él, sin saber que era un espía de la Seguridad Nacional.

A Matute también lo conoció el señor Reyes “y la verdad es que era muy mal infiltrado. En la universidad, todos sabíamos que él estaba en la Seguridad pero nunca se metió con nosotros. Al tiempo de graduarnos nos enteramos que el hombre terminó siendo parte de la guardia de Honor de Betancourt.”

En la culminación del año 1957, una Pastoral del Arzobispo de Caracas, Monseñor Arias Blanco había desatado un huracán de insurrección en el país que ni siquiera el plesbicitico que restituyó a Pérez Jiménez pudo contener.

Desde las universidades, los partidos en clandestinidad, los políticos en el exilio, la Iglesia, las industrias, los militares, los cerros, la Junta Patriótica –“a la que por cierto, perteneció Diego”–... todos se habían volcado al llamado de una huelga general que disparó los aviones sobre Miraflores el 1º de enero de 1958 y sacó del país a la “Vaca Sagrada” del presidente. Por aquellos días, los estudiantes de El Limón no regresaron a sus casas. Esperaban tener noticias de los alzamientos que poco a poco iban ocurriendo en la capital.

A partir de entonces, las Gil Rodríguez comenzaron a formar parte de la insurrección “En nuestra casa de Maracay guardábamos las tachuelas que los muchachos lanzaban a las calles.”

–El último domingo antes del 23, todo el mundo sabía que la cosa estaba por reventar. Ese día no se me olvida nunca; estábamos en misa y las campanas de la Iglesia comenzaron a sonar cuando en medio del despelote la gente comenzó a felicitarse, a lanzar papelillos y el padre cantaba ‘¡Viva la democracia, viva la Libertad!’”.

Por aquellos años, María conoció a Fernando Viera Acosta, que según El Mono y La Mona terminó siendo el gran amor de su vida. “María y Fernando se hicieron novios mucho tiempo antes que Lilian y yo. Creo que de alguna forma ellos nos empataron, como dicen ahorita. ¡Ay, pero que de esto no se entere Diego, por favor!”

Ana también recuerda aquel noviazgo, volteando ahora para percatarse de que Diego no escuche. “Fernando era un muchacho encantador, bien parecido, inteligente, de una buena familia de Maracay. La verdad es que hacían una muy bonita pareja. Lástima que su historia terminara tan pronto.”

–Nos hicimos novios al final del segundo año de la carrera. Hasta entonces fuimos muy buenos amigos; él me ayudaba mucho con las materias que no entendía y yo lo ayudaba con las prácticas de laboratorio. Se preocupaba más por mí que por la carrera. Aún así logró graduarse con honores, aunque disfrutó muy poco del título.

La señora María retira con cuidado de su álbum de memorias una hermosa imagen que apenas logró vencer cincuenta años de olvido y humedad. “La rescató mi hermana Blanca de una pequeña inundación en su casa y cuando me la dio trajo en mí tantos recuerdos”. En una fotografía oscura resalta en la luz Fernando Viera Acosta, recibiendo de manos de Wolfgang Larrazabal su título de Ingeniero Agrónomo.

Para finales de 1958, María y Fernando habían dejado de ser novios, según ella por razones que no viene al caso comentar. Desde que se dejaron de ver, María había comenzado a trabajar en el Campo Experimental de FRIVALCA, una compañía procesadora de Alimentos propiedad de un amigo de la familia, a las afueras del pueblo.

–Fernando se apareció en el trabajo muy agitado, casi iracundo. Me propuso matrimonio estando en lo alto de una colina donde se encontraba el depósito en que trabajaba, pero el momento no tuvo nada de romántico. Yo le dije que se fuera a su casa a darse un baño, a tranquilizarse y le prometí que nos veríamos después. Al darme la vuelta escuché un disparo seco y cuando regresé Fernando estaba herido cerca del estómago. Me apresuré a buscar a alguien que me ayudara a trasladarlo al ambulatorio de Bejuma. Corrimos hasta las oficinas y se lo llevaron en un camión de la empresa.

Llegaron a tiempo para control del desangramiento y suturas. Luego fue llevado a Maracay, donde lo intervinieron de urgencia para retirar la bala. María lo visitaba todos los días mientras iba mejorándose. Pero un día, los padres de Fernando la llamaron pues se había pasado toda la madrugada llamándola; apenas tuvo tiempo de intercambiar unas cuantas palabras. Fernando entró en estado de shock y falleció a las pocas horas.

Humberto Reyes se enteró de la noticia en Caucagua, donde trabajaba para una Estación Experimental del IAN. Pasó buscando a Lilian y asistieron juntos al velorio de Fernando en Maracay. “Allí nos encontramos todos los amigos de la universidad para ir a visitar a la familia de Fernando, pero principalmente lo hicimos por María.”

Ella mantuvo el luto durante casi un año. En 1959 llegó un telegrama a su casa de Maracay informándole que el nuevo árbol de la XV promoción de Ingenieros Agrónomos llevaría el nombre de Fernando y que solicitaban fuera a bautizarlo junto con ellos. Desde entonces se yergue recio un Chaguaramo en el centro del Jardín de los Egresados de El Limón, al pie de una placa que rememora muchas cosas que la señora María aún no está dispuesta a desengavetar.

IV.

Al salir de la universidad, María regresaba a la casa de sus padres –nuevamente con un título bajo el brazo– y se encontraba sin trabajo.

En Chirgua hicieron una gran celebración para recibir al primer ingeniero agrónomo del pueblo, “un fiestón que corrió por cuenta del IAN ¡imagino por remordimiento de no haberme pagado los estudios!”. Las cosas no cambiaron como se esperaba después de la caída del régimen “quizá sólo que uno se enteró de quién era adeco, quién copeyano y quién comunista. Pero imagínate, ¡con decirte que aquí lo más cercano a un alcalde era el representante del Instituto Agrario Nacional!” En el pueblo, seguía gobernando un mismo caudillo.

Si algo había cambiado era que mucha gente del pueblo se había mudado a las ciudades, pero también la ciudad había invadido el campo. En la fiesta se topó con un señor de la capital que haría de encargado en la nueva fábrica de alimentos que abriría en las afueras del pueblo. No sabía que su antiguo benefactor, el señor Ibarra, la había recomendado con el caraqueño para trabajar como asistente de campo.

El señor Carlos Rojas-Gómez llegó a Chirgua a mediados de 1958 para hacerse cargo de la procesadora de alimentos FRIVALCA, un proyecto que se desarrollaba en conjunto por la empresa privada y el Gobierno. Se hizo amigo de la familia Gil Rodríguez y a María le ofreció la oportunidad de costearle los estudios en Florida para especializarse en Tecnología de Alimentos. Pero el viaje al norte nunca se concretó y en cambio ella se quedó en el pueblo, trabajando.

–Me la pasaba metida en una nevera industrial, separando las papas buenas de las dañadas y también las ‘partes innecesarias’ de los cochinos y los pollos, un cargo que nada tenía que ver con mi preparación como Agrónoma. Tuve que seguir allí por la necesidad del dinero, aunque con total indignación.

Así que la siguiente vez que pudo conversar con su jefe le comunicó su descontento, justo cuando el ingeniero Rojas-Gómez le informó que estaba por inaugurar una oficina propia en Caracas y allí podría ofrecerle mejor condiciones laborales. Así que en enero de 1960, la joven María agarró de nuevo sus maletas y se regresó a Los Chorros para trabajar en la Oficina Técnica Rojas-Gómez como contratada en análisis de Auditoria y Asistencia Técnica para obras del IAN.

Su trabajo como investigadora de campo le permitió conocer casi todo el país que iba creciendo a su alrededor. Cuando dos años después pasó a trabajar en el Ministerio de Obras Públicas, visitó las ciudades y pueblos de Venezuela que antes sólo había escuchado nombrar; un país a las afueras de Caracas conectado por nuevas carreteras que –según el informe de Memoria y Cuenta del MOP de 1962– contaba con 3.993 kilómetros de autopistas y 6.330 kilómetros de carreteras repavimentadas. Así que, eventualmente, tuvo que aprender a manejar.

–Trabajando para el MOP me dieron un pequeño Renault sincrónico que nunca aprendí a manejar. Yo manejaba malísimo y el tráfico en el Centro de Caracas era terrible aún en esa época. Así que para llegar al trabajo sin cambiar la velocidad subía volando por el hombrillo y día tras día un mismo policía de tránsito me entregaba una multa que terminé coleccionando en mi oficina. Igual me las descontaban a fin de mes, pero el país funcionaba.

Pero tampoco la democracia había logrado resolver la precaria situación del campo. La Ley de Reforma Agraria promulgada por Rómulo Betancourt en el año 1960 resolvió el problema otorgando nuevos títulos de tierras, concesiones de explotación, tractores y semillas; a pesar del cambalache de poder, el agricultor siguió viéndose difícil para subsistir fuera del cobijo del gobierno central.

—La mayoría de los habitantes del pueblo eran agricultores y tenían que esperar a que mandaran las semillas, mandaran la plata o mandaran al ingeniero de Caracas para que les resolvieran los problemas, pero nunca recibieron la asistencia técnica necesaria: las cosas se hacían cómo y cuándo se podía. Si caía una plaga o llovía fuera de temporada, la gente no sabía qué hacer para salvar las cosechas.”

Cuando finalmente entró a trabajar en la Universidad Central de Venezuela, María tenía 28 años de edad y estaba más convencida que nunca de hacer ciencia; pero una clase de ciencia distinta, que pudiera ayudar a resolver las carencias de la gente. La Universidad le ofrecía el marco institucional y una mayor libertad de acción de la que tendría en cualquier instituto de investigación, ministerio o empresa de alimentos.

—**Y**o estoy muy orgullosa de haberle devuelto el favor a la Universidad. Allí investigué y di clases por primera vez, allí conocí a mi esposo y también descubrí mi amor por la ciencia. Todo se lo debo en parte a la Universidad Central de Venezuela.

Diego y María se conocieron como profesor y estudiante en los años de la Facultad. De su alumna, su esposo dice hoy: “Era inteligente, aplicada, de las mejores de su grupo. No estaba pendiente de politiquerías; por el contrario, vivía dispuesta a investigar”.

–Diego fue uno de los mejores profesores que conocí en la carrera y también un catedrático fundacional en los estudios de la Fruticultura en el país ¡y cuidado si no en todo el continente! –Los trazos en el aire que hoy emula su alumna los aprendió del profesor Serpa–. Lograba dibujar de memoria las partes de cualquier flor a la perfección, sin levantar ni una sola vez la tiza del pizarrón y recordaba el nombre de cada especie, de cada planta. Nunca se cansó de estudiar y gracias a él aprendí el valor de un docente bien educado, en contacto con la actualidad científica que lo rodea.

Aunque ya no era su maestro, Diego continuaba visitando a su joven colega en Caracas. Una tarde, el profesor llegó a entregarle un telegrama urgente que había recibido en Maracay, fechado el 9 de diciembre de 1961. En un papelito añoso que aún conserva puede leerse una notificación de presencia de la nueva Profesora Instructora para la cátedra de Propagación de Plantas de la Universidad Central de Venezuela, firmada por el Decano de la Facultad de Agronomía y antiguo profesor Manuel Benezra.

María le comentó a Diego cuánto le extrañaba la noticia, pues no recordaba haber aplicado en ningún concurso “y él en respuesta sólo se sonrió”. Ella se presentó a la mayor brevedad en la Facultad, al mismo tiempo que él reunía fuerzas suficientes para convencerla de casarse con él. Para comienzos del año escolar de 1962, María entraba a la Central como Profesora Instructora y casada con su antiguo profesor, jurando dedicarse juntos a hacer ciencia.

Sin embargo la Universidad Central de Venezuela, como el resto del país, atravesaba por una difícil transición política. El despertar de la democracia había relegado a un importante grupo de voces, disidentes incluso desde los laboratorios.

En Venezuela soplaban vientos de cambio y conflicto. Con la firma del Pacto de Punto Fijo, el nuevo gobierno excluía formalmente a los partidos comunistas de las actividades políticas, iniciando una cruenta lucha contra la izquierda venezolana y particularmente contra un grupo de jóvenes políticos animados por los logros que en París se hicieron escuchar en el mayo del 68.

Fidel visitaba el país 25 días después del triunfo de la Revolución, en enero de 1959, y un año después, estalló un carro bomba a escasos metros de la comitiva del presidente Betancourt. El Congreso decidió cortar relaciones diplomáticas con la isla y así lo hizo también con los grupos guerrilleros que emulaban Cienfuegos en los cerros del país. “Y en la universidad se reflejaba toda esta situación política”, según recuerda Saulo Olavarrieta, profesor de la UCV y antiguo compañero de Facultad de María, que en aquella época se retiró temporalmente durante los primeros años de la rebelión.

—Aunque las primeras luchas se dieron extra muros, en la universidad reinaba el sentimiento de desarraigo por la actividad académica; muchos estudiantes dejaron de asistir a clases para mudarse a las montañas o traer la lucha a los salones.

Corría el año 1962 cuando Diego y María salían de la UCV, cedidos por contrato de dos años a la Universidad de Oriente donde se preparaba la creación de una nueva Facultad de Agronomía en Jusepín, zona agrícola del estado Monagas. Aunque los “préstamos” no eran la norma en aquellos años, los profesores Serpa gozaban de un estupendo trato en la Central, que buscó preservarlos de la violencia que también llegó a Maracay: al igual que en la Facultad de Ciencias de Caracas, las Facultades de Agronomía y

Veterinaria se convirtieron indistintamente en refugio para los líderes guerrilleros de la región Occidental y frentes de batalla con los grupos de Defensa del Estado.

–En la nueva Universidad nos cargamos de empuje vital: dábamos clases, sembrábamos, experimentábamos, jugábamos a la investigación. Así, por un tiempo, esa sensación nos mantuvo al margen de los problemas del país.

Las prácticas de campo acercaron a la joven profesora María al campo de la Citricultura o cultivos de cítricos, estudios que estaban muy en boga en los climas tropicales y que empezaban a tener espacio en la academia nacional. De la mano de su maestro Diego, lograron obtener “cruces imposibles” de naranjas, limones y limas que eventualmente resultaron en nuevas especies de provecho comercial. “Ahora, por lo menos una vez a la semana, Diego se levanta reclamando al limón criollo y las naranjas de Carabobo ¡Si en esa época nos hubiéramos preocupado de las patentes!”

Salieron de aquel refugio académico en 1964, año en que Papá Luz murió y María regresó por un tiempo a Chirgua para cuidar de la salud de su madre. El Limón fue allanado en un par de ocasiones y cerrado en diciembre del mismo año, junto a la sede de Caracas. María regresó a Maracay tres meses después de lo previsto.

En 1967 es ascendida al grado de profesor Asistente con su primer “trabajo serio de investigación”, como ella misma lo describe: una comparación de distintos tipos de injertos en Tamarindo a partir de la especie criolla *Tamarindus indica*. Su esposo, mientras tanto, escribía su columna académica “Vivero de Papel” que se publicaba semanalmente en el diario *El Universal*, haciendo y divulgando ciencia a tiempo completo desde la Universidad.

Por ello, en Maracay todos estaban encantados con los resultados del matrimonio; una investigadora y un profesor con carisma que podrían exportar hacia otras latitudes. A comienzos del año siguiente, María y Diego salen por segunda vez Estados Unidos para proseguir con sus estudios de postgrado en Riverside; un merecido descanso en su vida académica que nuevamente los apartaba de la situación política que estallaba en el país, esta vez dentro de la Universidad Central.

En 1969 se dispara el proceso conocido como Renovación Universitaria en las aulas de la UCV en Caracas y la ULA en Mérida, cuando un grupo de dirigentes de la Federación de Estudiantes inició una lucha abierta contra los conceptos estructurales de las universidades y en general contra la gestión de Rafael Caldera. El 31 de octubre de 1970 la Universidad Central es allanada y clausurada, y después de un extendido período de asedios, muertes y sangre vuelve a abrirse el 24 de febrero de 1971.

Unos meses después, María regresaba del extranjero con una Maestría en Ciencias Botánicas, una especialización en cultivo in Vitro y un Doctorado a medias.

Murashige envió desde Riverside una carta donde recomendaba a la administración de la Universidad Central extender la estadía de la profesora Serpa en California. “Aquí todos confiamos en su habilidad y estamos orgullosos de haberla tenido como una de nuestras estudiantes”. Además, notificaba su admisión en el Doctorado de Ciencias Botánicas, “pero aunque ya tenía los créditos necesarios en los cursos de morfología y micología vegetal, la verdad es que ya no podía seguir fuera de mi país. La salud de mi mamá seguía empeorando y todos queríamos regresar a casa.”

La Central no pasaba por sus mejores momentos –según María, era un total desastre administrativo. Sin embargo, le fue brindada la opción de continuar a distancia con su trabajo de investigación, supervisado conjuntamente por las dos universidades; mientras que la UCV sólo tendría que habilitar un espacio para el laboratorio, la Universidad de California se encargaría de enviar los materiales y dinero necesario para cubrir los gastos del proyecto. Una solución a corto plazo, que desmerecía la magnitud de los logros de un acreditado en el extranjero.

–Cuando llegué, parecía que nadie en la Universidad me esperaba de regreso; no había espacio, ni equipamiento, ni personal capacitado. Nada. De Riverside llegaron los instrumentos y las muestras criogénicas, pero yo no podía comenzar porque aún no tenía laboratorio. Entonces me pasaron a un hueco de dos por tres que creo había sido un cuarto de la limpieza, en condiciones de higiene mínima y sin disponer de ayuda.

El éxito en la Central, dice hoy la señora María, “significaba cuadrarse con los adecos”. Los recuerdos de aquellos años en la Universidad tiene un tono amargo en su voz, aunque dice sentirse honrada por sobrellevar su oscuro rencor ante los vicios del sistema y cualquier otra forma de actitud política ante la vida: “Allá se era adeco o comunista, pero yo siempre me declaré abiertamente apolítica, porque estaba convencida de que en la universidad no debía prevalecer la política sobre la docencia o la investigación.”

En junio de 1973, la profesora María Gil de Serpa renunció a la Universidad Central de Venezuela. En su expediente administrativo no se aduce causa alguna, salvo aquella que todavía hoy comentan quienes estuvieron al tanto.

Gladys de Ollarves recuerda con claridad las circunstancias de la renuncia, tiempos en que los estudiantes acostumbraban a voltear periódicamente la camioneta del Decano de la Facultad, Pompeyo Ríos, antiguo profesor y colega de María. Así que no titubea al sentenciar desde el comienzo: “Pompeyo fue un blandengue con los estudiantes y dejó escapar a una de las mejores investigadoras de la Facultad”.

María fue nombrada Jefe de Cátedra en Propagación de Plantas y Jefe del Departamento de Agronomía en octubre de 1972. Gladys –unos años más joven que María– también se estrenaba en el cargo de Profesora Instructora en la misma cátedra y recuerda como María, tratando de llevar la carga de sus nuevas asignaciones, asistía religiosamente a todas las actividades de la Facultad “porque se tomaba muy en serio su trabajo y quería dar el ejemplo”.

Durante un examen seccional de la materia que llevaba Gladys, María se ofreció a hacerle compañía para vigilar entre las dos. Desde el fondo del enorme salón de conferencias de la Universidad, María detectó unos “movimientos extraños” en las filas superiores de la escalera ascendiente, y mientras se iba acercando poco a poco al puesto, no retiraba ni por un instante su mirada del joven estudiante.

–Cuando llegué hasta su puesto –dice la señora María– lo mandé a levantarse y el hombre no tenía nada. Luego lo mandé a caminar y al salir de su puesto se salió la chuleta que se estaba aplastando con la suela del zapato. –Según Gladys, María lo mandó a recoger el papelito del suelo y cuando se lo dio, le quitó también el examen, le puso un gran cero en tinta roja y lo mandó a retirarse del salón, “y el muchacho no se atrevió a hacer ¡ni ñe!”.

Eventualmente el problema llegó a oídos del Decano, pues el joven estudiante era nada más y nada menos que dirigente sindical de la Federación Universitaria y había solicitado la apertura de un juicio en contra de la profesora Serpa. A la semana, María recibió una solicitud de presencia ante el Consejo Universitario de Caracas.

–La verdad es que no sé como terminó ese asunto con la Facultad, pero casi al día siguiente, María inició el papeleo de su renuncia –en El Limón, sus colegas junto al Consejo de Facultad decidieron, por mayoría, apoyar a la profesora frente al juicio– y es que ni siquiera quiso esperar la respuesta de la gente de Maracay.

La renuncia fue solicitada de inmediato, y ejecutada la quincena siguiente. Total de su liquidación, 28.141,67 bolívares, que correspondía a 9 años, seis meses y quince días de servicios, deponiendo su cargo como Profesora Agregada –cuarto nivel en el escalafón– y toda una carrera dedicada a la Universidad Central de Venezuela.

–Hizo lo que tenía que hacer –responde hoy su compañera– porque María no se hubiera perdonado vivir con esa falta. Ella es una persona muy correcta y no había algo que le molestara más que la gente que hacía trampa.

–Yo no podía quedarme en un lugar donde no me respetaran, donde la politiquería valiera más que diez años de comportamiento intachable. Me fui porque no soportaba tanta desfachatez.

Con María se marchó Gladys, 15 días después correspondientes al cese administrativo “y aunque mis compañeros me decían que no debía pagar por sus errores, yo les respondía que no había equivocación cuando uno se mantenía fiel a sus principios”.

*

El 30 de enero de 2004 recibió una carta en un pequeño sobre blanco con el sello de la Gobernación de Carabobo, que le notificaba haber sido merecedora de la Orden Sol de Carabobo en el Grado Gran Oficial por toda una vida de servicios. Y otra más para el profesor Diego Serpa Arcas. El acto de condecoración fue una semana después, el 03 de febrero, y su sobrino Wilmer se encargó de buscarla y llevarla a arreglarse en Barquisimeto, comprarse un lindo traje, negro y rojo, y un par de tacones para dispararse al Capitolio de Valencia, donde los recibió la distinguida comunidad valenciana con champagne o vino tinto y un cuarteto de cuerdas.

Al final de la impecable ceremonia, el joven Gobernador Henrique Salas Feo repartió besos y fotos con los invitados, que la jefa de Protocolo iba organizando en fila india. Flashes encendidos acá y allá y “El Pollo” se marea un poco. Le gritan los fotógrafos de Sociales “foto con la señora de rojo, gobernador” y el gobernador suena molesto “¡Ahora no!”. Cuando llegó su turno, la señora María le respondió con una palmadita en la espalda: “tranquilo Gobernador, ¡la que no quiere tomarse la foto con usted soy yo!”

Sólo lamentó aquel puesto vacío a su lado, con el nombre solitario de Diego en la silla que no vendría a ocupar. Portando las dos bandas doradas de ambos no pudo contener las lágrimas y en su rostro poco maquillado se dibujaron dos surcos grisáceos que su sobrino Wilmer limpió con cariño. “Mi tía merece esto y mucho más, mucho más que cualquier otra persona que conozca”.

*

Cuando llega el final

IV.

—**U**no se jubila y siente un enorme vacío por dentro. De repente te das cuenta que ese tiempo que querías para ti ya no sirve de nada y cuando menos lo esperas, te encuentras solo, otra vez deambulando por la universidad, siendo invitado en las clases de otros. ¡Ay, cuando uno se jubila!

Saulo Olavarrieta regresó a Venezuela en 1967, después de culminar su especialización en Hidrología en la Universidad de Cereá en Fortaleza, Brasil. Llegó, como muchos, sin ofertas de trabajo, pero rápidamente pudo reubicarse en la naciente Facultad de Ingeniería Agronómica de la Universidad Centroccidental Lisandro Alvarado de Barquisimeto, que se había formado a partir de una seccional experimental del INA de la capital larense.

El Ingeniero Agrónomo Héctor Ochoa Zuleta ejerció como Decano de la Facultad desde 1964 y por más de una década. Desde su incorporación al cargo, se había dado a la tarea de reclutar aquellos nombres que le saltaban a la memoria de sus tiempos como profesor en El Limón. Por ello, un buen día fue a buscar al profesor Olavarrieta a su casa de Maturín y cinco años después partió a Maracay en busca de María, al enterarse de su renuncia a la UCV.

María aceptó el ofrecimiento e ingresó a trabajar en la Facultad de Ingeniería Agronómica de la UCLA el 1º de septiembre de 1973. A su entrada, María calificó

directamente al grado de Profesor Asociado –conservando a medias el escalafón que había conseguido en la UCV– y por ello fue también nombrada Coordinadora de la Cátedra de Propagación de Plantas.

“Lo mío, sin embargo, tenía que ser la investigación. Por eso me fajé desde que llegué a conseguir espacios y dinero para montar un laboratorio de Cultivos ¡aprovechando que me querían complacer tanto!”. Pero antes tuvo que lidiar con algunos molinos.

La Facultad de Ingeniería Agronómica quedaba en los terrenos baldíos de El Obelisco, a las afueras de Barquisimeto, y el traslado hasta allá –cuenta la señora María– parecía un verdadero vía crucis. “No había carretera de asfalto, ni autobuses que llegaran hasta allá. No había salones techados, ni baños acondicionados, ni siquiera oficinas administrativas y las clases se dictaban en unos galpones de ganado que la gente de la Universidad había heredado del Instituto Agrario Nacional ¡Toda una maravilla, como verás!”

Para las clases prácticas de la materia, se movilizaban hasta el vivero de la Universidad ubicado en Tarabana en la zona agrícola Cabudare, ciudad satélite ubicada justo al lado de la ciudad. Aquellos terrenos pertenecían al Ministerio de Agricultura y Cría y eran dirigidos por el encargado regional Augusto Gallardo, ingeniero y conocido de María de los años de la Central: “Recibíamos semanalmente a sus alumnos, aunque en realidad la cátedra debía ser impartida en su totalidad en la sede de El Obelisco”.

Pero a la profesora le molestaba no contar con un vivero propio y más aún tener que trasladarse hacia el otro extremo de Barquisimeto. Por eso le propuso a Ochoa Zuleta su traslado a Tarabana. Diego recuerda hoy sonriente los trucos de su esposa para conseguirse un espacio en la Facultad.

–Una vez le envié una carta al Decano para financiar ¡y que un cielo raso para los salones!, pero en realidad le había metido como quien dice ‘por debajo de la mesa’ el presupuesto para la construcción de unos pequeños galpones de prácticas en Tarabana. El hombre, tan precavido, lo firmó sin leer.

Sea como fuese, a finales del año 1974 la Facultad de Agronomía se había instalado definitivamente en la nueva sede de Tarabana, en los primeros edificios de aulas que tuvo la UCLA.

—**A**l salir de la Central estaba muy desencantada de la docencia y dedicaba completamente a mi familia. Un día se apareció en mi casa de Maracay un antiguo profesor de la Central, Héctor Ochoa, ofreciéndome trabajar en la nueva Facultad de Agronomía de Barquisimeto. Sólo cuando mencionó el nombre de María me logró convencer para entrar, así que se puede decir que por ella salí de la universidad y por ella también regresé.

Gladys de Ollarves ingresó a la UCLA en agosto de 1975 para encargarse de la cátedra de Propagación Vegetal, mientras su amiga María retornaba a Riverside para culminar su Doctorado; dos años de sabático académico cubiertos con su beca de actualización de 5.807 bolívares, cuando –según cifras de la antigua Oficina de Estadística e Información– el promedio de ingreso per capita mensual era de 4000 bolívares.

–Ahora que teníamos un ingreso fijo mensual, una casa propia y a los muchachos grandes, Diego y yo pensamos que era el momento perfecto para retornar. Y cuando regresé, encontré todo como lo recordaba unos años atrás.

Por extraño que pareciera, ya no le molestaba el blanco excesivo de los laboratorios ni los ácidos comentarios de Murashige, ni siquiera tampoco el inglés. “Dirás que estaba loca, pero me sentía como en casa, como si haberme reencontrado con mi pasión me devolviera la ciencia que me gustaba hacer.” “Vivíamos actualizados y viajamos por el mundo” –recuerda sin trabajo el señor Diego los años maravillosos en que su verdadera bonanza fue nutrirse de ciencia por todas partes.

Porque por aquellos días, fue investigadora invitada en la Universidad Baton Rouge de Louisiana, viajó a Cuba para realizar trabajos sobre caña de azúcar en la Universidad José Martí de La Habana, participó en congresos de cultivos in Vitro en Londres, Valencia, Río de Janeiro y en distintas universidades del sur de Estados Unidos. También conserva de entonces una membresía honoraria en la Asociación Americana de Horticultura, certificados de todos sus congresos, fotografías de competencias de sacos entre los investigadores de California y Florida y una carta que llegó desde Barquisimeto, nombrándolos padrinos de promoción en ausencia.

Pero todo se acabó apenas llegaron noticias de Venezuela. La señora Ana Teresa no había mejorado en salud desde la muerte de su esposo. Sus hermanas creyeron conveniente llamar a María para que regresara lo antes posible “porque esta vez presentíamos que se nos iba”, recuerda Ana Gil de Quintero. Todos regresaron a Venezuela, con la promesa de volver luego de superado este problema.

–Recuerdo que antes de partir, Toshio se acercó con mucho cariño y me dijo ‘que la vida era una sola y que la investigación podía esperar’. –La señora María dejó California en agosto de 1976, un año antes de lo esperado y sin concluir su Doctorado, que siguió aguardando por mucho tiempo pero nunca la vio regresar.

La UCLA se convirtió en su casa, tanto así que a finales del año 1980 logró poner en funcionamiento su tan anhelado Laboratorio de Propagación de Cultivos In Vitro. Con un préstamo de 10.000 bolívares del Fondo Rotatorio de Profesores firmado a su nombre, María Gil de Serpa construyó un pequeño galpón en el área anexa del Vivero que manejaba en conjunto con su amiga Gladys. Muy pronto, se propuso conformar de un equipo capaz de generar una línea de investigación activa y para ello, la profesora Serpa reclutó a un grupo de jóvenes para trabajar a dedicación exclusiva.

María Sol González es farmaceuta egresada de la UCV e ingresa a la UCLA como investigadora asociada en 1980. En sus primeros paseos por la universidad pasó de visita por el vivero en busca de plantas para su casa y allí conoció el trabajo de la profesora Serpa:

–Tuve mi primer encuentro con la práctica del cultivo in Vitro gracias a la profesora María y desde entonces me pareció un arte sumamente absorbente. Me enamoró aquello que estaba viendo, así que cuando me propuso ingresar a su grupo de trabajo no lo pensé dos veces –y entró a concursar para ingresar al equipo como experta en Bioquímica, aunque su preparación de pregrado no la había acercado nunca antes al área de la investigación biotecnológica.

Para aquel entonces, los trabajos de investigación en la Facultad eran coordinados en su totalidad por la profesora Serpa. Creía, con convicción, que la única forma de hacer ciencia era aprendiendo y haciendo dentro de las aulas, en el campo, entre pares. Nunca ingresó al CONICIT ni a otras asociaciones de investigación “quizá porque en aquella época no me hacía falta dinero para investigar”.

Durante seis años, realizaron al menos siete grandes proyectos como parte de la línea de investigación del laboratorio; todos producto del trabajo de un equipo con tan sólo el apoyo de los centros de fomento universitarios, de los cuales dos fueron de fundamental interés y llevados a debates académicos fuera del país.

El primer de éstos fue desarrollado por María Sol González, a partir de unas muestras del Manzano de niebla *Malling XXVI* cedidas por el Instituto de Investigación del Mediterráneo en Zaragoza. La producción de manzanas en climas tropicales era un trabajo que revestía enorme importancia científica y una obvia implicación comercial. Sin embargo, el déficit presupuestario para la investigación ya se hacía sentir en la UCLA: aunque contó con el apoyo del CDCHT, el proyecto se desarrolló bajo la amenaza latente de la contaminación y sin ninguna inversión del sector agrícola que trabajaba con la Universidad.

El proyecto fue presentado ante el Consejo de Facultad a comienzos de 1986 y se lograron 800 brotes de manzanos perfectamente aclimatados y sanos, a pesar de que el problema de contaminación redujo los brotes a 80, “que de haberse realizado en un laboratorio aséptico no hubiese ocurrido, pero al parecer la UCLA no estaba interesada en los resultados económicos que pudiera brindar esta investigación” –responde altanera María dirigiéndose a una audiencia invisible en el salón de su casa.

“El trabajo, sin embargo, mereció mucho reconocimiento luego de concluido”. Tal y como recuerda María Sol, a finales de ese año obtuvo la mención especial del Jurado en el 2º Encuentro Nacional de Investigadores de Frutales de Clima Templado, organizado por la UCLA.

–Resulta que el trabajo dio tan buenos resultados que apenas logramos presentarlo al público, en el Encuentro Nacional en el año 86’, tuvimos una propuesta de FUSAGRI – (Fondo Único Social para la Agricultura, hoy FONAIAP)– para llevar el proyecto al campo. Yo no quise entregarlo sin ninguna garantía de participación, así que te podrás imaginar mi sorpresa al enterarme de que, casi un mes después, aquel señor de lentes de FUSAGRI que se veía tan inofensivo ¡se había lanzado el mismo proyecto pero con distinto nombre! Es que los que trabajan para el Estado ¡son todos unos pulpos, unos piratas que quieren meterse en todo y no entienden de ciencia un carajo!

El proyecto también fue presentado en la Universidad de Hawai en 1987 como representante de Venezuela en un Congreso de Frutales, al cual acudió María Sol por petición de su profesora.

–Aquella invitación fue un magnífico regalo de la profesora que había inscrito el trabajo por sorpresa. Tuve dos semanas para prepararme y allí fui presentada por el propio Toshio Murashige. Imagino que eso también fue un detalle de María.

El segundo trabajo lo presentó ya estando jubilada de la UCLA: una exitosa multiplicación clonal de la *Mussaenda Erythrophylla* o Flor de Trapo, trabajo que desarrolló como tutora y asesora de la tesis de maestría de su ex alumna Norca Mogollón de Lucena.

–En realidad, fue un proyecto cedido que había estado interesada en hacer desde hacía algún tiempo. Norca me había propuesto aplicar el método de multiplicación a una especie criolla de claveles, pero la idea no me impresionó porque era una flor cualquiera, como rosas o lirios y eso no tiene ningún interés científico.

En cambio, la profesora María le propuso desarrollar en conjunto el método en la Flor de Trapo, una planta de difícil multiplicación cuyas flores pueden procesarse para elaborar papel u otros tejidos vegetales de aplicación comercial. El tiempo de investigación discurrió tranquilo y en paz. El trabajo resultó también un gran éxito y luego de su publicación académica, María lo envió a la Revista *Hortscience* de la Sociedad Americana de Horticultores –la misma en la que veinte años atrás había sido publicado su trabajo sobre gerberas y a la que ahora pertenecía.

–Pero para su aceptación, era condición sine qua non la presentación extramuros del trabajo. Me moví como loca hasta que logré inscribir el trabajo en un Congreso Mundial de Horticultores que se realizaba ese verano en Florencia. Me costó casi un año lograr publicarlo, pero para ser aprobado tenía que ser presentado en público. Así que ahora le tocaba a Norca hacer su parte.

Norca Mogollón no viajó a Italia para la presentación del trabajo, entre otras razones “porque en realidad María no quería que fuera”. Un salto sorpresivo en el ritmo de las preguntas crispa su rostro severo, una tarde húmeda y desolada en el nuevo Laboratorio de Cultivo In Vitro y Microtecnia en Tarabana. “Pero ¿por qué tienes tanto interés en mi trabajo, si no tiene nada que ver con la Profesora Serpa?”

Con María Gil de Serpa como tutora, Norca Mogollón obtuvo su Maestría con uno de los trabajos más importantes de su currículum, en el año 1988, en la mención de Ornamentales, especialidad creada y dirigida por María Gil de Serpa en el Postgrado de Horticultura que se había fundado en la UCLA cuatro años antes. Como reseñaba el

diario *El Impulso* en su edición del 21 de diciembre, Barquisimeto debutaba con el primer postgrado en Horticultura del país.

Hoy Mogollón dirige la Unidad de Biotecnología y las líneas de investigación de la Facultad, desde su oficina el Edificio de Postgrado, a veinte kilómetros de distancia de los laboratorios. Los jóvenes que trabajan a su cargo la esperan cada tarde impasiblemente detrás de la computadora, limpiando los instrumentos o archivando documentos hasta que suena el timbre de la pequeña casa –ubicada en la entrada de la Facultad de Tarabana– y salen por instantes de su trance mecánico. “¡Oye José, que vinieron a instalar el aire acondicionado!”

José Gregorio Díaz es asistente de investigación del laboratorio y actualmente está encargado de una investigación sobre propagación de rosas que dirige la profesora Mogollón, “aunque en realidad llegué aquí por las gerberas.”

Desde que escogió su especialidad de Ornamentales en la UCLA, se sintió atraído por las posibilidades comerciales de esta especie y el reto personal que significaba su propagación. Para su tesis, revisó el trabajo de la profesora Serpa –“que lo conoce todo el mundo”– y uno que realizara su actual jefa hace diez años.

–Si. Aquí en la Universidad se comenta que hubo un pequeño problema entre ambas por ese trabajo, ¡pero como yo quiero conservar mi puesto nunca pregunto!

En 1995, Norca Mogollón presentó un trabajo sobre gerberas para optar por el grado de Profesor Asociado de la UCLA. Se trataba de un análisis de comportamiento de tres cultivares obtenidas mediante el método de propagación in Vitro, proyecto que fue

desarrollado, ejecutado y comprobado con éxito en el transcurso de un año, hasta su aprobación final por el Consejo de Facultad en octubre de 1996.

A la señora María le cuesta mucho olvidar “aquel triste espectáculo que dio esa niña”. Mientras relee la tesis que la propia Norca le llevó a Chirgua, con un agradecimiento en portada “a Diego y María, por sus valiosas enseñanzas en el área de investigación y a quienes les estaré eternamente agradecida”, su voz va alcanzando agudos inusitados.

–“Me dirijo a este ilustre Consejo para hacer de su conocimiento que he leído y analizado cuidadosamente el trabajo de la profesora Mogollón Montero... ¡Ajá! “disertación que me incumbe por la autoridad que infiere mi especialización.”

Al mes siguiente, envió una carta de diez folios remitida a todos los representantes del Consejo de Facultad de la Universidad, al Coordinador de Investigación, al Consejo Universitario, al Decano e incluso al mismo Rector; contentiva de apreciaciones y observaciones específicas para comprobar el fraude de aquel trabajo.

Mientras se va asomando la historia del asunto que generó esta intervención de María, Norca Mogollón se va retirando pausadamente de la silla de su escritorio y al reventar la pregunta del supuesto “problema” ya está del todo levantada, altiva y contenidamente iracunda.

–El mío fue un trabajo completo –contestó a la defensiva–, que a diferencia de la tesis de María sí pudo ser llevado al campo con éxito. ¡Yo he leído su tesis y era una cosa flaquita! 31 páginas llenas de ‘sin resultado’, ‘sin resultado’, ‘por comprobar’. En cambio yo logré transplantar con éxito al campo, tan sólo en dos semanas...

Para la señora María, era obvio que los resultados obtenidos no eran reales o, por lo menos, habían sido alterados de alguna manera.

–Era sencillamente imposible obtener brotes sanos, multiplicaciones exitosas, hacer el traslado y conseguir las nuevas flores ¡en el tiempo récord de seis meses! Imagínate, si pude obtener los brotes luego de tres años ¡y tan sólo para la elaboración del medio de iniciación tuve que emplear todo un año!...

Las dos seguían disparando al unísono desde sus distintos y distantes campos de batalla:

–Hizo observaciones al método que estaban totalmente fuera de discusión...

–Y más adelante escribo que “mis juicios sobre el trabajo están única y exclusivamente dirigidos hacia el aspecto de micropropagación, puesto que no considero los resultados ¡en vista de que es imposible descifrarlos!”...

–Mi trabajo no tuvo ninguna objeción del jurado...

–“un jurado incapaz de juzgar tantas elucubraciones, ignorancia, incapacidad, contradicciones y resultados fuera de toda lógica”. Había tanta gente capacitada que no se llamó. También lo coloco en la carta: “otras universidades, CONICIT, FONAIAP”...

–Mi trabajo fue aprobado con honores e incluso ganó un premio muy importante en Brasil. Ahora no cargo mi currículum, pero si quieres después te lo mando para que veas que no miento.

–¡¿Qué Universidad en Brasil ni qué premio del cipote?! –la señora María se levanta de su silla y comienza a hablar hacia al techo de su casa—. Si me hubiese ganado ese premio ¡tendría el diploma colgado del cuello para que la gente lo viera!

A aquella carta siguió la respuesta de Norca Mogollón, según María tan llena de impropiedades y falsedades que merecía el destino de ser quemada. La profesora Mogollón dice no tener ninguna copia en su despacho ni tampoco en su casa, pero asegura que cumplió su cometido de desvirtuar lo denunciado por su ex tutora y fundamentar la validez de su trabajo.

La Consultoría Jurídica de la UCLA dio una respuesta al Decanato de la Facultad 15 días hábiles después de la apertura del caso, el 04 de diciembre de 1996. Tal como lo prevé el Reglamento, luego de haber analizado las acusaciones de la ex profesora Serpa y la respuesta de la profesora Mogollón, se aconsejaba a la Facultad la clarificación de dichas acusaciones que, de ser comprobadas, pudieran acarrear responsabilidades ulteriores –en el caso de Mogollón, nulidad del trabajo y consecuencias administrativas.

Norca Mogollón logró incluso ascender al cargo de Profesor Titular que hoy ostenta en una pared de su laboratorio. Sobre las conclusiones finales de esta investigación no existe un registro accesible ni en el Decanato ni el Rectorado de la Universidad. María no tenía que temer y sin embargo, siente que aquel silencio hizo que perdiera, como nunca antes, la confianza en el sistema al que había dedicado su vida.

–Aquello fue algo que se inventó María. Aquí todos la conocen y saben que está medio loca ¡Y me disculpas, pero si conversas con la gente de aquí te dirán lo mismo!

–En el caso de Norca se había inventado ese trabajo, así de sencillo. María era la única en capacidad de analizar aquel problema y lo hizo, pero no corrió sangre porque nadie quería quedar mal. –Para Saulo Olavarrieta, era todo así de claro.

En la biblioteca de la Facultad, la señora Rosario cierra los ojos mientras hace juegos en la memoria con el nombre:

–María, María... ¡Claro! Era una señora buenamoza de pelo blanco pero jovencita. Recuerdo su nombre porque ella y la profesora Gladys eran las únicas de la Universidad que traían libros y se la pasaban metidas acá, investigando... ¿Y qué será de su vida?

María Gil de Serpa pidió su jubilación el 13 de noviembre de 1986, hecha efectiva un mes después. En su expediente administrativo desfilan los cargos y nombramientos a lo largo de diez años de servicio: Profesor Titular de Cátedra, Jefe del Departamento de Agronomía, Dedicación Exclusiva, Encargada de Investigación, Coordinadora de Postgrado, Encargada de la Comisión de Ornato y Biblioteca, etc., etc., etc. Su ausencia afectó el curso de las cosas dentro de la Universidad, como afirman cada uno de los amigos que sobrevivieron a su partida.

Gladys de Ollarves salió de la UCLA en 1998 por jubilación forzada de oficio. Según el récord administrativo, había cumplido con los 20 años estimados de prestación de servicios; sus compañeros, sin embargo, dicen que salió por presiones internas en el seno de la Facultad y, muchos alegan, como consecuencia de su amistad con María.

–Los valores que compartíamos no eran precisamente los de la generación que nos relegó –se entrecorta la voz de Gladys, a quién le fue abierto un proceso administrativo justo antes de su salida por haber denunciado acciones irregulares entre un profesor y una estudiante–. De repente ser honesto y trabajador ya no era visto como virtud, sino más bien como un defecto.

María Sol sigue trabajando en la UCLA, pero ahora en la Facultad de Veterinaria dirigiendo la seccional de Investigación Animal. Mantiene hoy una distancia respetuosa con los colegas de aquella época quienes, en su opinión, tuvieron mucho que ver con su salida de la Facultad de Agronomía en 1986, el mismo año en que María abandonó la Universidad.

–Hubo muchas trabas para que continuara. Una tarde llegué al laboratorio y habían cambiado la cerradura sin consultarme, así que ni siquiera pude entrar a recoger mis cosas. Luego de la jubilación de María, la investigación quedó acéfala pues quienes la manejan son gente de mente estrecha e hicieron desaparecer todo su trabajo personal.

Su amigo, Saulo Olavarrieta, salió jubilado en el año 2001. Ahora vive en Barquisimeto y eventualmente visita la Facultad, aunque admite la desazón que le produce encontrarla tan distinta a la universidad de su tiempo: “los estudiantes son unos flojos. No como en mi época, que los trabajos se hacían ensuciándose las uñas y no navegando por Internet... serán muy buenos técnicos, pero muy malos ciudadanos”.

Termina la idea, sentado en el patio de su casa: “La filosofía de competencia de las nuevas generaciones es pisar a los demás para impedir que otros suban. En la Universidad de ahora hay muchísima deficiencia académica, una manifiesta inoperancia para producir y no hay nadie que se atreva a ponerle el cascabel al gato.”

–María, en cambio, era una enamorada de su profesión. Su trabajo de investigación nunca terminó, vivió por la universidad y por el profundo respeto que sentía por la labor científica, virtudes poco frecuentes entre sus colegas de profesión.

*

Sobre el enorme tablón de madera del comedor descansan las fotografías, folletos, boletines, anuarios, libros, *papers* y cartas, corolarios personales en la historia de su vida. En su casa como en su jardín, a María Gil de Serpa la rodea una energía maciza, contundente en cada palabra pronunciada sobre ella, en cada anécdota que crece como el verdor húmedo que la acompaña esta tarde. Cuenta que cada día, de camino al cuarto de Diego, se topa con este enorme mosaico multicolor de títulos, sellos, colores y pergaminos con sus nombres en letra académica:

–Lástima que el almanaque no perdone y uno se sienta más sola que nunca, tratando de mantener en pie la casa, esperando a que los hijos llamen o se presenten en la casa a ayudar. Pero cada vez que paso por aquí, me da mucha satisfacción observar tantas cosas que hemos logrado; estos recuerdos me dan un respiro, fuerzas para afrontar todo lo difícil que pueda sucedernos ahora.

Aún mantiene engavetadas historias que no está dispuesta a revisar. Sus ojos azules se tornan verdes y acuosos mientras sostiene entre sus mano la misma pequeña flor roja, y recuerda melancólica como una vez la apodaron “la dama de las gerberas”.

–Verás. En la vida hay sólo dos tipos de investigadores, como sólo dos tipos de actitudes en la vida: los que hacen trabajos cada cuatro años para ascender en el escalafón y aquellos que lo hacen constantemente, por pasión. Al menos en mi caso y al menos también por un tiempo, los primeros no pudieron más que los segundos.”

CONCLUSIONES

Entre las posibilidades que ofrece la investigación periodística como un instrumento de divulgación científica, las narraciones biográficas y en particular el género de la semblanza se convierte en una indiscutible forma de aproximación a las historias de la ciencia nacional.

En el caso del presente trabajo, el problema planteado al comienzo de la investigación responde a una necesidad particular de reconstrucción y reconocimiento periodístico, mediante una semblanza, de la vida de María Gil de Serpa y las significaciones de su obra en el contexto de la historia contemporánea del país y la ciencia venezolana.

María Gil de Serpa es una de las primeras mujeres agrónomas del país. Nacida de una familia de agricultores favorecidos por la política agrícola de López Contreras, egresada de la Universidad Central que sobrevivió a la dictadura perezjimenista y luego exitosa investigadora y docente que trabajó en distintas universidades de Venezuela y el mundo como experta en el campo de la propagación vegetal cultivo in Vitro.

Reconocida internacionalmente por las aplicaciones de su trabajo científico en la producción comercial de plantas, regresa a Venezuela para trabajar en proyectos propios pero como promotora de grupos de investigación y vivió en carne propia los favores y incertidumbres del país durante sus casi cuarenta años de actividad productiva, así como sus apreciaciones personales sobre el ejercicio de la investigación científica y los vicios del sistema; son éstos los nudos temáticos y nexos contextuales que se desarrollan a lo largo de la semblanza presentada.

La vida del científico venezolano ha sido un tema recurrente en diversos enfoques metodológicos desarrollados por los estudios locales de la Sociología de la Ciencia, bien sean de carácter cualitativo o justificados en la representación biográfica de grandes personajes de nuestra historia científica. Sin embargo, según el grupo de expertos científicos consultados, las particularidades del estudio periodístico tendrían no sólo una acogida enorme dentro de la comunidad –pues concuerdan, en su mayoría, en la falta de interés mediático por la actividad científica–, sino que además abriría un nuevo espacio de comunicación con la sociedad nacional, intención divulgativa que se desarrolló y justificó en el desarrollo conceptual y contextual de este trabajo.

En el caso específico de María Gil de Serpa, la impresión general de los consultados concuerdan en entenderla como una representación distinta del perfil tradicional del hombre de ciencia venezolano, pero que en contraste responde a las motivaciones constantes de una mujer y de especial vitalidad narrativa como relato personal.

Se desarrolló, para este propósito, una investigación periodística dirigida a la recolección, análisis y codificación de la información documental y de fuentes vivas, así como el diseño de un mapa general de entrevistados y anécdotas, con el fin de condensar en el texto una época de acontecimientos claves a través de la mirada del individuo. Las conversaciones con el personaje central se realizaron en la intimidad de su hogar, además de contar con la ayuda de familiares, amigos, vecinos y compañeros y así juntar las piezas que dan sentido a la historia que se narra.

La reconstrucción de esta historia en particular no sólo responde a una motivación personal en la escogencia del tema. El periodismo científico sigue siendo un campo de

negociación menguada dentro de los espacios informativos. Por ello, en el desarrollo de este trabajo no se pretende justificar una función social y divulgativa por parte del periodismo que realizamos, sino más bien una respuesta como parte de una exploración personal y un paso hacia la desmitificación de los “temas difíciles de abordar” o “las historias difíciles de publicar”; pues se parte de la firme convicción de que cada relato de logros y reconocimiento sirve de plataforma para las historias del futuro.

Además, esta clase de esfuerzo periodístico pretende dar a conocer las particularidades de venezolanos reconocidos en ámbitos externos y relegados al olvido en su tierra de origen. No se trata de una convicción de memoria histórica, sino más bien un esfuerzo para reconocernos como parte de este tiempo histórico, reflexionando ponderadamente para dar el siguiente paso en la construcción de un nuevo país.

La intención de este trabajo de grado es, en todo caso, dar fe sobre las múltiples posibilidades estilísticas de los temas científicos y, más aún, reconociendo las infinitas ventajas de la aproximación narrativa y periodística a este tipo de historias, bien sea de logros, fracasos o como simple representación de nuestra idiosincrasia. Las palabras del otro, la íntima confesión de una vida habla como ninguna otra forma de expresión de la historia reciente del país que aún no dejamos de ser y todavía se puede reinventar.

REFERENCIAS

- Arvantis, R. & Bardini, T. (1992) El papel del ingeniero agrícola en el contexto político de la agricultura venezolana. En: Texera, Y. & Freites, Y. (Coord.) *Tiempos de Cambio. La Ciencia en Venezuela: 1936 a 1945*. Caracas: Fondo Editorial Acta Científica Venezolana. Pp. 153-186.
- Barceló, M. (1998) Ciencia, divulgación científica y ciencia ficción. *Revista Quark*, N° 11 Abril-Junio. Consultado el 24 de noviembre de 2003 en <http://www.imim.es/quark/num11/011035.htm>
- Barnes, B. (1986) *T. S. Kuhn y las ciencias sociales*. (2a ed.) México: Fondo de Cultura Económica /CONACYT.
- Bauducco, G. (2001) *Secretos de la Entrevista. Manual para periodistas*. México: Editorial Trillas.
- Benavides, J. & Quintero, C. (1997) *Escribir en prensa. Redacción informativa e interpretativa*. México: Longman de México Editores/Alambra Mexicana.
- Bunge, M. (1972) *La Ciencia, su método y su filosofía*. Buenos Aires: Ediciones Siglo Veinte.
- Caballero, M. (1999) *Las crisis de la Venezuela contemporánea*. (2a ed.) Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.

- Calvo Hernando, M. (1992) *Periodismo Científico*. (2a ed.) Madrid: Editorial Paraninfo.
- Calvo Hernando, M. (2002) El periodismo del tercer milenio. Problemas de la divulgación científica en Iberoamérica. *Interciencia*, Febrero. Vol. 27 N° 2 Pp. 57-61.
- Calsamiglia, H. (coord.) Bonilla, S; Cassany, D; López, C. & Martí, J. (1998) Análisis Pragmático de la Divulgación Científica. En: *Actas del I Simposio Internacional de Análisis del Discurso. Universidad Complutense de Madrid. 20/22-4-98*; Barcelona: Universitat Pompeu Fabra. Consultado el 17 de diciembre de 2003 en <http://www.upf.es/df/personal/danielcass/analies.htm>.
- Cantavella, J. (1996) *Manual de la entrevista periodística*. Barcelona: Editorial Ariel
- Carrera Damas, G. (1991) *Una Nación llamada Venezuela*. (4a ed.) Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Cerejido, M. (1994) *Ciencia sin seso, Locura Doble*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Cerejido, M. (1996) En América Latina ya podemos investigar, el próximo paso es tratar de hacer ciencia. *Interciencia*, Vol. 21 N° 2. Pp. 64-70.
- Chaparro, F. *Conocimiento, aprendizaje y capital social como motor de desarrollo*. Trabajo presentado en el Foro Global de Investigación Agropecuaria de la FAO. Consultado el 24 de marzo de 2003 en <http://www.ibict.br/cionline/300101/30010104.pdf>
- CONICIT (1992) *Indicadores Nacionales en C y T*. Caracas: CONICIT.

- CONICIT (1998) *Indicadores de la capacidad de investigación y desarrollo de Venezuela. Período 1990-1998*. Caracas: CONICIT
- Delahaye, O. (2003) La Privatización de la tenencia de la tierra en la historia de Venezuela: La Titulación. *Agroalimentaria*, N° 16. Enero-Junio Pp. 41-54.
- Delgado, J. & Gutiérrez, J. (1995) *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid: Editorial Síntesis.
- De Venanzi, F. (1963) *Perfiles de la ciencia moderna*. (2a reimp.) Caracas: Publicaciones de la Dirección de Cultura. UCV.
- Díaz, L. (2002) *Notas para la Historia de la Parroquia Eclesiástica de Chirgua. Quincuagésimo Aniversario (1952-2002)* Folleto de Arquidiócesis de Valencia.
- Discurso de Rómulo Betancourt al iniciarse la Reforma Agraria. (1960) En: Miranda, H.; Becerra, H. y Ruiz, D. (Compl.) *Documentos Fundamentales de la Historia de Venezuela (1770-1993)*. Editorial CEC-Los Libros de El Nacional.
- El Nacional (2003) *Edición 60° Aniversario. Seis décadas de nuestro puño y letra*. Caracas: El Nacional Editores.
- Fernández del Moral, J. (1983) *Modelos de comunicación científica para una información periodística especializada*. Madrid: Editorial Dossat.
- Fog, L. (2002) De las fuentes al público. *Interciencia*, Febrero, Vol. 27 N° 2. Pp. 84-87

- Gibbons, M. (1997) *La nueva producción del conocimiento*. Barcelona: Editores Pomares-Corredor.
- González, J. (2003.a) Periodismo biográfico en Colombia. *Sala de Prensa*. Enero-Año IV, Vol. 2, N° 51. Consultado en www.saladeprensa.org
- González, J. (2003.b) Periodismo biográfico en Colombia (II): usos y funciones. *Sala de Prensa*. Julio-Año IV, Vol. 2, N° 57. Consultado en www.saladeprensa.org
- González, M. & Gil de Serpa, M. (1988) *Resultados preliminares de la multiplicación in Vitro del patrón manzano MALLING XXVI*. Barquisimeto: Postgrado de Horticultura-UCLA.
- Halperín, J. (1995) *La entrevista periodística. Intimidades de la Conversación Pública*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Herrera, A. (1976) *Ciencia y Política en América Latina*. México: Ediciones Siglo Veintiuno.
- ITIC (1942) *Exposición Agro-Pecuaria Nacional*. Caracas: Ministerio de Agricultura y Cría. Dirección de Investigación MAC.
- Kuhn, T. (1982) *La estructura de las revoluciones científicas* (8ª. ed.) México: Ediciones Fondo de Cultura Económica.
- Kohring, M. (1998) *Science journalism and journalism science*. Conferencia dictada en: Faculty of Social and Behavioural Sciences, Media Science, University of Jena- Berlin. Consultado el 24 de marzo de 2004 en <http://www.fu-berlin.de/pcst98/seiteauth.htm>
- Leal, I. (1981) *Historia de la UCV*. Caracas: Ediciones del Rectorado-UCV.

- Lemoine, W. (1985) *La mujer en la ciencia Venezolana*. Tesis presentada para optar por el Doctorado en Ciencias Sociales. Caracas: UCV-IVIC.
- Lewenstein, B. (2003) A developing-world takes on science literacy. *SciDev.Net*, publicado el 8 de enero de 2003. Consultado el 24 de marzo de 2003 en <http://www.scidev.net/Features/index.cfm?fuseaction=readfeatures&itemid=99&language=1>
- Liscano, J. (1962) Ciento cincuenta años de cultura Venezolana. En: *Venezuela Independiente 1810-1960* Caracas: Fundación Eugenio Mendoza. Pp. 421-655.
- López Hidalgo, A. (1997) *La entrevista periodística: entre la información y la creatividad*. Madrid: Ediciones Librerías Prodhufi.
- Manual de Estilo de publicaciones de la American Psychological Association*. (2002) Trad. Chávez, M. et.al. (2a ed.) México: Editorial El Manual Moderno.
- Manual del Tesista de Comunicación Social* (2003) Caracas: Escuela de Comunicación Social, Universidad Católica Andrés Bello.
- Martínez, T. (1997) *Periodismo y Narración: Desafíos para el siglo XXI*. Conferencia pronunciada ante la Asamblea de la Sociedad Interamericana de Prensa en Guadalajara, México, el 26 de octubre de 1997. Consultado el 24 de mayo de 2004 en www.fnpi.org/download/periodismo.pdf

- Martínez Miguélez, M. (2004) El proceso de nuestro conocer postula un nuevo paradigma epistémico. *Revista Polis On-Line*. Universidad Bolivariana de Chile, Vol. 3 N° 8. Consultado el 24 de marzo de 2004 en <http://www.revistapolis.cl/8/proc.doc>
- Martínez Vidal, C. & Marí, M. (Coord.) (2002) La Escuela Latinoamericana de Pensamiento en Ciencia, Tecnología y Desarrollo. Notas de un Proyecto de Investigación. *Revista Iberoamericana de Ciencia, tecnología, Sociedad e Innovación*. Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura. Consultado el 26 de mayo de 2004 en: <http://www.campus-oei.org/revistactsi/index.html>
- Medina, L. J. (1959) *Temas de Divulgación Agronómica*. Caracas: Editorial Sucre.
- Medina, M. (2000) Ciencia-Tecnología-Cultura del siglo XX al XXI. En: Medina, M. y Kwiatkowsnka, T. (Eds.) *Ciencia, Tecnología /Naturaleza, Cultura en el siglo XXI*. Barcelona: Editorial Anthropos. Consultado el 17 de diciembre de 2003 en <http://ctcs.fsf.ub.ep.webrometheus21/articulos/cienciaytecnologia.pdf>
- Mendoza, M. (2001) En la tribu de los científicos. *Revista Polis On-Line*. Universidad Bolivariana de Chile, Vol. 1 N° 1. Consultado el 24 de marzo de 2004 en <http://www.revistapolis.cl/tribu.htm>
- Merton, R. (1945) Contextos sociales y culturales de la ciencia. En: Merton, R. (1977) *La Sociología de la Ciencia*. (Tomo 2) Madrid: Alianza Editorial.
- Ministerio de Agricultura y Cría (1968) *Organización de la Investigación Agropecuaria en Sur América*. Caracas: Dirección de Investigación MAC.

- Mogollón de Lucena, N.; Gil de Serpa, M. (1992) Fidelidad Cromosómica en Plantas de *Mussaenda erythrophylla* Schum y Thonn Rosea, producidas in Vitro. *Agronomía Tropical* N° 42. Consultado el 17 de diciembre de 2003 en http://www.redpav-fpolar.info.ve/agrotrop/v42_5-6/v425a050.html
- Mogollón de Lucena, N.; Gil de Serpa, M. (1992) Propagación de *Mussaenda erythrophylla* Schum y Thonn Rosea mediante cultivo in Vitro. *Agronomía Tropical* N° 42. Consultado el 17 de diciembre de 2003 en http://www.redpav-fpolar.info.ve/agrotrop/v42_5-6/v425a030.html
- Mogollón de Lucena, N.; Gil de Serpa, M. (1992) Estudios histológicos de la formación de órganos in Vitro de *Mussaenda erythrophylla* Schum y Thonn Rosea. *Agronomía Tropical* N° 42. Consultado el 17 de diciembre de 2003 en http://www.redpav-fpolar.info.ve/agrotrop/v42_5-6/v425a040.html
- Mujica, M. (1993) Apuntes para la Historia de la Escuela de Ingeniería Agronómica. En: Hernández Romero, J. (Coord.) *XXX Años de Historia de la UCLA. 1962-1992*. Barquisimeto: Ediciones de la UCLA.
- Murashige, T.; Serpa, M. & Jones, J. (1974) Clonal Multiplication of *Gerbera* Through Tissue Culture. *HortScience*, Vol. 9, N° 3, Junio. Pp. 175-180.
- OPSU (1995) *Boletín estadístico de educación superior N° 14*. Caracas: Consejo Nacional de Universidades.

- Pacto de Punto Fijo (1958) En: Miranda, H.; Becerra, H. y Ruiz, D. (Compl.) *Documentos Fundamentales de la Historia de Venezuela (1770-1993)*. Editorial CEC-Los Libros de El Nacional.
- Pacheco Troconis, G. (1999) *Historia de la Facultad de Agronomía de la UCV*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Pacheco Troconis, G. (2003) La institucionalización de la investigación agrícola en Venezuela: los primeros tiempos 1870-1935. *Revista Agroalimentaria*. N° 16. Enero-Junio 2003. Pp. 65-82
- Pérez de Laborda, A. (1985) *La Ciencia Contemporánea y sus implicaciones filosóficas*. Madrid: Editorial Cincel.
- Puleo, A. & Cubero, A. (2002) *Pasajeros de la tierra Imaginada. Semblanza de grupo sobre exiliados cubanos radicados en Venezuela*. Trabajo de grado presentado para optar por el Título de Licenciado en Comunicación Social. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.
- Quesada, M. (1995) Necesidades Documentales de la profesión de periodista. En: Fuentes i Pujol, M. (Ed.) *Manual de Documentación Periodística*. Madrid: Editorial Síntesis. Pp. 43-52.
- Requena, J. (2003) A Propósito del Cambio Estructural del Sector Ciencia y Tecnología Nacional. *Revista Venezolana de Ciencia Política*. N° 24.

- Requena, J. (2004) Recursos Humanos para la Educación Superior, Ciencia y Técnica en Venezuela. En: *La Universidad que queremos*. Caracas: Fundación Universidad Metropolitana. Pp. 83-111.
- Reyes, G. (1996) *Periodismo de investigación*. México, Ediciones Trilsa.
- Roche, M. (1968) La ciencia entre nosotros. En: *La Ciencia entre nosotros y otros ensayos*. Caracas: Ediciones IVIC. Pp. 16-32.
- Roche, M. (1992) Gestación y desarrollo del CONICIT. En: Convit, J. & Ávila Bello, J. (Ed.) *La ciencia en Venezuela: pasado, presente y futuro*. Caracas: Cuadernos Lagoven. Pp. 81-91
- Roche, M. (1996) Presentación. En: Roche, M. & Hanglin, Ana M. (Compl.) *Perfil de la Ciencia en Venezuela*. (2 Tomos) Caracas: Fundación Polar. Pp. 9-21.
- Rodríguez, P. (2002) *¿Crisis o Fin de las Ciencias?* Trabajo presentado en el V Congreso Sudamericano de Filosofía, realizado del 8 al 11 de Octubre de 2002. Universidad Católica Andrés Bello, Caracas. Consultado el 24 de marzo de 2004 en http://www.ucab.edu.ve/eventos/congreso_filosofia/ponencias/rodriguez.doc
- Rozenbaum Rajs, S. (2001) *Ciencia, pseudociencia y anticiencia. Cómo los medios colaboran con la desinformación del público*. Caracas: Comala.com Ediciones.
- Ruiz Calderón, H. (1992) Ciencia, tecnología y modernización en Venezuela. Primer Período: 1936/1958. En: Convit, J. & Ávila Bello, J. (Ed.) *La ciencia en Venezuela: pasado, presente y futuro*. Caracas: Cuadernos Lagoven. Pp. 9-33

- Sagan, C. (1994) Discurso pronunciado en el Congreso Anual de Escépticos del CSICOP (Committee for the Scientific Investigation of Claims of the Paranormal), en Seattle. Consultado el 24 de marzo de 2004 en <http://www.csicop.org/articles/sagan.html>
- Saldivia, F. (1951, 2 de enero) Un remanso de paz en Carabobo: Nelson Rockefeller no cambia su hacienda en Chirgua por ninguna tierra en el mundo. *El Universal*.
- Sánchez Ron, J. M. (2002) Historia de la ciencia y divulgación. *Revista Quark*, N° 26 Octubre-Diciembre. Consultado el 24 de noviembre de 2003 en <http://www.imim.es/quark/num26/Default.htm>
- Taylor, S. & Bogdan, R. (1996) *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. (3a reimp.) Barcelona: Paidós Básica.
- Texera, Y. (1992) La Facultad de Ciencias de la Universidad Central de Venezuela. En: Convit, J. & Ávila Bello, J. (Ed.) *La ciencia en Venezuela: pasado, presente y futuro*. Caracas: Cuadernos Lagoven. Pp. 51-63
- Texera, Y. & Freites, Y. (1992) Introducción. En: Texera, Y. & Freites, Y. (Coord.) *Tiempos de Cambio. La Ciencia en Venezuela: 1936 a 1945*. Caracas: Fondo Editorial Acta Científica Venezolana. Pp. 15-38.
- Ulibarri, E. (1999) *Idea y vida del reportaje*. (1a reimp.) México: Editorial Trillas.
- Universidad Central de Venezuela (1950) *Prospecto Universitario*. Caracas: Editorial Élite.
- Universidad Central de Venezuela (1958) *Promoción de la Libertad*. Caracas: Ediciones de la Dirección de Cultura, Colección Testimonios Universitarios.

- Universidad Central de Venezuela (1975) *La Universidad y el Desarrollo Científico y Tecnológico*. Papel de trabajo elaborado con motivo del Primer Congreso Nacional de Ciencia y Tecnología. Caracas: Ediciones del Rectorado-UCV.
- Urbina, J. (1992) El futuro de la ciencia en Venezuela: el papel de las universidades. En: Convit, J. & Ávila Bello, J. (Ed.) *La ciencia en Venezuela: pasado, presente y futuro*. Caracas: Cuadernos Lagoven. Pp. 119-135
- Urdaneta, I. (1984, 21 de diciembre) Posgrado de Horticultura abrirá la UCLA el próximo año. *El Impulso*. I-11.
- Valles, M. (1997) *Técnicas cualitativas de investigación social: reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Varsavsky, O. (1972) *Hacia una política científica nacional*. Buenos Aires: Ediciones Periferia.
- Vera, B. (1992) *Mujeres científicas. Un estudio de casos en la facultad de Ciencias de la UCV*. Trabajo de grado presentado para optar por el título de Licenciada en Sociología. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.
- Vessuri, H. (1983) El papel cambiante de la investigación científica académica en un país periférico. En: Díaz, E.; Texera, Y.; Vessuri, H. (Comp.) *La ciencia periférica. Ciencia y Sociedad en Venezuela*. Caracas: Monte Ávila Editores-CENDES. Pp. 37-72.

- Vessuri, H. (1984) Introducción: La formación de la comunidad científica en Venezuela. En: Vessuri, H. (Ed.) *Ciencia académica en la Venezuela moderna*. Caracas: Fondo Editorial Acta Científica Venezolana. Pp. 11-43.
- Vessuri, H. (1994) El proceso de institucionalización. En: J.J.Salomón, F.R. y C.Sachs-Jeanet (Compls.) *Una búsqueda incierta. Ciencia, tecnología y Desarrollo*. México: Fondo de Cultura Económica/UNU. Pp.199-234.
- Vessuri, H. (1996) La ciencia en Venezuela: Balance de Fin de siglo. En: Velásquez, R. J. (Coord. Ed.) *Balance del Siglo XX Venezolano. Ensayos*. Caracas: Editorial Grijalbo & Fundación Francisco Herrera Luque. Pp. 253-274
- Vessuri, H. (2000) Entre papers, probetas y probanzas. En: Baptista, A. (Ed.) *Venezuela siglo XX. Visiones y testimonios*. Caracas: Fundación Polar, Vol. 2. Pp.80-106.
- Vessuri, H. (2002) Ciencia, tecnología y desarrollo: Una experiencia de apropiación social del conocimiento. *Interciencia* Febrero, Vol. 27 N° 2. Pp. 88-93.
- Vessuri, H. & Canino, M. (2001) El género en la ciencia Venezolana (1990-1999) En: *Interciencia* Julio, Vol. 26 N° 7. Pp. 272-281.
- Yarzabal, L. (2000) La educación superior en América Latina, realidad y perspectiva. *Revista de la Educación Superior*. Consultado el 24 de marzo de 2004 en <http://www.mecesup.cl/difusion/revista/revista1D.pdf>
- Zambrano. M. (1995) *La Confesión, Género Literario*. Madrid: Ediciones Siruela, Biblioteca de Ensayo.

ANEXOS



Dice el pie de Página de esta edición de la Revista *Maracay* de Diciembre de 1950: “María Gil, esta simpática y gentil liceísta, ha sido elegida Reina del Liceo *Agustín Codazzi* de Maracay. Dicha votación se efectuó recientemente con la presencia de otras bellas candidatas, saliendo electa por votación mayoritaria la que engalana nuestra portada del mes de fin de año”.

Reina de la Papa, coronada durante las festividades de la Fiesta de la Papa en el pueblo de Chirgua, en marzo de 1950.

En el recorte de prensa es la primera de la fila, “llevada del brazo por el vicepresidente del Instituto Agrario Nacional, Luis A. Rodríguez Aspúrua”. Abajo, vista del pueblo de Chirgua en el año 1942.



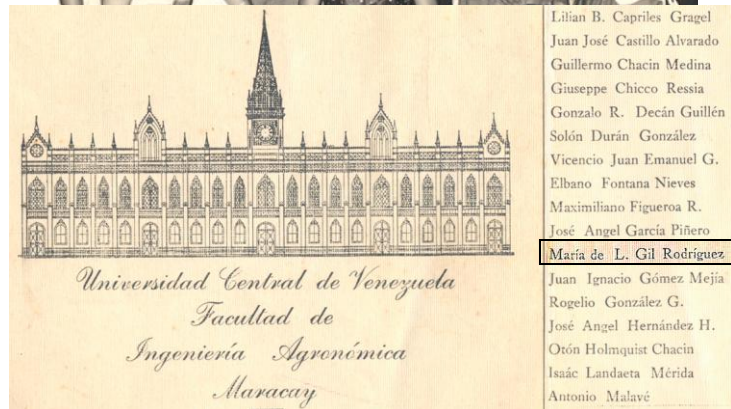


Destacó en una Facultad llena de caballeros. Arriba, en una visita a la Estación de Investigación del Servicio Shell para el Agricultor. En el centro, realizando una tarea de campo. Abajo, como una de las dos únicas mujeres egresadas de la XIV Promoción de Ingenieros Agrónomos de la UCV, en 1958.



El día de su Graduación de la Promoción de la Libertad, acto realizado en el Aula Magna de la UCV, en Caracas. En el centro de la fotografía están su padre, su madre y sus hermanos Humberto y Antonio y varias sobrinas. María fue la primera hija de su familia en graduarse de la Universidad “y fue un gran ejemplo para todas las mujeres de la casa”, como dice hoy Mirian Gil de González –de blanco, de atrás de su abuela y al lado de su padre, Antonio.

Abajo, el nombre de María entre la lista de egresados.

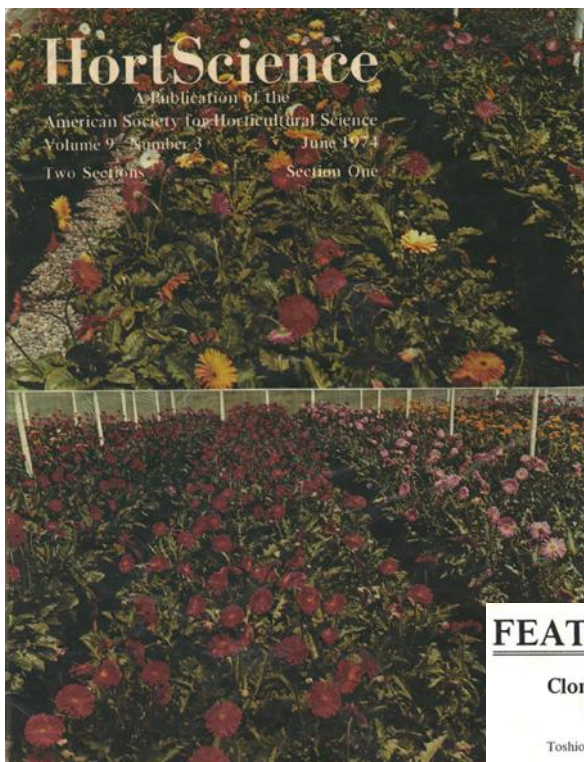


Las parejas de novios en el último día de clases: Humberto Reyes y Lilian Capriles son los dos de la derecha, y hacia la izquierda está Fernando Viera Acosta.

Abajo, placa conmemorativa de la XV Promoción de Ingenieros Agrónomos de la UCV, nombrada en memoria del joven un año después de su muerte.



Trabajando para el Ministerio de Obras Públicas, fechada el 26 de octubre de 1961. En diciembre de ese mismo año, es contratada como Profesor Instructor en la cátedra de Propagación de Plantas en la Facultad de El Limón, en Maracay.



A la izquierda, la portada del número de Julio de 1974 de la Revista americana *HortScience*, dedicada al trabajo sobre la multiplicación In Vitro de gerberas que realizara el equipo dirigido por María Gil de Serpa en la Universidad de Riverside, en California. Abajo, título del trabajo publicado: “Multipliacación Clonal de Gerberas a través del Cultivo de Tejidos”.

UNIVERSITY OF CALIFORNIA, RIVERSIDE

BERKELEY • DAVIS • IRVINE • LOS ANGELES • RIVERSIDE • SAN DIEGO • SAN FRANCISCO



SANTA BARBARA • SANTA CRUZ

COLLEGE OF BIOLOGICAL AND AGRICULTURAL SCIENCES
CITRUS RESEARCH CENTER AND
AGRICULTURAL EXPERIMENT STATION
DEPARTMENT OF PLANT SCIENCES

RIVERSIDE, CALIFORNIA 92502

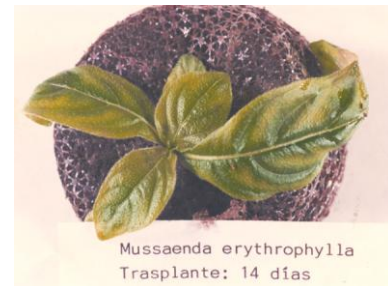
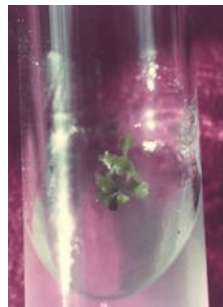
June 23, 1971

I should also report that the University of California faculty in Plant Sciences is looking forward to Mrs. Serpa's return to Riverside in the near future to complete her Ph.D. work. We think very highly of her ability and are proud to have her as one of our students.

Sincerely yours,

Toshio Murashige
Graduate Adviser and
Associate Professor in Plant Sciences

Toshio Murashige, profesor del Departamento de Ciencias Botánicas de la Universidad de Riverside, envía una carta a la UCV elogiando la labor de María Gil de Serpa. Abajo, algunas vitroplantas de sus proyectos de investigación: gerbera, manzano y Flor de Trapo.



Arriba, el Laboratorio de Cultivo de Tejidos In Vitro de la UCLA fue un proyecto de la Profesora María Gil de Serpa y finalmente inaugurado en Octubre de 1980. Al lado, la gerbera rojo de centro negro que lleva por nombre *Misses Serpa*.



Universidad Centroccidental "Lisandro Alvarado"
 BARQUISIMETO - ESTADO LARA
MEMORANDUM INTERNO
 CONSULTORIA JURIDICA

DEPENDENCIAS:

Envío de: CONSULTORIA JURIDICA
 Destinado a: DECANATO DE AGRONOMIA

REFERENCIAS:

No. CJ-409-96

Fecha: 4 | 12 | 96

Motive:

Por recibido el memorando nº DecA-262-96, fechado el 03-12-96, relacionado con el planteamiento que hace la profesora **MARIA GIL DE SERPA** sobre el trabajo de ascenso de la profesora Norca Mogollón, esta Consultoría se permite emitir la opinión requerida.

Como quiera que ambas comunicaciones contienen una serie de señalamientos, sobre todo la de la profesora Gil de Serpa, que pueden considerarse graves en detrimento de los mismos profesores y de la Institución, esta Consultoría es de la opinión que tales imputaciones deben clarificarse tanto en beneficio de los docentes involucrados como de la -- Universidad ya que de la verificación de lo denunciado pudiera desprenderse responsabilidad para alguna de las profesoras

Ya jubilada de la UCLA, María desata una disputa a partir de una denuncia de fraude en la investigación de una de sus antiguas alumnas, Norca Mogollón. El asunto llegó a la Consultoría Jurídica pero finalmente no prosperaron las averiguaciones del caso y Mogollón fue ascendida a Profesora Asociada.

Abajo, junto a su amiga y colega Gladys de Ollarves.



Recientemente fue galardonada con la Orden Sol de Carabobo por toda una vida de logros, el 03 de febrero del año 2004.

